

DAD AU
CIÓN GE

COSTUMERIE

DE-LES

AMERICANO

E165

T7

V.1

C.1

170060



1080041782



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

6#76#154

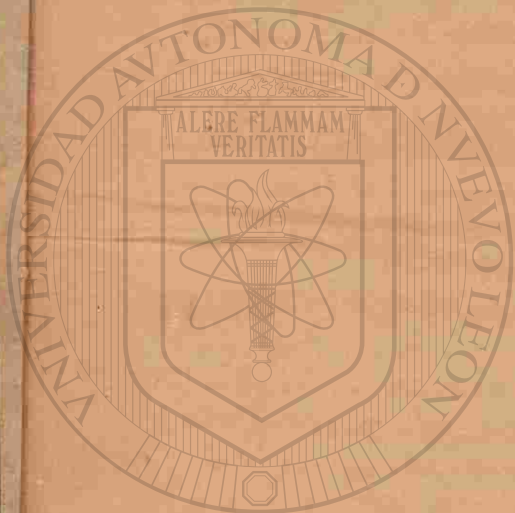
398



COSTUMBRES FAMILIARES

DE LOS

AMERICANOS DEL NORTE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IMPRESA EN EL ESTABLECIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

M. C.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PARIS. — IMPRENTA DE DECOURCHANT,
CALLE D'ERFURTH, N° 1.

COSTUMBRES FAMILIARES
DE
LOS AMERICANOS
DEL NORTE



OBRA ESCRITA EN INGLÉS
POR MISTRESS PROLLOPE

Y TRADUCIDA

110080

Don Juan Floran.

• Me dicen que como no hable de gobierno, ni de religion, ni de política, ni de moral, ni de empleados, ni de ópera, ni de persona alguna que sea algo en este mundo, puedo imprimir libremente cuanto quiera. •

El CASAMIENTO DE FIGARO, comedia de Beaumarchais.

TOMO PRIMERO.

Paris,

LIBRERIA DE LECOINTE,

QUAI DES AUGUSTINS, N° 49.

1835



37941



FUNDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E 165
T 77
v. 1

ADVERTENCIA

DEL TRADUCTOR.

U A N L

Aunque bien puede un traductor ser mero intérprete de opiniones que tal vez desapruere, no por eso deja el público de atribuir á cuantos bajo las formas de otra lengua reproducen una obra, cierta participación de las ideas de su autor. De ahí nace la responsabilidad de principios que



expone al autor y al traductor á la misma censura, y de ahí tambien el esmero con que muchos se recatan de emprender, ó á lo menos, de publicar con su nombre la traduccion de un libro que temerian reconocer como propio. Semejante preocupacion no carece de fundamento; suele empero degenerar en absurdo por la falsa aplicacion que hace de ella la malicia, y entonces sirve de axioma para sostener acusaciones severas, que traspasan los lindes de la crítica literaria.

El traductor de las *Costumbres familiares de los Americanos del Norte* no esquivo en este libro, como tampoco en los que anteriormente ha publicado, la parte de responsabilidad que en justicia lo alcance; pero no cree racional que se le haga cargo de opiniones, que no son suyas, y que no podría adoptar sin una culpable apostasía. En efecto, al presentar la version de los hechos, anécdotas, observaciones, consecuencias, en una palabra, de todo lo que forma la materialidad de la obra de Mistress Trol-

lope, el traductor se reserva su juicio. En cuanto á la complicidad de que se le acusará por la imitacion de las burlas y exageraciones que se encontrarán en sus páginas, nada se dirá que merezca ó necesite respuesta: la obra es útil y provechosa, y era menester conservar, en lo que posible fuese, parte de la gracia, chiste, agudeza y movimiento que tan agradablemente sazonan el original ingles.

Prescindiendo de la justicia ó parcialidad, y de la exactitud ó exageracion de la autora, nadie negará que en una época en que los Estados-Unidos son para unos el pueblo modelo, y para otros el escarmiento vivo de cierto orden de ideas, la coleccion de observaciones de una señora de talento y de una sociedad opuesta á la de los republicanos de ultramar, sea una obra de muchísima importancia. El objeto de Mistress Trollope es provocar el exámen, despertando el interes que da en nuestros dias á las cuestiones políticas la historia americana; el del traductor es inspirar ese inte-

res á los lectores á quienes dedica su trabajo, para excitar la curiosidad que merece una sociedad nueva, rica, poderosa, pero que en su opinion dista mucho de lo que puede y debe ser la sociedad á que pertenecen.

Si la prosperidad pública se alcanzara copiando las instituciones de los pueblos felices, bastaria imitar las formas y algunas de las leyes de una nacion feliz, para llegar al mismo grado de opulencia y de fuerza; mas las formas políticas afianzan, no producen el bienestar, y solo pueden ser útiles, cuando se hallan en armonía con las ideas, y cuando satisfacen las necesidades del pais á que se aplican. Los progresos que con tan admirable rapidez han hecho los Estados-Unidos de la América del Norte en la carrera de la independencia y de la libertad, son sin duda estímulos irresistibles para lanzarse en pos de sus huellas; sin embargo ¿deberian prometerse nuestros pueblos iguales ventajas, siguiendo la misma senda? ¿Pueden trasplantarse á nuestro

suelo las costumbres de aquel pais? ¿Conservarian aquellas leyes su eficacia, sin fundarse en las mismas costumbres? ¿Son nuestras costumbres susceptibles de reformas que las aproximen á las de aquella sociedad?

He ahí las grandes cuestiones que se agitan hoi en todas partes — cuestiones que no pueden resolverse, sin estudiar la vida interior de los dos pueblos que sirven de puntos principales de comparacion en los debates. La traduccion que se presenta al público no puede dejar de contribuir á ilustrar á los partidarios de las ideas transatlánticas, y á los que las combaten de buena fé y con intenciones patrióticas. El traductor cree que su trabajo reúne dos circunstancias que lo harán recibir con benevolencia: la una es la oportunidad; la otra, la instruccion que tanto necesitan las nuevas repúblicas americanas y la antigua y desgraciada metrópoli española.

La obra de Mistress Trollope es el com-

plemento de la historia de los Estados- Unidos. Los historiadores presentan los pueblos en la plaza pública; los viajeros en el rincón de sus hogares: la historia es el portal y el salón; los libros de los observadores la alcoba y la cocina. Pero unos y otros están sujetos á las mismas flaquezas, y los que se creen filósofos no son menos parciales que los que se llaman cronistas. Es pues necesario leer con prevención y reflexionar con madurez, si bien no se necesita este consejo cuando la censura, desde el alemán Furstenthwarther y el inglés Fearon hasta el capitán Hall y Mistress Trollope, ha encontrado con un ejército de apologistas que, unas veces con talento y otras con entusiasmo, han neutralizado sus efectos. El hecho es que hoy está la cuestión como estaba hace veinte años. Y lo que parece más singular es sin duda que todos tienen razón; porque cada uno ha copiado la estatua por su lado, y aunque la espalda no se asemeja al frente, los traslados son más que fieles, — son exactos.

Los Ingleses, sin embargo; debieran ser

mas cautos en las críticas que hacen de un país, el cual aun conserva un aire de familia que nadie dejará de notar. ¿Quién no reconoce en alguno de los cuadros de los traficantes del Quentuquí la semejanza de los labradores de tierra de Yorc ó de Lancaster en Inglaterra? Y ¿qué viajero no podría bosquejar un cuadro tristísimo de la Inglaterra por esas muestras del país? En él hallarían cabida además los modales rudos y bárbaras costumbres de las clases ínfimas, — la extrema opresión de las criaturas en varias fábricas, — el estado de miseria en que viven los pobres jornaleros, — la violación de lo más santo, la mentira, el perjurio, resultado de las leyes de aduanas, y los asesinatos con circunstancias horribles, efectos de su código criminal; — la leva para la marina, — la venalidad de los representantes del pueblo, y otras mil lindezas de igual calaña.

Verdad es que tal retablo de miserias y crímenes sería incompleto, porque en él no se vería la finura y delicadeza de la buena sociedad inglesa, — el arreglo, la comodidad, la limpieza, y demás circunstancias que

hacen del interior de la vida inglesa un dechado de buenas costumbres y de maneras agradables, — los numerosos establecimientos de beneficencia, — el patriotismo y desinterés de muchos nobles que consagran su tiempo y sus riquezas al estudio, para fomentar la prosperidad nacional y las mejoras humanas; en fin, tanto bueno, tanto admirable como ofrece á la contemplacion del extranjero, esa pequeña isla donde en medio de los vicios que la infestan, han hallado asilo y aun carta de ciudadanía el saber, el honor y las virtudes.

La obra que con el título de *Costumbres familiares de los Americanos del Norte* sale al público, no contradice en nada los elogios que merecen los Estados-Unidos. Ese pueblo es una nacion sin infancia, que en el corto intervalo de medio siglo ha adquirido la pujanza y lozanía del período viril de la sociedad: nacion que ha unido el Océano Atlántico y la mar del Canadá; cuyos buques trafican en todos los puertos, y cruzan todas las aguas, y cuyos pescados

res penetran hasta la Mar Glacial: nacion que cuenta hasta ochocientos periódicos, tercio casi de los que se publican en todo el mundo, y que ha producido á Franklin que arrebató el rayo al cielo, y á Fulton que ha dado movimiento al universo.

Las *Costumbres familiares de los Americanos del Norte* contribuirán á rectificar el juicio que de ellos se haya formado el lector, y si esta obra no hace bien, tal vez servirá de remedio contra el mal, que sin ella haria mayores estragos en ambos mundos.

El traductor nada dirá sobre el desempeño del trabajo que exclusivamente le pertenece: su principal cuidado ha sido el de escribir en español, en un tiempo en que la lengua mas rica, sonora y majestuosa de las lenguas vivas, va degenerando en una gerigonza ridícula. ¿Ha logrado el fin de su trabajo? A mas de uno conoce que dirá: — «No;» pero en semejantes disidencias solo tiene fuerza de sentencia la opinion del público.

Entre los infinitos lunares y acaso manchas que la crítica descubrirá con sus ojos de zahorí, colocará tal vez el empeño decidido con que el traductor ha puesto en español todos los nombres geográficos que el uso universal no ha sancionado. Ni la índole ni la pronunciación de la lengua permiten que se diga *Cincinnati* por Los-Cincinnati, *Louis-Ville* por Villa-Luis, ni *Natchez-Town* por la Puebla de los Natchez. El que se hubiera aventurado á servirse de tales nombres en los tiempos felices de la lengua, habría sido severamente criticado; ahora lo será sin duda el traductor de *Mistress Trollope* por varios escritores que darán á su intención los nombres que mas lejos está de merecer. Mas ¿qué importa? En la literatura como en la política es menester resignarse á llevar con paciencia los disgustos que necesariamente acarrea la profesión de un credo literario. Quizas tengan razon los censores. ¡Ojalá fuera esta traducción una obra mas digna de la crítica! Mayores serian entonces las ventajas que de sus observaciones y aun de sus invecti-

vas sacaria el traductor: porque si bien se lastima su corazón de que en cuestiones literarias se mezclen pasiones mezquinas y fines vergonzosos, siempre hai algo en esas mismas animosidades que justifica nuestro viejo refran: « Del enemigo el consejo. »

J. F.



Prefacio de la autora.

« Al ofrecer al público estos volúmenes sobre la América del Norte, quisiera quien los ha escrito que se mirasen mas bien como un esfuerzo para excitar de nuevo la atencion en un asunto importantísimo, que como una obra destinada á comunicar una instruccion completa sobre aquella region.

» Mucho se ha escrito ya acerca del *grande experimento*, como lo llaman, que

se hace en materia de gobierno al otro lado del Atlántico, pero mucho queda todavía que decir de las modificaciones producidas por el sistema político del país en los principios, en las inclinaciones y en los modales de la vida doméstica.

» La autora de las siguientes páginas ha procurado suplir en cierto modo esa falta reuniendo cuidadosamente las observaciones que ha tenido oportunidad de hacer durante una residencia de tres años y medio en diferentes partes de los Estados-Unidos del Norte.

» A plumas de mayor habilidad deja el empeño más ambicioso de discutir sobre la forma democrática del gobierno americano, mientras, describiendo fielmente el aspecto diario de la vida común, ha tratado de demostrar cuán superior es la ventaja del gobierno de pocos á la del gobierno de muchos. El objeto principal que la autora ha tenido á la mira, es animar á sus compatriotas á adherirse más y más á una constitución que les afianza todos los bienes que

fluyen de costumbres formadas y de sólidos principios. Si se desvian de aquellas y abandonan estos, caerán en el tremendo riesgo de perder su reposo, abriendo las puertas al tumulto, á la discordia y á la degradación universal, consecuencias invariables del sistema feroz que pone todo el poder del estado en manos del populacho.

» Los Estados-Unidos de la América del Norte contienen una variedad considerable de objetos interesantes en los más de los ramos de las ciencias naturales, y además muchas cosas nuevas, bastante hermosas y algunas estupendas. Sin embargo como lo que sobre todo reclama la atención de un investigador filósofo es la condición religiosa y moral del pueblo, la autora creará logrado el fin de su obra, si tiene la fortuna de suscitar en este asunto un interés más general.»



Tabla

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL TOMO PRIMERO.

| | |
|----------------------------|------|
| Advertencia del traductor. | v |
| Prólogo de la autora. | xvij |

CAPITULO PRIMERO.

| | |
|------------------------------------|---|
| Entrada del Misisipi. — La Baliza. | 1 |
|------------------------------------|---|

CAPITULO II.

| | |
|---|---|
| Nueva-Orleans. — Sociedad. — Criollos y cuarterones. — Viaje subiendo el Misisipi. | 8 |
|---|---|

CAPITULO III.

| | |
|--|----|
| Pasajeros del barco de vapor. — Vistas del Misisipi. — Cocodrilos. — Llegada á Menfis. — Nashoba. | 22 |
|--|----|

CAPITULO IV.

| | |
|--|----|
| Partida de Menfis. — El Ohio. — Villa-Luis. — Los-Cin- cinatos. | 43 |
|--|----|

CAPITULO V.

Los-Cincinnati.—Hacienda de la Selva.—M. Bullock. 59

CAPITULO VI.

Criados.—Trato.—Tertulias. 72

CAPITULO VII.

Mercado.—Museo.—Galería de pinturas.—Academia de bellas artes.—Escuela de dibujo.—Sociedad freneológica.—Lectura de miss Wright. 83

CAPITULO VIII.

Carencia de diversiones públicas y privadas.—Iglesias y capillas.—Influjo del Clero.—Una Resurreccion. 98

CAPITULO IX.

Escuelas.—Clima.—Zandfas.—Dia 4 de julio.—Tormentas.—Puercos.—Casas movibles.—Mr. Flint.—Literatura. 111

CAPITULO X.

Mudanza al campo.—Paseos en la Selva.—Igualdad. 129

CAPITULO XI.

Religion. 146

CAPITULO XII.

Labradores comparados con los de Inglaterra.—Casamientos tempranos.—Caridad.—Independencia é igualdad.—Congregaciones devotas en las casas de campo. 158

CAPITULO XIII.

Teatro.—Bellas Artes.—Escrupulosidad.—Tembladores.—*Big-Bone Lick*.—Visita del presidente. 178

CAPITULO XIV.

Primavera.—Controversia de los señores Owen y Campbell.—Baile público.—Separacion de los dos sexos.—Libertad de la América del Norte.—Suplicio. 199

CAPITULO XV.

Congregacion Campal. 228

CAPITULO XVI.

Peligro de las excursiones campestres.—Enfermedad. 243

CAPITULO XVII.

Partida de Los-Cincinnati.—Sociedad del vapor.—Llegada á Wheeling.—Un ingenio. 251

CAPITULO XVIII.

Waje á las Montañas.—Visitas de los Aleghanies.—Haggerstown. 267

CAPITULO XIX.

Baltimore.—Catedral católica.—Colegio de Santa-María.—Sermones.—Escuelas de niños. 287

FIN DE LA TABLA.

COSTUMBRES FAMILIARES

DE LOS

AMERICANOS DEL NORTE.

CAPITULO PRIMERO.

Entrada del Misisipí. — La Baliza.

El día 4 de noviembre de 1827 me hice á la vela en Londres acompañada de mi hijo y dos hijas, y al cabo de una navegación favorable aunque algo cansada, llegamos el de navidad á la embocadura del Misisipí.

La primera señal que nos anunció la proximidad de la tierra fué la presencia de este caudaloso rio, que con el cieno de sus inmensas aguas enturbia las azules y cristalinas ondas del Golfo-Mejicano. Sus orillas son tan bajas que ninguno de los objetos que las cubren, se alcanza á ver desde la mar, pero

contemplabamos con gusto el océano de fango que nos salia al encuentro, porque nos advertia que ya nos acercabamos al puerto; sin embargo no pasamos sin un sentimiento como de pesadumbre del campo azul y transparente cuyo aspecto variado habia sido el principal recreo de nuestro viaje, á la corriente impura que entonces nos recibia.

Sobre las grandes islas de cieno que dominan la línea de las aguas, vimos posar numerosas bandadas de pelicanos, y un piloto salió á dirigir nuestro rumbo en medio de aquellos bancos, mucho antes de que apareciera ningun otro indicio de tierra.

Yo nunca he visto escena tan completa de desolacion como la que presenta la entrada del Misisipi. Si el Dante la hubiera podido contemplar, de ella habria sacado imágenes de horror para otro Infierno. El único objeto que se percibe en la confluencia de las aguas es el mástil de una embarcacion que zozobró mucho tiempo ha queriendo pasar la barra, y que aun está en pie como festigo melancólico de las desgracias que han sucedido y présago fatal de las que han de suceder.

Poco á poco se fueron descubriendo juncos de un tamaño enorme, y habiendo atravesado unas cuantas millas mas de fango, nos encontramos á la vista de un peloton de chozas que

llaman la Baliza, y que es el asilo mas miserable que yo he visto servir al hombre de habitacion; con todo me dijeron que allí vivian muchas familias de pilotos y de pescadores.

En algunas leguas no presenta el Misisipi desde su boca otros objetos mas interesantes que bancos de cieno, juncos monstruosos y de cuando en cuando un tremendo cocodrilo que se deleita en el fango. Otra de las circunstancias que mas contribuyen á dar un semblante tan lúgubre á esta escena, es la multitud de troncos que bajan sin cesar impelidos por la corriente hácia los diferentes desagaderos del rio. Se ven flotar, á veces con sus ramas y mas frecuentemente con todas sus raices, árboles colosales, víctimas de los continuos huracanes. Cuando varios de estos árboles se enganchan unos con otros y recogen en su centro todos los despojos de las selvas, parecen islas flotantes transportando un bosque entero que insulta al cielo con sus raices, mientras por vengarse azota la corriente con sus desnudas ramas: al acercarse á la embarcacion y pasando con la velocidad que van, estas masas mas que otra cosa parecen fragmentos de las ruinas de algun mundo.

Sin embargo, al paso que nos ibamos internando, iban tambien reanimándonos, á pesar de la estacion, las brillantes tintas de la vege-

tacion meridional. Las orillas del rio son siempre bajas, pero las caserías de los colonos ó plantadores, aquí un edificio solitario, allí una habitacion, rodeada de cañaverales y de chozas de negros, varian el cuadro, aunque en ninguna parte hai una pulgada de terreno que ofrezca á la vista lo que llaman los pintores un segundo punto; ademas la tierra está protegida contra las inundaciones por un malecon ó gran calzada, á que conservan todavía el nombre francés de *la Levée*, sin la cual desaparecerian pronto las habitaciones, pues el nivel del rio es sin duda mas alto que el de sus riberas: esta muralla tiene ciento veinte millas desde la Baliza á Nueva-Orleans y se prolonga otras ciento mas arriba de la ciudad. Cuando llegamos habia habido frecuentes y continuadas lluvias, y esto daba á este « gran rasgo natural » el aspecto mas anti-natural que cualquiera puede imaginarse, haciendo conocer no solo que el hombre habia puesto allí su mano, sino que aun las obras mas poderosas de la naturaleza tal vez han sido hechas para llevar su marca: esta reflexion me trajo á la memoria el pensamiento heróico-burlesco de Swift.

« Debe al arte ceder Naturaleza. »

Con todo parecia la naturaleza tan fuerte, tan indómita al mismo tiempo, que me fué imposible el dejar de prever que un dia tomaria otra vez la materia en sus propias manos, y entonces — ¡adios, Nueva-Orleans!

Es fácil imaginarse la falta absoluta de belleza de esta perspectiva, y sin embargo la forma, el color de los árboles y de las plantas, tan nuevo todo para nosotros, y la larga privacion que habiamos tenido que sufrir de toda vista, de todo sonido de tierra, eran circunstancias que debian hacernos agradables hasta aquellas pantanosas riberas. No obstante deseabamos con impaciencia tocar y ver la tierra; pero la navegacion de la Baliza á Nueva-Orleans es difícil y pesada, y los dias que gastamos en ella nos parecieron mas largos que cualquiera de los que habiamos pasado á bordo.

A la verdad los que hallan un placer en la contemplacion de los fenómenos de la naturaleza pueden soportar sin fastidiarse una navegacion de muchas semanas. Acaso pensarán algunos que el océano y el cielo no tienen mas que ver que lo que muestran á la primera ojeada, y aun que esta ojeada puede inspirar ideas mas de monotonía y aridez que de hermosura y sublimidad; en cuanto á mí su variedad me parece infinita como su belleza eterna. Muy

rara vez se describen con buen éxito aun las escenas en que los objetos son prominentes y palpables, vana pues debe ser cuanta tentativa se haga para pintar aquellas en que el efecto es tan sutil y tan inconstante; estas sin embargo producen tal vez una impresion mas honda que las otras. A mí me parece posible el olvidar la sensacion que me causó la vista del gigantesco Misisipi y las emociones con que he contemplado su majestuosa corriente; el Ohio, el Potomac se pueden confundir en mi memoria con otros rios; puede costarme trabajo el recordar el contorno azul de los montes Aleghanies; pero mientras haya en mí la fuerza de un recuerdo, nunca podré olvidar la primera y la última hora del dia sobre las olas del Atlántico.

Mas el océano y sus inefables encantos habian desaparecido; ya empezamos á notar que el paseo del alcázar se asemejaba mucho al ejercicio de un mulo de noria; que nuestros libros habian perdido la mitad de las hojas y que sabiamos de memoria las que les quedaban; que la carne estaba demasiado salada y la galleta muy dura; en una palabra, que despues de haber estudiado nuestro buen buque Edward de la popa á la proa, hasta saber el nombre de todas las velas y el uso de cada rol-

dana, ya lo habiamos disfrutado bastante, y cuando por la última vez nos acostamos cabeza con cabeza en nuestras estrechísimas camas, exclamé con no poca alegría:

« Frescos campos mañana y pastos nuevos. » (1)

CAPITULO II.

Nueva-Orleans. — Sociedad. — Criollos y cuarterones. —
Viaje subiendo el Misisipi.

Al pisar por primera vez el suelo de una nueva tierra, de un nuevo continente, de un nuevo mundo, es imposible resistir á una conmocion vivísima y al interes profundo que inspiran casi todos los objetos que nos salen al encuentro. Nueva-Orleans tiene muy poco que pueda satisfacer á una persona de gusto, pero un europeo recién llegado puede observar muchas cosas nuevas y curiosas. La multitud desproporcionada de negros que andan por las calles, porque ellos son los que hacen todo el trabajo, la gracia y la hermosura de las elegantes cuarteronas, tal cual grupo de Indios salvages y de aspecto feroz, la escasez de vegetacion, el grande turbio rio, con su playa hundida y cenagosa, todo contribuye á variar esa especie de diversion que nace de mirar lo que nunca hemos visto.

La ciudad tiene mucha semejanza con las ciudades de provincia de Francia, y es en efecto una antigua colonia francesa tomada á los Españoles por esta nacion (2). Los nombres de las calles son franceses, y la lengua de que se sirven es indiferentemente ó la francesa ó la inglesa. La plaza del mercado es hermosa y está bien surtida, viniendo todo por el rio. Nos agradó mucho el canto con que los barqueros negros çompanan y entretienen el tiempo de sus faenas: su música consiste en pocas notas, pero son dulcemente armoniosas, y la voz del negro es casi siempre llena y sonora.

Las horas que pasaba mas agradablemente en Nueva-Orleans eran las que iba con mi familia á explorar el bosque inmediato á la ciudad. Este era nuestro primer paseo en « las eternas selvas del mundo occidental, » y nuestra imaginacion se elevaba á lo sublime de la poesia como nuestro corazon á lo patético del sentimiento. Los árboles, generalmente hablando, estan demasiado juntos para crecer con robustez, y ademas impide su desarrollo frecuentemente una planta parásita, á que no he oido dar mas nombre que el de *spanish moss* (musgo hispánico). Esta planta se deja caer graciosamente por toda la copa y da la forma de sauces llorones á los árboles que engalana y consume. La belleza principal de las selvas de

aqella region consiste en la lozanía del palmito, que es sin duda la planta de mas suave color y demas gentileza que yo conozca. El paupau es tambien un bello arbusto y se multiplica con abundancia. Allí vimos por la primera vez la parra silvestre que despues encontramos en las demas partes de América, y con tanta profusion que naturalmente se nos ocurría la idea de que los habitantes del pais deben añadir el vino á los productos numerosos de su fecundo suelo. Por todos lados serpentean sus sarmientos, se encaraman y vuelven á bajar enlazándose fuertemente y tejiendo seguros y cómodos columpios, á cuya terrible tentacion no pudieron resistir algunas personas de nuestra reunion, á pesar de las sublimes emociones que acabo de mencionar.

Aunque ya estaba mediado el invierno cuando llegamos á Nueva-Orleans, hacia un calor mucho mas que agradable, y los mosquitos nos perseguian con la misma pesadez y acaso la misma furia que en el verano; mas creo que aun cuando hubieramos podido, no nos hubieramos negado á sufrirlos algun tiempo, con tal de ver las naranjas en el árbol, y en las matas los guisantes verdes y los pimientos colorados que crecian y se sazaban al aire libre en navidad. En una de nuestras correrías nos aventuramos á entrar en un jar-

din cuya cerca de naranjos brillantes con sus globos de oro nos llamó la atencion; allí vimos guisantes maduros y una hermosa cosecha de pimientos encarnados que se curaban al sol. Una negra bastante jóven estaba trabajando en el portal de la casa; su condicion de esclava nos la presentó como un objeto de lástima: era la primera esclava á quien hubieramos hablado, y toda la dulzura del mundo nos parecia poca para dirigirle la palabra. ¡Qué lejos estaba la pobre muchacha de figurarse la simpatía que su suerte excitaba en nuestro corazón! Sus respuestas eran corteses, su tono jovial, y aun se reía al vernos extrañar como cosa rara los pimientos colorados, mientras yo estaba asustada, temiendo que un ama insensible le riñera por habernos dado unos cuantos. ¡En qué sandeces nos hace caer la ignorancia! Y ¡qué ignorantísimos somos en todo lo que no conocemos sino por tradicion!

Yo habia salido de Inglaterra con sentimientos tan contrarios á la esclavitud que no podia ver sin dolor sus víctimas. A la vista de cada negro, hombre, muger ó niño que pasaba, urdia yo allá en mi imaginacion una novela lastimosa y se la aplicaba, condoliéndome de mi propio romance, como si en efecto no hubiera podido dejar de ser su verdadera

historia. Instruida despues por la experiencia sobre este punto y conociendo mejor la situacion real de los esclavos del norte de América, me he burlado yo misma muchas veces de lo que entonces padecia.

El primer síntoma de igualdad americana de que me apercibí, fué la etiqueta con que me presentaron á una modista; y no me presentaron á ella en una casa de posada como á una «miss C***» cualquiera, ni en la calle bajo el velo de un tren elegante, sino en su propio santuario, detras de su mostrador, dando leyes á la cinta y al alambre, é infundiendo vida en gorras y sombreros. Miss C*** era inglesa y muger, segun me dijeron, y lo creo, de gran talento y de mucha instruccion. En sus modales fáciles y graciosos dominaba cierto aire á la francesa; la dulzura, con que sus hermosos ojos y su voz suave dirigian los movimientos de una esclavilla que le servia, cautivaba el alma, en fin su manera de hablar en frances de modas con sus parroquianas y en ingles de metafísica con sus amigos era tan natural, tan sencilla, que la hacia superior á aquellas y á estos.

En su casa ví á la hija de un juez que gozaba de una reputacion eminente de saber jurídico y literario, y en varias partes me aseguraron, despues de haber salido de Nueva-

Orleans, que todas las personas de capacidad tenian en el mas alto aprecio el trato de esta señora. Sin embargo faltaria gravemente á la exáctitud de los hechos, si, contentándome á fuer de viajera con semejantes observaciones, señalara como singularidad nacional ó estilo republicano el que las modistas den la norma en los mejores círculos de la sociedad americana. Yo no he visto mas que un ejemplo, pero puede contarse entre los infinitos que prueban la impresion que cualquiera circunstancia causa al entrar en un pais desconocido, y la propension irresistible de notar de costumbres propias y ordinarias de sus habitantes todas las cosas, por accidentales que sean. No obstante, si tales anomalías son raras en los Estados-Unidos, en el resto del mundo son casi imposibles.

En la tienda de miss C*** conocí á Mr. Mac Clure, personage venerable de bella presencia, que llovía axiomas por minutos como: «No hai mas diablo que la ignorancia; El hombre labra su existencia, » y otros refranes de igual calaña. Este profundísimo varon pertenecia á la escuela de Nueva-Harmonía, ó por mejor decir la escuela de Nueva-Harmonía le pertenecia á él. Era (creo que Escoces) hombre de buen caudal, y despues de haber pasado una vida algo alegre, «habia concebido altos pen-

» samientos como le gustaban á Licurgo, el
 » cual mandaba azotar á los muchachos de
 » Lacedemonia, » y se habia resuelto á mejo-
 rar la especie humana y á immortalizar su
 nombre, fundando una escuela filosófica en
 Nueva-Harmonía. Le habia chocado no sé qué
 de las vanas teorías de nivelacion de Mr. Owen
 y parece, á lo que yo alcanzo, que trataba de
 apoyar sus planes en el experimento de una es-
 cuela, enseñando en ella á la juventud ideas de
 cuanto él podia embutir en el orden y la forma
 de sus paralelógramos. El venerable filósofo,
 como todos los de su escuela de que yo haya
 oido hablar, queria mas bien inventar nuevos
 sistemas de soñada perfeccion que poner en
 práctica los ya inventados. Habia comprado
 con mucha liberalidad y llevado al desierto
 una coleccion magnífica de libros y de instru-
 mentos científicos; pero no habiendo hallado
 entre los hombres uno solo de miras tan exten-
 sas y generosas como las suyas, tuvo que aso-
 ciarse con una muger, á fin de poner en mo-
 vimiento la máquina que habia organizado.
 Como sus relaciones con esta señora venian de
 muy lejos y eran, segun decian, de mucha in-
 timidad, estaba seguro de que bajo su férula
 no se cometeria la mas leve infraccion. Los
 dos habian de formar un solo individuo; él
 debia dirigir las facultades del alma y que-

erlo todo, ella debia ejercer las funciones
 del cuerpo y hacerlo todo.

El golpe principal del proyecto era que los
 gastos para sostener el establecimiento (pues
 Mr. Mac Clure habia costeadado generosamente
 los de la fundacion) se hubiesen de sacar del
 producto de los trabajos en que los pupilos de
 ambos sexôs debian emplear ciertas horas del
 dia, alternando las fatigas mecánicas y corpo-
 rales con el estudio mental y las investigacio-
 nes científicas. Pero desgraciadamente el alma
 del sistema vió que el clima de la Indiana no
 convenia á su naturaleza y tomó el vuelo para
 Méjico, dejando que el cuerpo hiciese las ope-
 raciones de ambos como mejor le pareciera;
 el cuerpo, que era cuerpo frances, echó por su
 parte manos á la obra con la mayor actividad,
 sin molestar al alma para ello, y no tardando
 en convencerse de que cuanto mas simple es
 una máquina, tanto mas perfectas son sus ope-
 raciones, se desembarazó de toda la parte in-
 telectual del negocio (que, para hacer justicia
 á la pobrecilla alma, ocupaba su buena por-
 cion), y se dedicó con tanta felicidad como el
 cuerpo que mejor lo hiciera, á enriquecerse
 con el sudor de los infelices que habian reu-
 nido. La última vez que oí hablar de este es-
 tablecimiento filosófico, me dijeron que ella y
 su sobrino recogian una cosecha de oro, por-

que muchos de sus pupilos eran de provincias remotas, y como habian sido enviados por padres indigentes para que les dieran una educacion gratuita, carecian de medios con que salir del establecimiento.

Nuestra permanencia en Nueva-Orleans fué tan corta que no tuvimos tiempo para introducirnos en la sociedad; pero me dijeron que se componia de dos clases, ambas celebradas por sus reuniones y fiestas elegantes. Forman la primera las familias criollas, es decir: los colonos y negociantes con sus mugeres y sus hijas: estos se juntan entre sí, se convidan á comer entre sí, y son orgullosos y aristocratas; cada uno de sus bailes es un sarao de corte, y no hai dama en la casta que no sea mas desdeñosa y exclusiva en sus pretensiones que una princesa de Europa. La segunda clase comprende á las excluidas pero amables cuarteronas y á los caballeros de la clase anterior que se pueden escapar de los altos parages donde la sangre criolla pura se enciende en las venas, con solo la sospecha de estar cerca de algu no que tiene mezcla de color en el mas remoto grado.

De todas las preocupaciones que he observado, me parece esta la mas violenta y la mas inveterada. Las jóvenes cuarteronas, hijas reconocidas de padres americanos ó criollos,

educadas con todo esmero, poseyendo los talentos que puede procurar la riqueza en Nueva-Orleans, y con el decoro que inspiran el cuidado y el cariño; hermosas, gallardas, graciosísimas y amables, no son admitidas, ¡ qué admitidas! ni admisibles en la sociedad de las familias criollas de la Luisiana. No se pueden casar porque ninguna ceremonia puede hacer legal ú obligatorio el matrimonio con ellas; pero tal es el atractivo irresistible de sus gracias, hermosura y suavidad de modales que por desgracia siempre les toca la suerte de agradar y de ser amadas. Si las señoras criollas gozan del privilegio de ejercer el poder tremendo de repulsion, la linda cuarterona tiene la dulce mas peligrosa venganza de poseer el de atraccion. Los enlaces formados con las mugeres de esta raza desventurada son por lo comun, á lo que dicen, duraderos y dichosos, cuanto pueden serlo enlaces que llevan consigo cierto grado de disfavor.

Hai en la ciudad teatro ingles y teatro frances; pero hacia muy poco tiempo que habiamos salido de Europa para que despertara nuestra curiosidad ni el uno ni el otro, ni á la verdad ninguna de las demas diversiones de Nueva-Orleans, asi deseabamos con ansia comenzar nuestra navegacion subiendo el Misisipí.

Miss Wright, menos conocida entonces, aunque ya habia publicado mas de un volumen estimable, de lo que se ha hecho despues, habia sido nuestra compañera de viage desde Europa, y yo tenia intencion de pasar algunos meses con ella y su hermana en la hacienda que habia comprado en Tenesi. Esta señora, tan celebrada despues como abogada de opiniones que hacen á muchos millares extremarse y que llenan de entusiasmo á otra porcion, estaba dedicada, cuando salimos de Inglaterra, á tareas muy diversas de las que la han ocupado posteriormente. En vez de predicar en todas las ciudades y rancherías de América, trataba, como decia ella, de retirarse á vivir en los bosques mas densos del mundo occidental, á fin de consagrar exclusivamente sus bienes, su tiempo y sus luces á la causa de los oprimidos negros. Quería empezar probando que la naturaleza no habia puesto mas diferencia entre los negros y los blancos que el color, y esperaba probarlo, dando la misma educacion á una clase de niños blancos y negros. Miss Wright pensaba que, asentado este hecho de una manera irrevocable, la causa de los negros ganaria un terreno en que no se habia visto jamas, y que se demostraria que el desprecio con que los miran las naciones civilizadas es una injusticia bárbara.

La cuestion de la igualdad ó desigualdad intelectual entre nuestra raza y la de los negros, es de un interes grande y todavía no se ha ventilado bien : yo esperaba tanto por mis hijos como por mí que visitando su establecimiento y observando los resultados de su ensayo, lograríamos instruirnos con placer sobre este punto.

Los innumerables barcos de vapor que son las diligencias y carretas de este pais de lagos y rios, en nada se parecen á los de Europa, á los cuales llevan grandísimas ventajas. Los baños flotantes de Paris, llamados « les bains Vigier, » son las únicas construcciones que me parece tengan alguna semejanza con ellos. La cámara á que pertenece la doble línea de ventanas, es una sala hermosísima. A cada ventana corresponde un bonito camarote arreglado de manera que la colgadura se repliega y ofrece la forma de una cortina de balcon. Esta cámara se llama la de los « señores » y los señores sostienen su derecho exclusivo á ella con algo de grosería : allí se sirven el almuerzo, la comida y la cena, permitiendo á las señoras que hagan allí tambien sus comidas.

El primer dia de enero de 1828 nos embarcamos en el Belvedere, buque grande y hermoso, aunque no de los mas grandes ni de los mas hermosos que fondeaban en los diques;

pero debía arribar á Menfis, punto del rio mas cercano á la residencia de Miss Wright, y era el primero que partia, despues de habernos despachado la aduana. La estancia destinada al uso de las damas nos pareció muy triste, porque sus únicas ventanas estaban debajo de la galería de la popa. « La cámara de las señoras y la de los caballeros estaban perfectamente amuebladas, y esta bien entapizada; » pero ¡ ay qué tapiz ! imposible me seria, aunque quisiera, describir el lamentable estado del tal tapiz ; necesitaba la pluma de Cervantes, para salir airosa de mi empeño. Que ninguno de los que deseen formar una opinion favorable de los estilos americanos, empiece sus viajes en los barcos de vapor del Misisipí ; en cuanto á mí confieso con toda sinceridad que quisiera mas bien alojarme en una pocilga bien acondicionada que emparedarme en semejantes camarotes.

Apenas tengo idea de cosa que tanto repugne á los hábitos de un Ingles como el eterno escupir de los Americanos y el poco reparo con que lo hacen. Bien sé que debo disculparme con mis lectores del uso repetido de esta y otras palabras repugnantes, pero no podría evitarlas sin que padeciese la fidelidad de la descripcion. Acaso es ir demasiado lejos el generalizar en tales frases la voz de « America-

nos. » Los Estados-Unidos se extienden por un continente dividido entre distintas naciones y debo advertir que ahora y siempre no hablo sino de los que yo misma he visto. En mis conversaciones con los Americanos he observado constantemente que cuando aludia á cualquiera cosa que consideraba como extraña, no dejaban de asegurarme que era local y no nacional, mera excepcion y no regla, singularidad accidental de una pequenísima parte, pero de ningun modo muestra de los usos del pais. « Eso es porque conoceis todavía muy poco la América, » es frase que he oido mil veces y en casi otros tantos lugares diferentes. — *Puede ser*; y ya concedido esto, protestaré contra todo cargo de injusticia en la relacion de lo que yo he visto.

CAPITULO III.

Pasajeros del barco de vapor.—Vistas del Misisipi.—Cocodrilos.—Llegada á Menfis.—Nashoba.

El tiempo estaba claro y templado; así la guardia del vapor, como llaman en el país la galería exterior que da vuelta á los camarotes, nos pareció un sitio muy agradable, y como todos nuestros compañeros de viaje le dimos la preferencia. Allí nos sentábamos durante el día, y algunas noches, para gozar de la luna clara y refulgente del cielo americano, nos quedábamos nosotras solas abrigadas con nuestros chales, mucho después de haberse recogido los demás pasajeros. Llevábamos á bordo un cargamento de ellos completo. La cubierta estaba como de costumbre ocupada por los barqueros del Quentuqui que volvían de Nueva Orleans, habiendo vendido barcas y mercancías, las cuales conducen allá sin más trabajo que el de seguir la corriente, andando á cuatro millas por hora. Habría sobre unos dos-

cientos Quentuqueños á bordo, mas la parte del buque en donde van, está separada de los camarotes, de suerte que no los veíamos sino cuando nos parábamos á hacer leña: entonces corrían á tierra ó mas bien saltaban y pasaban unos por encima de otros, para ayudar á embarcar la leña que sirve á la máquina, siendo ese trabajo una de las condiciones que entran en parte del pago de su pasaje.

Segun la relacion que de ellos nos hizo un criado que nos servía á bordo, y que iba en su misma separacion, son las gentes mas desordenadas del mundo, siempre jugando, siempre riñendo, rara vez sobrios, y sin que pase una sola noche que no den pruebas prácticas de la veneracion en que tienen las doctrinas de la igualdad y de la comunidad de bienes. El escribano del buque tuvo la bondad de tomar bajo su proteccion á nuestro hombre y le dió un petate en su mismo camarote; pero como no era un asilo impenetrable, le aconsejó que no separara de su cuerpo en toda la noche ni el bolsillo ni el reloj. La raza de los Quentuqueños, dejando á parte la moral, es bellísima. En general exceden mucho en la estatura á los europeos, y sus rostros, cuando no les desfigura una cabellera roja, lo que sucede á menudo, son extremadamente hermosos.

Los caballeros de la cámara (no habia seño-

ras) no hubieran merecido ciertamente esta denominacion en Europa, ni por los modales, ni por el lenguaje, ni por la apariencia; pero pronto descubrimos que sus derechos á ella se fundaban en bases mas sólidas, pues oímos que casi todos se daban títulos de mayor, coronel, general. Algun tiempo despues haciendo yo mencion de estas dignidades militares, me dijo uno de mis amigos, ingles tambien, que él habia hecho el mismo viaje en compañía de otra porcion de gefes, y que notando que no se hallase entre ellos ni un solo capitán, le preguntó á un compañero de barco ¿en qué consistia? «¡Oh, señor! los capitanes van sobre cubierta,» le respondió el otro.

Sin embargo no todos sus *Honores* eran militares, que tambien iba á bordo un juez. No se me oculta que es tan fácil como odioso el ridiculizar las rarezas del exterior y modales de unas gentes que pertenecen á otra nacion diferente de la nuestra; mui bien pueden ellas hacer burla de nosotros al mismo tiempo que nosotros la hacemos de ellas, y ademas no es mi ánimo el motejar todo lo que es nuevo para mí; á pesar de eso, hubiera sido absolutamente imposible el que dejaran de repugnarme muchas de las novedades que me rodeaban.

La falta total de cuantos respetos se guar-

dan en la mesa, la priesa voraz con que se abalanzaban al plato y se engullian la comida, la pronunciacion áspera, las frases groseras, el asqueroso gargajear de cuya plaga de ningun modo podíamos libertar nuestros vestidos, la manera espantosa de servirse del cuchillo en guisa de tenedor, metiéndoselo en la boca hasta al cabo, y la manera aun mas espantosa de mondarse luego los dientes con una navaja, en una palabra todo nos hizo conocer que no nos hallabamos en medio de una reunion de generales, coroneles ni mayores del viejo mundo y que la hora de comer no era la menos incómoda de nuestra navegacion.

La escasa conversacion que solian entablar mientras permaneciamos en la cámara, se cerraba en la política, y como la competencia de Adam y Jackson preocupaba entonces los ánimos, debatian los derechos respectivos de uno y otro á la dignidad de presidente con mas votos y juramentos que no he tenido la suerte de oir en toda mi vida. Una vez iba ya un coronel á tirarse encima de un mayor, cuando un jayán de siete pies, caballero quentuqueño, que trataba en caballos, les apostrofó, pidiendo al cielo que confundiera á los dos, y les hizo que se sentaran, mandándolos..... Al verle sentado tranquilamente y dispuesto á incluir á todos los presentes en su sentencia, temimos noso-

tras por nuestra parte el merecerla, y nos apresuramos á salir de la cámara, donde nunca nos deteniamos un instante mas del tiempo que absolutamente era indispensable para comer.

La llanura no interrumpida de las márgenes del Misisipí continua sin variedad alguna muchas leguas por cima de Nueva-Orleans; pero las cubren el gracioso y fecundo palmito, la carrasca noble y sombría, el brillante naranjo, y nunca nos cansabamos de contemplar su bella perspectiva. Algunas veces soliamos aprovecharnos de las arribadas que el vapor hacia para proveerse de leña y saltabamos en tierra á dar un paseo de diez minutos: en uno de estos paseos recorrimos un campo de cañas de azúcar, cargando con todas las que pudimos acarrear. Muchos de los pasajeros eran apasionados del zumo meloso que se extrae de esta planta con solo chuparla, mas yo la encontré demasiado dulce para mi paladar. Tambien visitamos con la misma rapidez un plantío de algodón. A cierta distancia nos señalaron un convento, grande y hermoso edificio, donde las monjas educan á un número considerable de niñas.

En uno ú dos puntos quiebran el nivel fastidioso del bosque unos altozanos ó montecillos que los del país llaman *bluffs*: encima de una de estas eminencias está ventajosamente asen-

tada la Puebla de los Natches, cuyo clima en la estacion del calor es tan funesto como el de Nueva-Orleans: si no fuera por eso, la Puebla de los Natches no tardaria en acrecentarse, pues ofrece á los nuevos colonos muchos y muy grandes alicientes. El bello contraste de su verde y risueña colina con la faja opaca de la negra selva que se extiende por uno y otro lado, la profusion espléndida de paupaus, palmitos y naranjos, la rica variedad de flores que matizan el suelo, embalsamando el aire con sus deliciosos aromas, todo hace que este recinto parezca un *oasis* en el desierto. Natches es el punto mas septentrional en que los naranjos fructifiquen al aire libre, ó prevalezcan sin abrigo alguno en el invierno. En cuanto á los demas pueblos que pasamos, todos, excepto aquel sitio ameno, me parecieron de un aspecto tristísimo y en extremo miserable. Conforme nos ibamos alejando de Nueva-Orleans, el semblante de riqueza y comodidad que distingue sus cercanías, iba poco á poco desapareciendo, y á no ser por una ó dos rancherías que se llaman ciudades con nombres harto pomposos tomados generalmente de la Grecia ó de Roma, muy bien habriamos podido creernos los primeros mortales que penetraban en semejante territorio de osos y de caimanes. Sin embargo de cuando en cuando aparecia la

choza de algun leñador de los que proveen los buques de vapor, exponiendo su salud ó mas bien sometiéndose al golpe cierto de una temprana muerte por la codicia del dinero y la pasion del huisqui (3). Estas tristes habitaciones se inundan casi todas durante el invierno, y las mejores entre ellas estan construidas sobre estacas, de manera que en las grandes avenidas no corran riesgo de ser ahogados sus pobres moradores. Todos ellos son víctimas constantemente de la fiebre, que los coje descuidados y sostenidos por el uso continuo de los licores fuertes. El aspecto lívido y asqueroso de las infelices mugeres y de sus hijos era horrible, y ninguna de las veces que se presentó á mis ojos este espectáculo, pude mirarlo con indiferencia. El color entre blanquizco y azulado de sus caras les hace á todos parecer hidrópicos, y hasta las pobrecitas criaturas estan cubiertas de la misma sombra de muerte que sus padres. Una miserable vaca y unos cuantos cerdos, metidos en el agua hasta los corvejones, distinguen las habitaciones mas prósperas; pero en su todo debo decir que jamas he visto la naturaleza humana reducida á un estado de tanta decadencia como en las chozas en que viven ó por mejor decir agonizan los leñadores de las orillas pestilentes del Misisipí.

Dicen que en algunas partes de este melan-

cólico rio hai tal plaga de cocodrilos, que el miedo de sus ataques aumenta todavía los horrores de situacion tan desdichada. Allí nos contaron la historia de uno de sus leñadores que llaman *squatters*, el cual habia sufrido un desastre espantoso por haber construido su cabaña demasiado cerca del agua. La operacion de edificar se acaba con la mayor prontitud, porque el interes de la vecindad y la aficion al huisqui atraen á los pocos habitantes del contorno, que ayudan al recién llegado, cortándole árboles, desbastándoselos, acarreándolos y trabajando de todos modos hasta que ven terminada su guarida. Acabada la del leñador, tomaron posesion de ella su muger y cinco hijos pequeños, y toda la familia se entregó al sueño, para descansar de una larga peregrinacion. Al amanecer se despertó el padre oyendo un gemido sordo, alzó la cabeza y vió el suelo cubierto de miembros despedazados de sus hijos, y un enorme cocodrilo con otros mas pequeños, cebándose en tan horrible banquete. No teniendo armas y conociendo el infeliz que nada haria sin ellas, se levantó con mucho tiento y arrastrándose poco á poco ganó una ventana por donde saltó, con la esperanza de que su muger y sus demas hijos que dejaba durmiendo, tendrian la fortuna de permanecer sin ser descubiertos hasta que

él volviera. Corrió á la choza del vecino mas cercano á pedirle socorro; antes de media hora volvió con dos hombres, armados los tres; pero ¡ya era tarde! su muger y sus dos criaturas yacian hechas pedazos en la cama que empapaba su sangre. Los reptiles atestados de carne humana y embriagados de sangre, no tardaron en caer á los golpes de los leñadores, que descubrieron junto á la misma cabaña la boca de un agujero que parecia una caverna, donde habia hecho el monstruo su detestable cria.

Se pueden contar entre las cosas que aumentaban el aspecto de desolacion de aquella tierra maldita de la naturaleza, la llama moribunda de un bosque incendiado que se veia casi constantemente despues de ponerse el sol, y el humo que impelido por los vientos solia flotar sobre nuestras cabezas como una espesa niebla. Ni toda la novedad de la perspectiva, ni toda la grandeza de su inmensidad bastaban para calmar la impresion horrible y enojosa que producía en el ánimo semejante escena. Tal vez podran explicar eso las comidas y cenas que acabo de describir; pero lo cierto es que despues de haber admirado una semana la continuidad incesante de la selva, despues de habernos deleitado y de habernos cansado de deleitarnos con el festoneado y colgaduras del

musgo hispánico, despues de haber aprendido á distinguir por sus nombres de *snag*, *log* ó *sawyer*, las diferentes masas de madera que pasaban por nuestro lado, ó por cuyo lado pasamos nosotros, en fin despues de habernos convencido de que los caballeros de los establecimientos militares del Quentuqui y del Ohio no eran de la misma laya que los oficiales franceses ó los oficiales ingleses, ya empezabamos á desear que se prolongase nuestro sueño. Al paso que nos íbamos adelantando hácia al norte, íbamos dejando atras las orillas cubiertas de palmitos, y ni aun volvimos á gozar de la distraccion de atisbar algun cocodrilo durmiendo.

En tal estado y cuando el deseo de llegar nos hacia andar con la imaginacion dos millas por cada una que andaba el vapor, sentimos de repente un choque violento que nos asustó.

— Un aserrador, dijo el uno.

— Un diente, dijo el otro.

— ¡Hemos varado! exclamó el capitán.

— ¡Varado? ¡santo Dios, y cuánto tiempo estaremos aquí!

— Dios con su providencia puede solo decirlo, pero me parece que lo bastante para apurar nuestra paciencia.

¡Y qué aterradas no estarian las pobres Inglesas!

Dos veces tuvieron que almorzar, dos que comer y una que cenar con los caballeros del Ohio y del Quentuqui, antes que pudiera el vapor dar un paso. Varios buques pasaron mientras estuvimos detenidos de aquella manera; los unos no tenían bastante fuerza para arrancarnos de allí, otros lo intentaron sin poder conseguirlo; hasta que al fin llegó una especie de « cosa viviente » grande y poderosa, nos echó unos garfios y en tres minutos se concluyó la operación: otra vez vimos pasar rápidamente los árboles y las balsas de lodo, manifestando todos los pasajeros su alegría con un grito de regocijo.

Por último tuvimos el placer de oírnos anunciar nuestra llegada á Menfis; pero era media noche, y la hora y mas la lluvia que caía á torrentes, aguaron nuestro gozo.

Menfis se levanta sobre una altura, y entonces era casi inaccesible. La lluvia que habia estado cayendo durante muchas horas, habria hecho dificultoso todo camino; nosotros tuvimos la desgracia de engañarnos tomando por mejor uno que acababan de abrir, y dejamos el suelo firme de la roca por un lodazal insondable. Allí se quedaron los zapatos y con ellos los guantes, que en tal apuro no era poca fortuna el poderse valer de las manos como de los pies, y llegamos á la gran Fonda en el mas lastimoso estado.

Miss Wright era mui conocida de la casa, y todo el mundo, asi que anunciaron nuestra llegada, nos recibió con la mayor solicitud, de suerte que no tardamos en encontrarnos instaladas en los mejores cuartos de la fonda. El edificio era nuevo y á mi parecer sin comodidad alguna; pero todavía no estaba yo habituada á la América ni conocia su manera de « ir adelante » (*getting along*) como dicen en los Estados-Unidos: expresión que está eternamente en uso y parece que significa vivir con las menos comodidades posibles.

Con todo dormimos profundamente y nos levantamos con la esperanza de dejar nuestro cuartel que aun apestaban á mezcla, para dirigirnos á Nashoba á la hacienda de Miss Wright.

Mas conociendo que á causa de la noche anterior era peligroso aventurarse á atravesar la selva de Tenesi en cualquiera clase de carruage, nos resolvimos á pasar el dia en nuestra estrambótica posada. Como yo habia salido tan harta de mesa redonda, me hubiera alegrado mucho de comer mi racion de cecina de venado y de compota de orejones en un cuarto solo; pero Miss Wright me dijo que eso era imposible; que la dueña de la casa tomaria por una ofensa personal el proponérselo, y sobre todo, que ciertamente lo negaria. Este último argu-

mento era de algun peso, y cuando oimos la campana mayor que llamaba desde una ventana alta de la casa, bajamos al refectorio. La mesa estaba puesta para cincuenta personas y ya la habian ocupado casi toda. Nosotras tuvimos el honor de sentarnos junto «á la señora,» es decir, el ama de la posada, mas para moderar el orgullo que semejante distincion hubiera podido originar, mi criado Guillermo estaba sentado casi en frente de mí. Componíase la reunion de todos los tenderos (ó comerciantes como los llaman en los Estados-Unidos) de Menfis. Tambien era de la partida el mayor del pueblo, amigo de Miss Wright, y persona de modales mui finos, de un exterior agradable y que parecia fuera de su lugar en una pequeña poblacion de las orillas del Misisipí. Desde que se ha establecido aquella fonda, segun nos dijeron, se ha hecho costumbre entre todos los habitantes del pueblo el ir á ella á comer y á almorzar. Comieron con un silencio profundo y con una celeridad tan asombrosa que literalmente apenas habiamos nosotras empezado, cuando ya ellos estaban despachados. Se fueron con el último bocado y tan callados como habian comido, y otra bandada de ellos vino á reemplazarlos, desempeñando su mudo papel de la misma manera. El ruido de los cuchillos y tenedores era el único que se oia, acompa-

ñado por supuesto del coro perpetuo de toses y demas. No habia en la mesa mas mugeres que nosotras y el ama de la posada; pues las buenas mugeres de Menfis estan contentas de que sus señores vayan á participar de los pavos y venado de Mistress Anderson, con tal de no tener el trabajo de guisarles la comida, y ellas se regalan en sus casas con cetas y leche.

Pasamos lo demas del dia harto agradablemente, correteando por la poblacion que ocupa uno de los puntos mas hermosos del Misisipí. El rio es tan ancho por aquella parte que parece un dilatado lago; divídelo una isla cubierta de magníficos árboles, y varia con su imponente masa de sombra la uniformidad de las aguas. Las casas se prolongan irregularmente por la falda de la colina desde el rio Wolf hasta una milla mas abajo. Media milla mas arriba sobre la poblacion se descubre una cima escueta que produce buenos pastos para caballos, vacas y cerdos; en cuanto á ganado lanar aun no tenian carneros. A los dos extremos de este espacio vuelve la selva á levantar su sombrío valladar, como si dijera al hombre: «No pasarás adelante.» La constancia y la industria se han burlado sin embargo de su precepto. La poblacion da la vuelta por detras de su larga calle y se introduce en el bosque, sibien á cada paso se enmaraña y hace casi intransitable la

senda escabrosa que va á las rancherías mas apartadas. Rompen el terreno infinitas corrientes de agua, y para atravesarlas han construido puentes con grandes troncos de árboles al traves de los cuales ponen otros mas pequeños. Al andar por estos puentes una persona se mueven, mas cuando los pasan caballerías ó carruages retiemblan de una manera que pone miedo; sin embargo son mui pintorescos. La elevacion prodigiosa de los árboles, la abundancia de parras silvestres que cuelgan de sus copas y forman entre ellos guirnaldas y festones, la variedad de aves de plumages alegres, especialmente el papagayo verde, todo nos hacia sentir que nos hallabamos en un mundo nuevo, y hubieramos dado con gusto un paseo igual al dia siguiente; pero Miss Wright deseaba con impaciencia llegar á su casa, y yo y mi familia teniamos casi la misma gana que ella por ver su Nashoba. Nos prepararon pues una especie de carreton con dos caballos, y empezamos de buen humor una jornada de quince millas por medio de la selva. Para no pasar uno de los puentes ya descritos, y que no creian mui firme, nuestro conductor negro nos llevó por una laguna que segun él nos aseguraba, en quanto á hondura no debia darnos cuidado; no obstante, cuando vimos desaparecer la lanza y que nos ibamos hundiendo á toda

priesa, no pudimos menos de hacerle presente lo arriesgado de su obstinacion en querer seguir adelante; su respuesta fué rechinar los dientes y arrear sus caballos. Casi al mismo instante perdimos de vista las ruedas delanteras; los pobres animales empezaron á zambullirse y dar coces del modo mas tremendo, sin que nada alterara á nuestro buen cochero. Al fin el eje se rompió y entonces el filósofo negro nos dijo con mucha gravedad: « Soy de parecer que lo mejor que podeis hacer es salir de aquí montando en los caballos, porque esto « va largo. » Miss Wright que continuaba sonriendo al ver la escena, respondió: « Sí, Jacobo, « eso es lo que es menester que hagamos. » En efecto asi salimos á la orilla, no sin alguna dificultad, y en breve nos hallamos de nuevo formando corro delante de la chimenea de Mistress Anderson.

Se convino en diferir nuestra marcha hasta que las aguas bajaran, pero Miss Wright estaba con demasiada impaciencia para sufrir cualquiera dilacion, asi partió al instante á caballo con nuestro criado, el cual me dijo despues que habian pasado por sitios que hubieran detenido al mas intrépido cazador, y que « para Miss Wright eran la cosa mas llana del mundo. »

Tocónos á nosotros el volvernos á poner en

camino al dia siguiente, y un cielo sereno, un sol brillante, la soledad augusta de la selva y nuestra curiosidad misma estimulada vivamente por objetos tan nuevos, fueron circunstancias que hicieron nuestra excursion deliciosa, y que nos dieron fuerzas para sobrellevar con resignacion los coscorrones y magulladuras que atrapabamos. No tardamos mucho en perder de vista todo asomo de camino, tal nos pareció á lo menos, pues los troncos de los árboles que habian cortado para abrir el paso, tenian tres pies de alto. Por cima de estos troncos pasaba sano y salvo el elevadísimo *Deerborn*, como llamaban á nuestro carruage; bien que necesitamos la experiencia de muchas millas para convencernos de que podiamos contar con alguna probabilidad de vida, y de que no ibamos á dejarla en el último tronco que veíamos: causaba gusto el observar la calma y facilidad con que nuestro conductor serpenteaba con ruedas y caballos entre aquella estacada. La selva se espesaba mas y mas á cada milla, y ofrecia un aspecto mas austero, mas nuestro negro respondia con su eterno rechinar de dientes, jurando que el camino era un excelente camino y que llegaríamos á Nashoba con toda seguridad.

Y en efecto llegamos..... y bastó una ojeada pra convencerme de que cuantas ideas mea

habia yo forjado de aquel sitio, estaban en oposicion diametral con la verdad: el único sentimiento que me inspiró fué el de la desolacion, desolacion la única palabra que hizo vibrar en mi lengua, bien que los labios no la dejaran sonar. Con todo Miss Wright hubo de apercibirse de la dolorosa impresion que habia producido en mí la vista de su morada salvage, y no dudo de que ambas nos convencimos á la par de nuestro engaño en creer que pudiera habernos sido agradable ni á la una ni á la otra el pasar juntas una temporada en semejante lugar. Haciéndole justicia al mismo tiempo, me parece que su cabeza estaba tan exclusivamente ocupada del objeto que se habia propuesto que todo lo demas era para ella ó indigno de atencion ó indiferente. Yo nada he oido ni leido jamas en punto á entusiasmo de cualquiera clase que sea que se acercase al entusiasmo suyo, excepto alguno que otro ejemplo de fanatismo religioso en los siglos primitivos.

Igualmente poderoso debia ser el sentimiento que habia inducido á Miss Wright, acostumbrada como ella lo estaba á todas las comodidades, á todos los refinamientos de Europa, á imaginarse no solo que ella podría vivir en su desierto, sino que sus amigos europeos entrarian en él sin que les abatiese el ánimo tan huraña perspectiva. Cada edificio constaba de dos gran-

des piezas amuebladas con la mayor sencillez, pues aun no se hallaba en ellas ninguna de esas comodidades de orden inferior que las inteligencias vulgares ponemos entre los artículos necesarios de la vida. En esto nada habia de malo para nuestra filósofa, ni entraba en su indiferencia la mas leve mezcla de afectacion: real y verdaderamente no se le habia ocurrido semejante cosa; todo su corazon, su alma toda entera estaba poseida de la esperanza de elevar á los negros al nivel de la ilustracion europea, y aun ahora, despues de haber visto rodar y convertirse en polvo bajo sus mismos pies la fábrica predilecta de su imaginacion, no puedo recordar el abandono con que se entregaba á ella, sin experimentar la misma admiracion.

Los únicos blancos que encontramos en Nashoba fueron mi amable amiga Mistress W***, hermana de Miss Wright, y su marido. Creo que tenian de treinta á cuarenta esclavos, incluso los niños, pero cuando yo los visité aun no habia escuela establecida. Habian reunido para el grande ensayo libros y otros materiales, y habian ajustado uno ú dos profesores, pero todavia estaba todo por organizar. Encontré á mi amiga Mistress W***, en muy mal estado con respecto á la salud, y ella me confesó que lo atribuia al clima. Esto me asustó

tanto por mi familia que me resolví á dejar aquel sitio lo mas pronto posible, y lo verifiqué á los diez dias.

No sé cual fuese la causa que indujo á Miss Wright á abandonar un proyecto tan profundamente arraigado en su imaginacion, y en el cual habia gastado tanto dinero. Antes de que se pasasen muchos meses tuve noticias, con gran regocijo mio, de que ella y su hermana se habian ido. Me parece que á su vuelta á Nashoba conoció que el clima era demasiado contrario á la salud de las dos. Todo lo demas que sé sobre aquel establecimiento se reduce á que Miss Wright penetrada (por uno ú otro motivo) de la imposibilidad de realizar su plan, acompañó ella misma á sus esclavos hasta Haiti, donde les dió la libertad poniéndolos bajo la proteccion del presidente.

No me pareció hermoso nada de lo que ví en las cercanías de Nashoba, ni puedo figurarme que tengan mas atractivos en el verano. Los árboles estan apiñados de tal modo que ahogan las plantas inferiores, principal ornamento de los bosques de la Nueva-Orleans, y no dejan penetrar los rayos del sol que con los efectos de luz y sombras suplirian la falta de otros objetos. La cultura y desmonte, de las tierras que avecinan el establecimiento me parecieron de poca consideracion y muy lejos de

perfeccion, aunque aseguraban que habian logrado buenas cosechas de algodón y de maiz. El tiempo estaba seco y agradable y el cielo por la noche sorprendia con el espectáculo de su rara hermosura. Yo no he visto jamas luna mas clara, mas pura, mas alumbradora.

El 26 de enero de 1828 volvimos á Menfis; tuvimos que aguardar cinco dias el vapor que iba á Los-Cincinnati, metrópoli del oeste, donde me habia determinado á ir con mi familia para esperar á Mr. Trollope. Todas las personas á quienes hablamos en Menfis de aquel punto, nos aseguraban que era la mas bella situacion de la parte occidental de los Alleghanies. Entre tanto disfrutabamos de los varios paseos que descubriamos entre los claros del bosque que rodea la poblacion; las delicias de estos paseos verdaderamente agradables y la vista del horizonte inflamado que coronaba el rio nos ayudaban á esperar con paciencia el barco que debia transportarnos.

CAPITULO IV.

Partida de Menfis.—El Ohio.—Villa-Luis.—Los-Cincinnati.



El primero de febrero de 1828 nos embarcamos en el Criterion y volvimos á flotar sobre « el padre de las aguas », como se han empeñado en que los pobres Indios desterrados llamaban el Misisipi. Nuestros compañeros de viaje se asemejaban tan portentosamente á los que lo habian sido desde Nueva-Orleans, que en mi opinion debian ser primos hermanos, y lo mas singular era que tambien habian ascendido todos ellos á las mas altas graduaciones del ejército. En cuanto á vistas, subiendo el rio Wolf, todas se reducen en muchos leguas á selva, selva y siempre selva, siendo el receso del rio y sus usurpaciones en la orilla opuesta la sola variedad que interrumpa su monotonia en algunos puntos. Estos cambios se repiten á menudo, pero nadie me ha dado de ellos una explicacion satisfactoria. En la parte invadida por la corriente, se ven árboles que

perfeccion, aunque aseguraban que habian logrado buenas cosechas de algodón y de maiz. El tiempo estaba seco y agradable y el cielo por la noche sorprendia con el espectáculo de su rara hermosura. Yo no he visto jamas luna mas clara, mas pura, mas alumbradora.

El 26 de enero de 1828 volvimos á Menfis; tuvimos que aguardar cinco dias el vapor que iba á Los-Cincinatos, metrópoli del oeste, donde me habia determinado á ir con mi familia para esperar á Mr. Trollope. Todas las personas á quienes hablamos en Menfis de aquel punto, nos aseguraban que era la mas bella situacion de la parte occidental de los Alleghanies. Entre tanto disfrutabamos de los varios paseos que descubriamos entre los claros del bosque que rodea la poblacion; las delicias de estos paseos verdaderamente agradables y la vista del horizonte inflamado que coronaba el rio nos ayudaban á esperar con paciencia el barco que debia transportarnos.

CAPITULO IV.

Partida de Menfis.—El Ohio.—Villa-Luis.—Los-Cincinatos.



El primero de febrero de 1828 nos embarcamos en el Criterion y volvimos á flotar sobre « el padre de las aguas », como se han empeñado en que los pobres Indios desterrados llamaban el Misisipi. Nuestros compañeros de viaje se asemejaban tan portentosamente á los que lo habian sido desde Nueva-Orleans, que en mi opinion debian ser primos hermanos, y lo mas singular era que tambien habian ascendido todos ellos á las mas altas graduaciones del ejército. En cuanto á vistas, subiendo el rio Wolf, todas se reducen en muchos leguas á selva, selva y siempre selva, siendo el receso del rio y sus usurpaciones en la orilla opuesta la sola variedad que interrumpa su monotonia en algunos puntos. Estos cambios se repiten á menudo, pero nadie me ha dado de ellos una explicacion satisfactoria. En la parte invadida por la corriente, se ven árboles que

crecen en el agua á muchos pies de profundidad; el agua mina con el tiempo sus raíces, y entonces el primer huracan los arranca sin dificultad, los sumerge en el cieno y abandona sus cadáveres á las olas. Asi se acrecienta la cantidad inmensa de troncos desnudos y de balsas enramadas que bajan flotando al Golfo-Mejicano. Las playas de donde se aparta el rio no tardan en cubrirse de cañas silvestres que se levantan con la rapidez de la vegetacion del clima. Este contraste quiebra de cierto modo la igualdad fastidiosa de mil millas de muro vegetal. Pero ya nos ibamos aproximando al rio tan enfáticamente llamado « el Hermoso » (la *Belle Rivière*) de la Nueva-Orleans francesa, y al cabo de algunos dias mas salimos, espero que para siempre jamás, de las fangosas aguas á que con igual énfasis dan el sobrenombre de « mortales » que en realidad les cuadra, porque el aire de sus márgenes mata, y nunca se ha visto que lo que se ha hundido bajo su superficie haya vuelto á aparecer en ella. Con la misma justicia merece su denominacion el « Río Hermoso. » Las aguas del Ohio son puras y transparentes, y sus márgenes varian continuamente, pues corren por medio de un país rodado, como dicen allí, expresion que parece significar un terreno que apenas presenta de una vez un nivel de doce

pasos. La selva primitiva sigue ocupando una porcion considerable del terreno, y trepando por las laderas, ó colgando magestuosamente de las rocas; mas se ve cortada por frecuentes establecimientos que animan ganados de todas clases y en que se deleita la vista del viajero. Me se figura que este rio posee casi todas las riquezas de la perspectiva: ya riegan sus claras ondas verdes praderas, ya se encierran entre tajadas rocas; se ven sobre las márgenes lindas habitaciones con sus alegres pórticos, y alternando la hermosura con la gracia, grupos de árboles salvages, fracciones del inmenso bosque, donde la enmarañada maleza indica claramente cuáles son sus habitantes. Muchas veces baja de la montaña un torrente que vierte en el seno del rio su tributo de plata, y si acá ó allá se descubrieran las ruinas de una abadía ó algun castillo feudal para enlazar lo romántico de la vida real con la poesía de la naturaleza, el Ohio seria un dechado de perfeccion.

Tal era la magia de aquel hermoso espectáculo, que cesamos de murmurar de nuestras comidas y cenas, y aun aprendimos á casi rivalizar con nuestros vecinos en su voraz prontitud para tragar: tanta era nuestra ansia de volver á la guardia, por no perder las bellezas de que nos alejábamos.

¡Y á pesar de sus muchos encantos las riberas del Ohio son fatales al hombre! Mas de una vez desembarcamos y hablamos con las familias de los leñadores; apenas vimos una que no hubiese perdido alguna persona, « muerta hacia poco de la fiebre. » Estos infelices son propensos á calenturas intermitentes, y aun cuando sus habitaciones son infinitamente mejores que las de las orillas del Misisipi, no dejan de tener la apariencia de una casta que vende su vida por dinero.

Villa-Luis es una ciudad considerable, muy bien situada sobre el Quentuqui ó ribera meridional del Ohio; paramos algunas horas en ella, para verla, y si no me hubieran dicho que la fiebre suele hacer estragos durante la estación del calor, me hubiera detenido algunos meses, con el objeto de visitar sus amenísimas cercanías. Francfort y Lexington son dos poblaciones dignas de la curiosidad del viajero, mas yo nunca fuí á ellas porque son « pueblos fuera de camino. » En Francfort reside el gobierno del estado del Quentuqui, y Lexington es, segun me dijeron, la residencia de varias familias independientes que con mas tiempo de reposo del que se goza comunmente en América, tienen mas refinamiento, lo que es una consecuencia natural de su manera de vivir.

Las cataratas del Ohio estan á cosa de una milla mas abajo de Villa-Luis, y aumentan la rapidez de la corriente de modo que los barcos no pueden pasar sino en la estación de las lluvias. Los pasajeros tienen que desembarcar por bajo de ellas é ir por tierra á Villa-Luis, donde encuentran otras embarcaciones prontas para recibirlos y acabar lo demas del viaje. Ese inconveniente nos lo evitó la creciente de las aguas que neutralizaba entonces el empuje de la catarata, y no tardará en obviarlo del todo el canal de Villa-Luis por donde podran pasar los buques de vapor desde las vertientes á la ciudad.

Las vistas del Quentuqui son mucho mas hermosas que las de la Indiana, ó las de las riberas del Ohio. Aquel territorio que varias tribus indias se reservaban como coto comun para la caza, era su campo de predileccion, su nuevo paraíso; aun no pueden nombrarlo sin conmoverse, y tienen una elegía salvaje ó canto de dolor que entonan todavía en su memoria. La expulsion de estas tribus no es sin embargo de fecha muy reciente: el Quentuqui ha sido ocupado mucho antes que el llines, la Indiana ó el Ohio, y no solo está mejor cultivado, sino que es mas fértil y mas pintoresco que los otros países. Rara vez he visto cuadros mas ricos que los que ofrece el Quentuqui.

Los árboles de la selva son, donde no están muy apiñados, de un tamaño magnífico, y las cosechas abundantísimas, excepto donde la codicia de un cultivador avariento ha fatigado el suelo con repetidas siembras. Campos nos señalaron que habían llevado mieses copiosísimas por espacio de veinte años consecutivos, cuando basta un período mucho más corto para extenuar la tierra con sólo hacerle producir tabaco, sin la intermisión de cosechas de otra especie.

El 20 de febrero llegamos á Los-Cincinnati. La población está ventajosamente situada en la falda meridional de una colina que se va levantando poco á poco desde el mismo borde del agua, pero su aspecto es ordinario, pues le faltan cimborios, torres y chapiteles: por lo demás, el puerto es soberbio con más de un cuarto de milla de extensión, está bien empedrado y le rodean limpios aunque no bellos edificios. Yo he visto en la dársena quince buques de vapor y aun quedaba espacio para otros tantos.

A nuestra llegada fuimos á parar á la Fonda de Washington, y nos pareció una fortuna el entrar á punto que iban á comer en la mesa redonda; sin embargo al abrirnos la puerta de la sala, retrocedimos asustadas de ver de sesenta á setenta hombres apoderados ya de sus cubiertos. Comimos con las mugeres de la fa-

milia, y luego salimos á buscar casa para establecer nuestro domicilio permanente.

Entramos en la oficina de un agente de anuncios que decía tener registro de informes de esa clase, y le describimos la habitación que necesitábamos. No puso el más leve reparo, contentándose con decirnos que su muchacho nos llevaría por la ciudad, para enseñarnos lo que deseábamos. En efecto salimos con él, y nuestro conductor nos hizo pasear calle arriba calle abajo, hasta que viendo que no tenía objeto determinado, le pregunté dónde estaban las casas que íbamos á ver.

— «Estoy buscando papeleta,» nos respondió.

Yo le repliqué que para buscar papeleta no necesitábamos de él. Entonces con la mayor actividad empezó á llamar á todas las puertas por donde pasábamos, preguntando regularmente si se alquilaba la casa. Fué imposible aguantar más á nuestro guía; así pues lo despachamos al instante, no sin que me hicieran después darle un peso por «sus servicios.»

Tuvimos sin embargo la buena suerte de hallar pronto una habitación, y volvimos á la fonda con ánimo resuelto de instalarnos en nuestra casa tan luego como estuviera dispuesta. No queriendo cenar ni con los sesenta ó setenta caballeros de la mesa redonda, ni

con las seis ó siete damas del mostrador, pedí que me llevaran el té á mi cuarto. Acercóse á mí una Irlandesa de chiste y buen humor, y tomándome la mano con cierto aire de protección, me dijo: — «Par diez, mi vida, que seáis de la vieja tierra. Yo misma voi á traer el té para que os lo tomeis solitas, mi vida.» Con esta seguridad nos retiramos á mi habitación, que en cuanto á capacidad y á cama no estaba mal pero que no tenía alfombra, y parecía en tinieblas con los encerados de papel, que son las cortinas del país. Estas colgaduras es menester arrollarlas y atarlas con unos cordones mal enganchados á los marcos de las ventanas, siempre que se quiere ver ó respirar en la estancia. En todas partes del Norte de América me he encontrado con la misma clase de incómodo cortinaje.

Nuestra amiga la irlandesa no se hizo esperar mucho; trájonos el té con el inevitable acompañamiento de un té americano, á saber: cecina de vaca cortada en crudo y varios dulces que en la cara y los hechos probaban su parentesco con la melaza. Acabado nuestro té, nos entreteníamos en hablar acerca de nuestros planes futuros, cuando oímos un golpe fuerte y seco á la puerta. Mi «adelante» fué seguido de la entrada de un personage corpulento que se proclamó nuestro amo.

— ¿Estais mala alguna? fué su primera pregunta.

— No, señor, todos estamos buenos, á Dios gracias, respondí yo.

— En ese caso, Señora, debo deciros que me es imposible acomodaros en esos términos; aquí no hospedamos familias que toman té á parte, y es menester que vivais conmigo, con mi muger ó fuera de mi casa.

Dijo esto con tal aire de autoridad que casi me cortó; pero me aventuré á darle una excusa diciendo que eramos extrangeros y no conociamos las costumbres del país.

— Nuestras costumbres son muy buenas costumbres y no necesitamos que nos las vengán á enmendar de Inglaterra.

Leyendo despues la «Ana de Geierstein de Scott,» me ha parecido que nuestro amo de Washington no discrepaba en un cabello del mesonero immortalizado en aquel romance, el cual hacia á sus huéspedes comer, beber, y dormir, dónde, cuándo y cómo se le antojaba. Yo no repliqué, pero me resolví á acelerar nuestra mudanza, que al día siguiente realizamos con la mayor satisfaccion.

Encontramos instalados en una casa bonita y que ofrecia á la primera ojeada bastantes comodidades; mas al momento notamos que estaba desprovista de casi todo lo que los

Europeos juzgan necesario para la decencia y lo que un Inglés entiende por *comfort*. Ni bomba, ni pozo, ni cañería, ni sumidero, ni carro de basura, ni medio alguno aparente de desembarazarse de las inmundicias, que en Londres desaparecen con tanta celeridad que ni aun tiempo hai de reparar en ellas, nada de eso teníamos; y la basura se amontona en Cincinnati con tal rapidez, que me vi precisada á enviar por mi casero para saber lo que habia de hacerse con toda especie de suciedad.

— Vuestra asistenta, me dijo, no tiene mas que poner toda la porquería en medio de la calle, pero cuidado, buena vieja, que ha de ser en medio de la calle. Me temo que no sepais que hemos promulgado una lei, la cual lei prohíbe el arrojar esas cosas á los lados de las calles; es menester echarlas en medio, y los cerdos las limpian al momento.

Y á la verdad constantemente se ve á los cerdos por todos los cuarteles de la poblacion ocupados en este trabajo de Hércules. Aunque no es agradable el habitar entre pjaras, es un bien el que haya tantos y que sean tan activos en su capacidad de encargados de la limpieza, porque sin ellos no tardarian las calles en atascarse y convertirse en muladares de podredumbre.

Habiamos oido ponderar tanto la hermosura,

la riqueza y la sin igual prosperidad de Los-Cincinnati, que cuando partimos de Menfis para ir allá, casi sentimos el regocijo del novicio de Rousseau para quien no habia mayor felicidad que « un voyage à faire et Paris au bout ! » Al momento pues que acabamos nuestros arreglos y disposiciones interiores, salimos á ver « la maravilla del Occidente, » « esta calabaza de mágico tamaño del profeta, » « este infante Hércules »; y ciertamente jamas entró en ciudad alguna viajero mas favorablemente dispuesto á admirarla que entramos nosotros en Cincinnati. Tres meses crueles habian transcurrido desde que habiamos dejado los encantos y glorias de Londres; en casi todo este tiempo no habiamos visto otra arquitectura que la de nuestro buque y la de los barcos de vapor, y excepto en la Nueva-Orleans apenas habiamos descubierto rastro de habitacion humana. Los ladrillos y la mezcla debian alegrarnos, y una casa de tres pisos parecernos un palacio espléndido. Muchos de estos palacios vimos en efecto y tambien una iglesia de ladrillo que, por dos pingorotes en forma de agujas, llaman la iglesia de los dos cuernos. Mas, ¡ ay ! ¡ qué pobre es la realidad cuando la imaginacion ha soñado ! Que sé yo lo que esperaba encontrar en una gran ciudad recién salida del seno del desierto. Sin embargo no era entonces mas que

una pequeña poblacion, sin asomo siquiera de adorno en ninguno de sus edificios, y con el movimiento y ruido que basta apenas para animar una ciudad. El vecindario es mayor de lo que la apariencia del pueblo pudiera hacer creer. Parte de esto consiste en el número de negros libres que se apriscan en un rincon de la ciudad llamado Africa la Chica ó «Little Africa, » y parte en lo apiñados que viven los demas habitantes al rededor de los molinos de papel y otras fábricas. Creo que el número de vecinos pasa de veinte mil.

Yo hablo de Cincinatos tal cual estaba á mi llegada en febrero de 1828; despues han edificado algunas iglesias pequeñas, y las torres realzan agradablemente la masa triste y mezquina de sus edificios. En aquel tiempo creo que la única calle que estaba toda empedrada era «Main-Street» ó calle principal. Esta calle es la mayor de la ciudad y la atraviesa toda, correspondiendo á la calle mayor ó calle real de las ciudades de Europa. Las baldosas ó aceras son de ladrillo bien unido, pero se inundan cuando llueve, pues no hai en toda la ciudad un solo albañal. Y lo que mas notable hace semejante omision, es el que la construccion de cañerías es fácil y necesaria. Cincinatos está edificada en la falda de una colina que empieza á subir desde la misma lengua del rio, y si se

abriesen conductos, por sencilla que fuere su construccion, las lluvias bastarian para tenerlos siempre limpios. Ahora es y esas lluvias lavan las calles altas, pero depositan en las mas bajas la basura que arrastran, resultando que se hace recipiente general la segunda calle del pueblo que cruza Main-Street, y que contiene las tiendas y almacenes mejores. Tan horrible muladar no solo es asqueroso sino que durante la estacion del calor debe corromper el aire con sus miasmas.

La ciudad está construida, como creo que lo estan todas las ciudades americanas, por cuadras ó «squares» como allí se llaman. Con todo las «squares» de los Estados-Unidos, no son como las de Inglaterra. Los Ingleses dan este nombre á sus plazas; los Americanos designan con él una manzana de casas compacta. Cada una consiste, ó deberá consistir cuando la ciudad esté concluida, en una masa de edificios que harán frente á los cuatro puntos cardinales, y cada casa tiene ó tendrá comunicacion con un callejon ó pasadizo por un postigo trasero. El plan no seria malo, si la ciudad tuviera las cloacas necesarias; en el estado en que yo la he visto, los tales callejones son letrinas abominables, y me parece que con el tiempo deben ir á peor.

Tiene por linde Cincinatos hácia el norte

una cordillera de montes cubiertos de selva, los cuales, aunque son suficientemente altos y escarpados para impedir toda cultura ó construcción en su terreno, todavía no se elevan lo bastante para dominar desde sus cumbres vista alguna de considerable extension. Divídenlos en varias alturas hondos y estrechos barrancos, que en el verano estan secos y llevan en el invierno torrentes caudalosos : esta perspectiva no ofrece otro accidente en muchas millas al rededor del pueblo. El Ohio encantado es hermoso donde quiera que se ve, mas la sola parte de la ciudad que disfruta de su hermosura, es la calle próxima á las orillas. Las colinas de Quentuqui, subiendo á la misma distancia del rio sobre la margen opuesta, forman la barrera meridional del sitio en que Cincinatos está fundada.

Al principio de mi llegada me parecian mui amenos los muchos montes cubiertos de arboledas de los contornos, y luego, aun mui antes de mi salida, estaba tan harta de su perspectiva ahogada que me hubiera alegrado ver la llanura de Salisburi. Dudo que ninguno de los habitantes de Los-Cincinatos haya trepado por aquellas lomas tanto como yo y mis hijos, si bien haciamos el mismo ejercicio todos los dias, mas por respirar un aire puro que por gozar de las bellezas del paisage.

Aquellas colinas no dan arbustos ni flores ; en cambio presentan las muestras de mileporas mas delicadas del mundo, y sus vertientes estan llenas de producciones fósiles.

Los árboles de la selva no son ni grandes ni lozanos, y crecen tan juntos que casi se anudan las copas de los unos con las de los otros. Hasta la parra silvestre pierde allí toda la gala : sus graciosos festones solo llevan hojas en las puntas cuando logran abrirse paso por entre las cimas de los árboles que la sostienen ; pues el aire y la luz apenas penetran en el interior de las espesas bóvedas, y los desnudos sarmientos se encaraman por todas partes buscando una atmósfera mejor en donde nutrir sus pámpanos. No encontré con abundancia mas yerba que el poleo, y esa en las laderas donde el terreno estaba algo desmontado. La vegetacion es imposible en cualquiera otra parte, y he aquí la circunstancia que hace las « selvas eternas » de la América unas selvas tan detestables. Cerca de Nueva-Orleans se reanima el aspecto de los bosques con los palmitos y paupaus que no dejan vacío entre la tierra y las ramas de los árboles ; en el Tennesí, la Indiana y el Ohio no he visto nunca el mas ligero adorno de los que realzan las perspectivas de selva. Troncos ya carcomidos y hojas pudriendose hacinadas desde el diluvio son

los tristes objetos que cubren el suelo é infectan el ambiente. La alegre variedad de follage que ofrecen las plantas siempre verdes no se conoce allí, y en el Tenesí y la parte del Ohio que rodea Los-Cincinnati falta hasta la estéril hermosura de las rocas. La escena se mejora pasando al lado de Quentuqui : el rio se ve coronado de magestuosas hayas y de castaños corpulentos ; han desmontado el terreno muy bien, y la yerba que lo cubre es excelente : el paupau crece con abundancia, y aunque tan al norte ni echa fruta ni flores, no deja de ser un bello arbusto. Allí tambien florece el tulipífero con mucha lozanía.

El rio Licking entra en el Ohio casi en frente de Los-Cincinnati ; su corriente es mediana y tortuosa, y á dos ó tres millas de su desembocadura forma una cascada, saltando entre blancos peñascos que á falta de mejores rocas nos parecían muy pintorescos.

CAPITULO V.

Los-Cincinnati.—Hacienda de la Selva.—M. Bullock.



Aunque yo no me avenga con los que llaman Los-Cincinnati una de las maravillas de la tierra, no por eso dejo de mirarla como una poblacion extraordinariamente vasta é importante, cuando me acuerdo que hace treinta años cubria la selva primitiva el solar donde ahora se levanta, y aun convendré en que parece que por meses ensanche sus límites y multiplique sus riquezas.

Varios economistas del pais afirman que la conversion casi instantánea de una guarida de osos en tan próspera ciudad es resultado de las instituciones libres que la gobiernan. Como yo no soi profunda en tales materias, creo mas probable que la causa inmediata de su incremento sean el aguijon con que la necesidad estimula constantemente la industria y la falta absoluta de recursos para la holgazanería. En el espa-

los tristes objetos que cubren el suelo é infectan el ambiente. La alegre variedad de follage que ofrecen las plantas siempre verdes no se conoce allí, y en el Tenesí y la parte del Ohio que rodea Los-Cincinnati falta hasta la estéril hermosura de las rocas. La escena se mejora pasando al lado de Quentuqui : el rio se ve coronado de magestuosas hayas y de castaños corpulentos ; han desmontado el terreno muy bien, y la yerba que lo cubre es excelente : el paupau crece con abundancia, y aunque tan al norte ni echa fruta ni flores, no deja de ser un bello arbusto. Allí tambien florece el tulipífero con mucha lozanía.

El rio Licking entra en el Ohio casi en frente de Los-Cincinnati ; su corriente es mediana y tortuosa, y á dos ó tres millas de su desembocadura forma una cascada, saltando entre blancos peñascos que á falta de mejores rocas nos parecían muy pintorescos.

CAPITULO V.

Los-Cincinnati.—Hacienda de la Selva.—M. Bullock.



Aunque yo no me avenga con los que llaman Los-Cincinnati una de las maravillas de la tierra, no por eso dejo de mirarla como una poblacion extraordinariamente vasta é importante, cuando me acuerdo que hace treinta años cubria la selva primitiva el solar donde ahora se levanta, y aun convendré en que parece que por meses ensanche sus límites y multiplique sus riquezas.

Varios economistas del pais afirman que la conversion casi instantánea de una guarida de osos en tan próspera ciudad es resultado de las instituciones libres que la gobiernan. Como yo no soi profunda en tales materias, creo mas probable que la causa inmediata de su incremento sean el aguijon con que la necesidad estimula constantemente la industria y la falta absoluta de recursos para la holgazanería. En el espa-

cio de casi dos años que residí ya en Cincinatos ya en las cercanías, no vi jamás á un mendigo ni á un hombre de caudal que cesase de trabajar en aumentarlo; así se afanan todas las abejas de la colmena en busca de esa miel hiblea que el vulgo llama dinero: ni las bellas artes, ciencias, lectura ni placeres los seducen; nada los puede distraer de su intento. Una conformidad tan general de designios, sostenida por el espíritu de empresa, y junta, cuando media el interés, con una astucia y falta de honradez que pondrían en aprieto al más ladino, puede contribuir al logro de sus propósitos.

También la reducida cuota de sus contribuciones les permite sin duda el acumular riquezas individuales más fácil y prontamente de lo que vemos entre nosotros; sin embargo hasta que he viajado por el Norte de América, no he tenido yo idea de lo que vuelve al pueblo de sus contribuciones, no solo en la compra de lo que produce su industria, sino en el goce de lo que ya ha producido. Si yo fuese legisladora de Inglaterra, en vez de mandar á los sediciosos á la Torre de Londres, los enviaría á dar una vuelta por los Estados-Unidos. Yo también padecía algo de achaques de inclinación á la revuelta al salir de mi país, pero antes de la mitad de mi viaje ya estaba completamente curada.

Yo he leído mucho acerca de lo de pocas y sencillas necesidades de la vida racional y he solido manifestar cierta especie de asentimiento caprichoso á la opinión de los que se empeñan en probar que cada nueva necesidad es un nuevo suplicio. Nunca se entenderá bien ese lenguaje en una estancia cómoda ni en medio de los encantos de la civilización. Si se concretara todo lo que necesitamos al alimento material de la vida, nos bastarían para llegar á la felicidad suprema las facultades del cochino; pero si analizamos una hora de goce, la hallaremos compuesta de sensaciones agradables causadas por mil impresiones delicadas que han hecho vibrar casi otros tantos nervios: cuando esos nervios se hallan en estado absoluto de parálisis por no haberse movido jamás, el mundo exterior, siendo menos perceptible, descubre menos halagos; al contrario cuando toda la máquina del cuerpo humano está en plena actividad, cuando cada sentido hace resonar en el alma todos sus ecos de placer ó de dolor, entonces cada objeto de los que salen al encuentro á los sentidos, adquiere para el hombre tanta más importancia cuanto que se convierte en órgano de felicidad ó sufrimiento. Los que se sientan así predisuestos no vayan á los Estados-Unidos, ó solamente se detengan allí el tiempo preciso para enri-

quecer la memoria de imágenes que á fuerza de contraste les servirán en lo demas de la vida de leccion ó de consuelo.

« Guarda e passa (e poi) ragioniam di lor. »

El modo « sencillo » de vivir del Norte de América me disgustaba mas por la influencia niveladora que egerce en el pueblo que por las privaciones personales que impone; y con todo hasta que perdí de vista la elegancia y la finura de las clases medias de Europa, no supe de manera alguna apreciar las gratas sensaciones que se derivan de esas ventajas tan pequeñas. Muchas circunstancias, demasiado triviales aun para mencionadas en estas páginas de simple conversacion, venian diariamente, por horas, á cada instante, á recordarnos, y recordárnoslo de una manera amarga, que no estabamos en nuestro pais. Es menester una pluma superior á la mía para mostrar la conexiön que, yo estoi persuadida, existe entre la carencia de esos refinamientos y las ideas y maneras del pueblo. Todas las necesidades animales pueden satisfacerse en Cincinnati abundantemente y á precios muy cómodos; mas, ¡ay! ¿qué valen semejantes satisfacciones en la historia de los goces de un dia? La falta completa y universal de buenos modales en hombres y mugeres es

tan chocante que siempre me estaba devanando los sesos para descubrir su causa. Seria injusto atribuirla á mengua de entendimiento: yo he oido en América muchas conversaciones pesadas y vulgares, sin embargo rara vez he escuchado alguna que deba clasificarse estrictamente de tonta, si se exceptua la de la clase en todas partes privilegiada de señoritas jóvenes. Me parecen dotados de clara comprension y de inteligencia activa; son mas ignorantes en materias de valor meramente convencional que en las de una importancia intrínseca; mas su trato no cautiva, no halaga. Mui rara vez en todo el tiempo que he habitado el pais les he notado una frase construida elegantemente ó pronunciada con exactitud; siempre hai algo ya en el estilo ya en el acento que neutraliza la emocion y hiere el buen gusto.

No pretendo decidir si el hombre mejora ó no de condicion, refinándose con las maneras y costumbres de la sociedad que lo rodea y poniéndose en el caso de no poder disfrutar sin ellas goce alguno; solo observaré que el pulimento que depura nuestra naturaleza de las partes mas rudas y groseras, es desconocido en América. Allí hai en las ciudades mayores muchas comodidades materiales y cierto lujo exterior; á la vista se parecen mucho á Londres ó Paris, como grandes asociaciones de hombres

activos é inteligentes, mas á pesar de eso en casi todas sus facciones morales se les desemejan maravillosamente. No permita Dios que algun sensato Americano, (que los hai á millares) venga á preguntarme lo que quiero dar á entender; me pondria en un trance mui apurado, quizas en la imposibilidad absoluta de explicarme; pero por otra parte ninguno de los Europeos que han visitado las repúblicas de la Union, tendrá la mas ligera dificultad en entenderme. Yo no soi competente de manera alguna para juzgar de las instituciones de América; si acaso hago una que otra observacion acerca de sus efectos, tales cuales una ojeada superficial ha podido hacérmelos conocer, las haré por el espíritu y con el sentimiento de una muger capaz de hablar de sus primeras impresiones, mas incapaz de volver de los resultados á las causas para raciocinar sobre principios. Si mis observaciones no son acreedoras á mucha atencion, tambien merecen poca repulsa; sin embargo hai puntos de singularidad nacional en que una muger puede dar su fallo tan acertadamente como un hombre: todo lo que forma la concha de la sociedad se nos puede confiar sin recelo.

El capitan Hall, cuando le preguntaron ¿ en qué le parecia que consistiese la mayor diferencia del Norte de América con respecto á la

Inglaterra? respondió como un marino bizarro: « en la falta de lealtad. » Yo responderia al que me hiciera la misma pregunta: « en la falta de maneras. »

Si los Americanos se hallaran dispuestos á seguir el porte de modestia y llaneza de los Suizos, cuando los Suizos vivian con su poética simplicidad (y que no mascaban tabaco) seria de mal gusto el motejarlos; mas no estan en ese caso. Jonatan será un caballero mui cumplido, porque quiere serlo, pero lo será allá á su modo. ¿ No es Americano libre? No obstante acuérdesese siempre el buen Jonatan que si se empeña en competir con el Viejo Mundo, el mal regañon no dejará de echarle el lente de cuando en cuando á ver en que funda sus pretensiones.

En cuanto á sus horas de negocios judiciales ó mercantiles, politicos ó militares, nada me importa; debo creer que las ocuparán con tino y aprovechamiento. Pero ¿ y las horas de recreacion? ¿ Y esas horas que nosotros pasamos en disfrutar cuanto el arte ha podido ganar á la naturaleza? Si el demasiado esmero con que se prepara entre nosotros un banquete y el abandono con que nos entregamos á las delicias de nuestras fiestas hacen fruncir las cejas á los sabios, la elegancia, la belleza, el decoro ¿ no son otras tantas razones que nos redimen de

la tacha de sensualidad? ¿Y cómo llenan ese tiempo los Americanos? Yo no quiero comparar los banquetes de los dos países; algunos Americanos dicen que no perciben la diferencia que pueda haber entre unos y otros; mas hablando en general, notaré que ellos rara vez comen con sociedad, excepto en las fondas y casas de pension, y que entonces se dan toda la priesa posible para despachar guardando siempre un silencio profundo. Además he oído decir á varias damas americanas que los momentos que los caballeros pasan con mayor júbilo son los que se ven libres de toda traba, saboreando su « cola de gallo » ó « culo de huevo de ginebra, » sobre todo sin mugeres que les estorben.

Sin embargo, el país es hermoso y digno de visitarse por mil razones, de las cuales noventa y nueve se fundan en la admiración y el respeto, y la milésima en la certeza de que la mayor parte de los viajeros se reconciliarán con su patria y vivirán después mas contentos en sus hogares. Cuanto mas se diferencia el país por donde pasamos del que vamos dejando atrás, tanto mas divertido nos parece; así todas las cosas de Los-Cincinnati nos presentaban este género de novedad que halaga; y aun yo hubiera encontrado en aquel parage bastantes atractivos para detenerme

con placer alguna temporada, mas para fijarme en él nada me ofrecía que hubiese podido suplir las comodidades de mi casa.

Mi casa empero debía establecer allí por cierto tiempo. Habíamos oído decir en todas partes que de cuantos puntos se conocen sobre « el globo llamado tierra » Cincinnati es el mas favorable para la colocacion de un jóven: así que solo aguardaba la llegada de Mr. Trollope para tratar de acomodar á nuestro hijo, teniendo intencion de permanecer á su lado hasta que se considerase bien establecido. Determinamos pues arreglarnos lo mejor que pudiéramos, y con ese objeto busqué una casa mas grande, la cual no alcancé sin mucha dificultad, por haber excedido el número de las demandas de casa al de las edificadas, no obstante las mil cuatrocientas habitaciones construidas el año anterior. Hicimos conocimiento con varias personas amables, y entreteníamos el intervalo de inquietud y zozobra que precedió á nuestra reunion con Mr. Trollope, correteando por aquellas cercanías, lo que no solo nos procuraba distraccion, sino oportunidad para observar el modo de vivir de las gentes del campo.

En esas excursiones visitamos una casa de labor ó cortijo que nos llamó la atención tanto por su aislamiento y aspecto montaraz como por la dependencia absoluta en que vivían

los moradores de sus propios recursos. Ocupaba la hacienda parte del terreno descuajado en el corazón de la selva. La casa estaba construida en la ladera de un monte tan escarpado que era menester subir por escala á la puerta, mientras el postigo daba contra la misma falda : al pié de la tajada altura corría un limpio y cristalino arroyo que rebalsando en su cauce, artificiosamente ensanchado, formaba un pequeño estanque en frente de la habitación. A un lado de esta crecía una hermosa maiza que entraba hasta al fondo del bosque ; al otro se veían unas cuantas aranzadas de tierra á medio desmontar con uno ú dos tinglados para vacas, cerdos, caballos é innumerables gallinas. Delante de la puerta servía de jardín un huerto plantado de patatas y variado con algunos albérchigos y manzanos. La casa era de troncos mal desbastados y consistía en dos cuartos y un pequeño cobertizo donde habían hecho la cocina. Las dos estancias tenían buenas camas, buenas cómodas y los demás muebles necesarios. La muger del labrador y una jóven que parecía hermana suya estaban hilando, y al rededor de ellas se divertían en travesear tres niños pequeñuelos. La muger me dijo que ellas hilaban el algodón y la lana, tejían las telas que necesitaban para el uso de la familia, y hacían todas las medias y calce-

tas. Su marido, bien que no fuese zapatero de oficio, hacía los zapatos; ella fabricaba el jabón y las velas que consumían, y preparaba el azúcar, extrayéndolo del árbol de azúcar de cuya especie tenían muchos en su hacienda; solamente, según añadió, necesitaba dinero cuando tenía que comprar café, té y huique, « y para eso le bastaba mandar cualquier día una *tarea* de manteca y *gallinas* al mercado. » No hacían uso de trigo, ni vendían de su maíz, porque á pesar de tenerlo al parecer en abundancia, no pasaba del preciso para su pan y pastas de diferentes clases, y para la manutención de sus animales en el invierno. La muger del labrador tenía el semblante de una persona enfermiza y nos dijo que todos habían tenido la fiebre « á la caída; » pero se mostraba contenta y llena de orgullo con su independencia, aunque exclamó con el tono de la melancolía : « Es extraño para nosotras « ver gente : yo creo que el sol saldrá y se pondrá cien veces antes que volvamos á ver á « otro *humano* que no sea de la familia. »

He sido minuciosa en la descripción de esta hacienda de la selva, porque me parece el mejor dechado de esa independencia de los bosques tan ponderada en la América del Norte. Aquellas gentes eran independientes, y éranlo como lo podía ser el mismo Robinson Crusoe, comiendo y bebiendo á discreción; sin em-

bargo yo no sé lo que hai de fúnebre, de *innatural* en semejante aislamiento. Nunca los llama la campana de alguna aldea vecina á la iglesia, donde pudieran encontrarse con sus semejantes y trocar con ellos palabras de amistad. Cuando mueren, no recibe sus huesos el recinto que una veneracion antigua ha consagrado; la religion allí no derrama sus últimos consuelos junto al lecho de muerte, ni se oye sobre la sepultura su solemne y postrimero adios: el padre ó el esposo cava la huesa donde reposarán las cenizas de su muger ó de sus hijos bajo el árbol mas cercano; él mismo los deposita en la tierra, y el viento que murmura entre las hojas es el único requiem. ¿Qué importa? tampoco pagan contribuciones ni gabelas; tampoco tienen que quitarse el sombrero ni hacer una cortesía, y podrán vivir y morir sin oír ni dar el grito terrible de «viva el rei.»

.....

Cerca de dos millas mas abajo de Cincinato al lado del rio en la parte del Quentuqui, Mr. Bullock, bien conocido por su Salon Egipcio de Londres, ha comprado una grande hacienda con una casa magnífica. Él y su amable esposa sehabian dedicado á mejorar el terreno

y hermosear la habitacion, y á la verdad mas buen gusto, mas arte se admira en uno de sus bellísimos salones que en ninguna otra parte de toda la América septentrional. Es imposible dejar de advertir que Mr. Bullock está fuera de su elemento en aquel destierro; hasta las joyas del arte que ha llevado consigo parecen tan extrañas allí como pareceria un jardin de rosas en la Siberia, ó un elegante de Cincinatos en un salon del Almack. La rara belleza del sitio que domina una de las vistas mas deliciosas del Ohio, los jardines vastísimos que la cubren y la casa hermosa que lo enriquece han tentado á Mr. Bullock para que gaste sumas crecidas en comprar aquella posesion, y si alguien, despues de haber pasado su vida en Londres, pudiera soportar tal mudanza, nada podria hacérsela mas llevadera que la inteligencia activa y la ardiente imaginacion de Mr. Bullock; sin embargo su hospitalidad franca y verdaderamente inglesa y su talento investigador é ilustrado parecian perderse tristemente en el desierto. Despues he oido con placer que aquel caballero se ha desprendido de su linda pero remota habitacion.

CAPITULO VI.

Criados.—Trato.—Tertulias.

La mayor dificultad con que lucha una familia que trata de establecerse en el Ohio es la de encontrar criados, ó como se dice en los Estados- Unidos, tomar asistencia, porque es casi un delito de lesa república el llamar criado á un ciudadano libre. Toda la clase de mozas, cuya subsistencia depende del trabajo, estan criadas con la idea de que la mas abatida pobreza es preferible al servicio doméstico. Se ve trabajar á millares de mugeres andrajosísimas en los ingenios de papel ó en otras fábricas por la mitad del salario que obtendrian en una casa particular; pero creen que el servicio doméstico compromete su igualdad, y solo se someten á él por la codicia de echarse encima alguna gala. Con todo tanto hizo una de mis amigas para buscarme criada, que una mañana me ví entrar en mi casa á una muchachona alta y robusta que se presentó di-

ciendo : — « Yo vengo á asistiros. » Causóme placer la noticia ; la recibí con todo el agasajo posible y le pregunté : cuánto ganaba al año.

— Oh *Gimini!* exclamó la damisela con una fuerte carcajada, vaya que bien se ve que sois pura inglesa por cierto. ¡ Quisiera yo ver la señorita que contrata al año en América ! Por mi parte confio en tener marido dentro de pocos meses, ó *espero* quedarme una solterona pasada, que ya voi en los *decisiete* ; *demas* que *pue-ser* tenga que *dir* al escuela. Me dareis *justo* á la semana un peso y medio, y la esclava de madre, *Filis*, *espero* que vendrá una vez á la semana del otro lado del agua para *asistirme* á la limpia.

Sometime á las condiciones del contrato con una docilidad respetuosa ; y viéndola prepararse á trabajar con un traje amarillo sembrado de rosas de color de fuego, le dije con dulzura : que me parecia una lástima el manchar un vestido tan bonito y que mas valia que se lo mudara.

— Este es mi mejor y mi peor vestido, respondió ella, porque no tengo otro.

En efecto luego supe que mi señorita se habia salido de casa de sus padres con lo que llevaba encima. Al instante le dí dinero para que se comprara lo que le hacia falta, y me puse

con mis hijas á coserle un zágalejo. Cuando nuestra tarea estuvo acabada, la aprobó sonriéndose, pero nunca le oimos una palabra de reconocimiento ni por esto ni por cosa alguna de las que hicieramos por ella. Siempre nos estaba pidiendo prestados casi todos nuestros artículos de vestir, y cuando se los negabamos: «Vaya, decia, no he veido en mi vida gente tan agarrada. Señoritas ha de mi conocencia que va á pasar temporadas con las viejas del pueblo, y tanto ellas como sus chicas les presta todo lo que les pide. Veo que vosotras las Inglesas os figura que podrian envenenar vuestra ropa como si acá se fuera negras.» — Aquí es menester asegurar á los lectores, que yo no invento cosa alguna en estas conversaciones. Todas las que se leerán en mi libro estan escritas el mismo dia en que pasaron con toda la fidelidad verbal que mi memoria las podia conservar.

Mi señorita se despidió al cabo de dos meses, porque no tuve á bien prestarle todo el dinero que queria, para comprarse un vestido de seda con que pensaba ir á un baile. — «Pues entonces, me dijo, no vale mi tiempo el quedarme en esta casa.»

Me es imposible creer que un estado de cosas semejante sea agradable ni que deba mirarse como ventajoso ni á una ni á otra de las dos clases

interesadas. Podria escribir cien páginas sobre este punto y aun asi no daria mas que una idea incompleta de la susceptibilidad altanera y achacosa de esas infelices. Tan excesiva es en muchas de ellas que la compasion vencia en mí todo resentimiento y hasta la risa. Tuve entre otras á una jóven mui linda: la naturaleza debia haberla adornado de bellisimas disposiciones; pero á fuerza de oir repetir mil veces que valia tanto como cualquiera otra señora, que todos los hombres eran iguales, que de la misma manera lo eran todas las mugeres, y que era pecado y deshonra para una Americana libre el ser tratada como una sirvienta, todos sus buenos sentimientos se habian torcido, y la suavidad de su natural se habia convertido en una susceptibilidad que la menor cosa irritaba.

Quando supo que debia comer en la cocina, dijo frunciendo su bonita boca: «Veo que no me teneis por bastante buena para comer en vuestra mesa, pero pronto conoceréis que eso no vale aquí.» No tardé en advertir que apenas probaba bocado, y que se pasaba llorando el tiempo de la comida. Aunque hice cuanto pude para reconciliarla con su condicion y tenerla contenta, estoi persuadida de que me aborrecia; pero como le daba un salario crecido, me duró hasta que juntó para

comprarse varios artículos de lujo. Cuando tuvo todos sus atavíos, vino una mañana vestida de gran gala, y me dijo: «Necesito salir.» — ¿Cuándo volvereis, Carlota? le pregunté. — «Yo espero, me replicó ella, que no me volvereis á ver.» — Asi nos despedimos. Su hermana estaba tambien conmigo; pero aun no habia podido completar su equipage, y permaneció en mi casa algunas semanas, hasta que lo tuvo completo.

Temo que hablar tanto de mis criados no parezca de pésimo gusto; mas no puedo dejar de referir otra anécdota, porque sus circunstancias acaban la pintura de esa clase del Norte de América. Pocos dias despues de la despedida de mi ambiciosa ninfa, mis clamores por *asistencia* fueron oídos y se me presentó otra señorita con la introduccion de estilo: «Vengo á asistirlos.» Me habian advertido que nunca debia pedir informes, pues no solo perderia la asistenta sobre quien los pidiera, sino que ninguna otra volveria á entrar por mis puertas; así que cinco minutos despues de su presentacion quedó instalada con paquete y todo como miembro de la familia. La pobre nada tenia de bonita, pero el aire de llaneza y simplicidad de sus modales le ganó nuestra voluntad. Por mi parte creí haber encontrado otra Juanita Deans, por las historias que me contaba de

su mocedad, historias en que su buen instinto y luz natural la habian sacado á salvo de las garras de una legion de madrastras crueles, de amantes pérfidos y de hermanos bribones. Entre otras cosas me dijo con sus ribetes de emocion, que desde que estaba en la ciudad habia hallado remedio para todas sus aflicciones. «Gracias y alabanzas por todo á la religion,» exclamó, y en seguida me preguntó si yo le permitiria ir á la congregacion todos los martes y los jueves por la noche, añadiendo: «Yo no os haré falta, Mistress Trollope; nuestro ministro sabe que todos tenemos nuestros deberes hácia al hombre como hácia á Dios, y junta la congregacion tarde para que no puedan cruzarse unos con otros.» ¿Quién se lo hubiera negado? no yo. Nanci obtuvo su licencia para ir á la congregacion dos noches de la semana, ademas del domingo.

Una noche que los mosquitos habian hallado modo de entrar por la abertura de las cortinas de mi cama, y se divertian en no dejarme cerrar los ojos con su música y acompañamiento de picaduras, oí que entraban en la casa mui á deshora. Me levanté, fui á la escalera, y con la claridad de una hermosa luna reconocí la mejor papalina de Nanci. Llaméla y le dije: — «Venís mui tarde; ¿qué os ha detenido?» — «Oh! Mistress Trollope, verdad es que

vengo tarde. Esta noche hemos tenido diez y siete almas mas en nuestro rebaño. Dios les dé vida para bendecir esta noche; pero la sesion ha sido larga y acalorada; yo no tomaré mas que un trago de agua, y me voi á la cama; no me echaréis menos mañana, eso no impedirá que me levante temprano.» En efecto asi fué. Nanci era mui buena criada, y hacia mas de lo que se hubiera podido esperar de ella; ademas siempre tenia tiempo para leer la Biblia muchas veces al dia, y observé que nunea hacia cosa alguna sin ponérsela junto á ella.

A lo último cayó mala del cólera y se agravó tanto que no daba esperanzas de vida. Yo la cuidé con el mayor esmero y pasé dos noches á su cabecera. El delirio se apoderaba de ella con frecuencia, y todas sus ideas se remontaban al cielo. « Yo he sido una pecadora, decia, pero Jesus mi señor me salvará. » Por fin se recobró, y habiéndome pedido que la dejara ir al campo á mudar de aires, me suplicó que le prestara tres pesos.

Durante su ausencia vino á verme una señora, y me preguntó con bastante agitacion, si mi criada Nanci Fletcher estaba en casa. Respondile que habia ido al campo. — « ¡Dios sea loado! exclamó ella; no la dejeis entrar nunca por vuestras puertas, que es la muger mas abandonada de la ciudad. Un caballero

conocido vuestro ha oido que vivia con vuestra familia y que se jacta de poder entrar en la casa á cualquiera hora de la noche. » Enteróme de otras muchas circunstancias que no es necesario repetir, pero que contribuian á probar el peligro de vivir con semejante vecindad.

La esperaba al otro dia por la tarde, y me parece que pasé todo aquel intervalo en meditar como me desharia de ella sin entrar en explicaciones. Llegó el momento, y no pudiendo trazar con todo mi estudio pretexto mejor que la razon verdadera que tenia para despedirla, se la presenté de buenas á primeras. No se vió la mas ligera alteracion á su semblante; solo me replicó con mucho modo: — « Yo quisiera saber quién os lo ha dicho. » Díjele que de nada le serviria y que se marchara inmediatamente. — « Yo estoy pronta, me contestó, pero ¿ y vuestros tres pesos? » — « Me quedaré sin ellos, Nanci: id con Dios. » — « Es menester que arregle mis cosas. » Y con estas palabras salió del cuarto. Como media hora despues, estando para comer toda la familia, entró con su aire acostumbrado de urbanidad, se despidió tranquilamente de todos y nos dejó con el mayor agasajo del mundo y sonriéndose amigablemente.

Asustóme tanto la última aventura que á

pesar del fastidio de guisar nosotras mismas nuestra comida, no quise recibir en mi casa mas señoritas de estas sin tomar antes informes de su historia pasada. Al cabo encontré con una Francesa, excelente muger, y poco despues se me presentó una jovencita inglesa que recibí para que le ayudase. La una y la otra me sirvieron por mi buena suerte hasta poco tiempo antes de mi partida : aquí pues acaba felizmente la parte de tales infortunios en mi relacion.

Con tantas dificultades para todo arreglo doméstico, es claro que las señoras que se educan en medio de ellas no deben tener mucho tiempo para cultivar y desarrollar sus talentos : en efecto, eso está fuera de la cuestion ; y por lo mismo mas sorprende el que varias de ellas sean mui agradables en su trato que el que ninguna de ellas posea una instruccion profunda.

Si yo hubiera pasado en cualquiera otra poblacion tantas noches de tertulia como en Los-Cincinnati, podria ahora dar una muestra de la conversacion del pais; pero al leer mis apuntes y poniendo en contribucion mi memoria para llevar sus vacíos apenas descubro un recuerdo que merezca tal nombre. Los extractos de diálogos y dichos que he recogido en mi viaje ocuparán sus respectivos lugares. Baste decir

que cualesquiera fuesen los talentos é ingenio de las personas que forman las tertulias del Norte de América, la misma traza, forma y disposicion de las reuniones bastaria á paralizar la conversacion. Las mugeres se arrebuja todas juntas en un rincon de la sala ; los hombres en otro. Debe al mismo tiempo advertirse, para hacer justicia á Los-Cincinnati, que esta costumbre no se observa solo en aquella ciudad ó en la parte occidental de los Aleghanies. A veces las tentativas de un concierto producen reuniones particulares : allí unos cuantos jóvenes de los mas arriscados, contando con sus cabellos rizados y sus chalecos tiesos y rozagantes, se sientan al piano con desenfado y preludian algunas de las cosas bonitas que estan aprendiendo y que sirven para calcular lo que cada uno lleva gastado en el maestro de música. Cuando la casa es de las respetables del pueblo, hai en ella dos salones : en el uno dejan solas á las señoritas mas jóvenes con los caballeros mas mozos y el piano, oyéndose salir de aquella parte carcajadas frecuentes y rumor de alegría : mientras el otro salon, á que la etiqueta americana condena á las personas graves, ofrece un cuadro tristísimo. Los padres conscriptos gargajean, hablan de las elecciones y de los precios del mercado, y vuelven á gargajear ; las matronas se miran

los trages hasta que se cuentan el último alfiler, hablan del último sermón del cura Fulano, de las nuevas píldoras del doctor Cetano contra la dispepsia; hasta que anuncian el té, que entonces se consuelan de cuanto han podido sufrir fuera de la cama á tales horas, atestándose el estómago de mas té, café, tortillas calientes y costradas, fruta de sarten, buñuelos, beatillas, bufadas y otras masas, albérchigos en compota, pepinillos en curtido, jamon, pavo, cecina de vaca, almíbar de manzana, y ostras en escabeche, que se prepara jamas en ningun otro pais del mundo conocido. Acabada esta sólida colacion, todo el mundo se vuelve á la sala, donde, á lo que yo he observado, permanecen cuanto pueden, hasta que se levantan *en masa* para echarse de golpe sobre capas, sombreros y chales. Y luego *vanse*.

CAPITULO VII.

Mercado. — Museo. — Galeria de pinturas. — Academia de bellas artes. — Escuela de dibujo. — Sociedad freneológica. — Lectura de miss Wright.

Quizas lo mas bello de Los-Cincinnati es el mercado, que por su excelencia, abundancia y baratura no cede en mi opinion á otro alguno del mundo, si se exceptua en el artículo de frutas, las cuales son mui inferiores á las que he visto en Europa. No hai por la ciudad carnicerías, pescaderías ni mas tiendas de comestibles que panaderías ó, como allí las llaman, hornos: todo se ha de comprar en el mercado, y para eso la muger de gobierno ha de ir temprano; sino, á pesar de provision tan abundante, se expone á quedarse sin tener que almorzar, comer y cenar el dia que se descuide en ir á la plaza antes de las ocho de la mañana.

La carne de buei es excelente y su precio

los trages hasta que se cuentan el último alfiler, hablan del último sermón del cura Fulano, de las nuevas píldoras del doctor Cetano contra la dispepsia; hasta que anuncian el té, que entonces se consuelan de cuanto han podido sufrir fuera de la cama á tales horas, atestándose el estómago de mas té, café, tortillas calientes y costradas, fruta de sarten, buñuelos, beatillas, bufadas y otras masas, albérchigos en compota, pepinillos en curtido, jamon, pavo, cecina de vaca, almíbar de manzana, y ostras en escabeche, que se prepara jamas en ningun otro pais del mundo conocido. Acabada esta sólida colacion, todo el mundo se vuelve á la sala, donde, á lo que yo he observado, permanecen cuanto pueden, hasta que se levantan *en masa* para echarse de golpe sobre capas, sombreros y chales. Y luego *vanse*.

CAPITULO VII.

Mercado. — Museo. — Galeria de pinturas. — Academia de bellas artes. — Escuela de dibujo. — Sociedad freneológica. — Lectura de miss Wright.

Quizas lo mas bello de Los-Cincinatos es el mercado, que por su excelencia, abundancia y baratura no cede en mi opinion á otro alguno del mundo, si se exceptua en el artículo de frutas, las cuales son mui inferiores á las que he visto en Europa. No hai por la ciudad carnicerías, pescaderías ni mas tiendas de comestibles que panaderías ó, como allí las llaman, hornos: todo se ha de comprar en el mercado, y para eso la muger de gobierno ha de ir temprano; sino, á pesar de provision tan abundante, se expone á quedarse sin tener que almorzar, comer y cenar el dia que se descuide en ir á la plaza antes de las ocho de la mañana.

La carne de buei es excelente y su precio

mas alto mientras estuvimos allí no excedió de cuatrocientos la libra, es decir: dos peniques de Inglaterra ó menos de un real de vellon de España. El carnero no llega al buei, y la ternera no parece mui buena á la vista, pero es sabrosa aunque sin mucha substancia: el precio poco mas ó menos el mismo. Las aves son excelentes: una gallina grandísima y en estado de ponerse en la mesa no costaba mas de docecientos, y mucho menos si se compraba viva y no tan cebada; los pavos á cincuenta cientos, y á igual precio los patos y gansos. El Ohio produce varias especies de pescado, muchas de ellas mui buenas, y todas se encuentran baratas en la plaza. Los huevos, la manteca de vacas y casi todas las legumbres son exquisitas y van á precios razonables. Desde junio hasta diciembre hai tomates maduros (que son el lujo de la cocina americana segun la opinion de los Europeos) y dan un capazo por dos reales. Tienen una gran variedad de habas desconocidas en Inglaterra, particularmente el haba del Perú que condimentan como las habichuelas de Europa. Esta semilla es fecundísima y mui sabrosa: si pudiera aclimatarse en nuestros paises, seria una adquisicion importante. El haba de Windsor ó haba ancha no prueba en aquel clima; Mr. Bullock tenia en su huerta, y las cultivaba con el mayor cuidado; pero

crecian un pie, echaban la flor y nunca maduraba la semilla. Toda la fruta que vi en Cincinnati era miserable. En dos años de residencia no gusté un albrichigo que pudiera comerse. No encontré albaricoques ni fresquillas: las fresas son pequeñísimas, las sangüesas peores que las fresas, las uvas crespas escasas y peores que las fresas y las sangüesas; la grosella la mitad mas menuda que la de Europa y la mitad mas cara; las uvas, agrias hasta para tortas; muchas manzanas, pero ruines, y tales que no se sacarian en Inglaterra para servir los postres de un bodegon; las peras, las cerezas y las ciruelas de las mas miserablemente malas. Las flores son por lo menos igualmente inferiores; no sé si la falta viene de la cultura ó de la calidad del terreno: un caballero que parecia entender de botánica me informó, despues que salimos de Cincinnati, que en el estado de Ohio no se encontraban frutas ni flores indígenas. Los melones de agua que procuran en aquellos climas ardientes un regalo delicioso, son abundantes y baratos; los de las demas especies son inferiores á los de Europa, y aun á los que en Inglaterra se crian en las estufas. Apura mucho la curiosidad al extrangero el adivinar de dónde llevan la leche al mercado, cuando no hai asomo de pastos en todos los al-

rededores de la poblacion; nosotros no tardamos en saber que allí se conoce mas de un medio para mantener las vacas. Infinitas familias y particularmente las pobres tienen una, si bien no se acierta á primera vista como se pueden acomodar con ella. Por la mañana y por la tarde, sacan á la puerta de la casa grandes gamellas, y allí les echan maiz cocido: mientras la vaca come, la ordeñan, y cuando la operacion está acabada entran la gamella y la paila de la leche, dejando libre é independiente el animal republicano que puede retozar por aquellas lomas ó bañarse en los arroyos, como mas le pluguiere. En general vienen con puntualidad por mañana y tarde á dar y tomar el almuerzo y la cena; mas antes de ajustarnos con un carro, nos llevamos el chasco mas de una vez de que nos volvieran nuestro jarro vacío con la triste nueva de « que todavía no « habia parecido la vaca, y que ya era demasiado tarde para ir á buscar. » Una vez me acuerdo que la buena muger nos dijo: « Me he « dormido y la vaca se ha vuelto á ir, porque « yo espero que no le gusta ir y venir por nada « al pobre animal. »

Cincinnati no se puede vanagloriar de poseer muchos leones, pero cuenta dos museos de historia natural, que contienen una rica coleccion de ejemplares. Con especialidad en el de

Mr. Darfeuille se ven reunidas algunas antigüedades indianas de alto interés. Mr. Darfeuille es hombre de gusto y de saber; sin embargo seria imposible que agradara en las capitales del Norte de América un museo formado segun las reglas. Los habitantes de aquella region tienen la pasion mas extravagante por monigotes de cera, y los dos museos se la disputan á cual presentará mas objetos de este ramo bárbaro del arte. Como para atraer al público no puede contar Mr. Darfeuille con la ciencia, ha apelado al ingenio, y le ha salido á maravilla. Ha construido un pandemonio en el piso alto del museo y allí ha congregado todas las imágenes de horror que su fecunda imaginacion le ha sugerido: enanos que por medio de resortes se convierten en gigantes á la vista de los espectadores atónitos; diablillos de ébano que arrojan llamas por los ojos; reptiles monstruosos devorando juventud y belleza; lagos de fuego y montañas de nieve; en una palabra la cera, el pincel y los muelles han hecho y hacen portentos. « A fin de dar al sistema mas « realce, » lo hace ver por medio de una reja de hierro espesa, á cuyas barras estan unidos varios alambres pertenecientes á una máquina eléctrica puesta en la pieza contigua: el que adelanta una mano atrevida ó un pie incauto, recibe un golpe, que suele comunicarse á mu-

chos circunstantes y producir, no conociéndose la causa, efectos excesivamente cómicos: terror, sorpresa, curiosidad, todo está en movimiento y todo contribuye á hacer del «Infierno de Mr. Darfeuille» la muestra mas divertida quecualquiera se puede imaginar.

Tambien hai en Cincinatos una galería de pinturas, circunstancia de mucha importancia para nosotros, pues nuestro amigo Mr. H., que habia acompañado á Miss Wright con la esperanza de hallar ocasion de emplearse en la línea de pintura histórica, pensaba en hacersu primer ensayo en Cincinatos. Seria fastidioso describir la sala llamada galería de pinturas; yo no dudo que dentro de algunos años presentará otro aspecto mui diferente del que tenia cuando nosotros la vimos. Mr. H. fué mui bien acogido por muchos sugetos de la ciudad, y aunque el estado en que halló las bellas artes en ella, le inspiraba poca confianza de obtener un éxito favorable, se ocupó inmediatamente de un cuadro histórico magnífico del desembarco del general Lafayette en Los-Cincinatos.

Quizas pueda sacarse la prueba mas clara de la tibieza con que se miraba entonces la pintura en Cincinatos del resultado que obtuvo el proyecto de un maestro de dibujo aleman establecido en el pueblo. Habiendo concebido el plan de una academia de bellas artes autori-

zada, logró al principio cuanto podia desear, ó segun la expresion del pais lo llenaron hasta los topes. Las primeras subscripciones produjeron tres mil duros, es decir, nombres con guarismos al frente que sumaban esa cantidad, se buscó casa, y en fin se pidió y obtuvo la suprema autorizacion, empadronando en forma los nombres de los miembros, subscriptores, profesores y empleados ú *oficiales*. Tanto pudo el calor de su celo patriótico, pero no fué mas lejos, y yo no he vuelto á oír despues que se hiciera ni aun mencion de la Academia autorizada de bellas artes de Cincinatos.

El mismo Aleman, luego que vió los dibujos de Mr. H., se prendó tanto de ellos que le propuso al instante el que tomara parte en su escuela, ofreciéndole, me parece, quinientos duros al año. Mr. H. aceptó el partido, mas la union duró mui poco, y la causa de la ruptura es demasiado americana para pasarla por alto. Mr. H. preparó sus modelos, y asistió á la clase, que era numerosa y se componia de jóvenes de ambos sexós. Desde su entrada se apercibió que la buena maga llamada disciplina nunca se habia sentado en aquellos bancos: trató de corregir los abusos, reprendió á los discípulos su eterno hablar, les prohibió el correr de una sala á otra; todo fué inútil. Viendo pues que nada podia hacer en ma-

dio de tanto desórden, escribió un reglamento, para fijarlo á la puerta de la academia. Cuando presentó su trabajo al Aleman, este le dijo meneando la cabeza: — «Mucho pien, mucho pien en Europa, pero los góvenes y las senoritas no lleparlo á pien en América; ellos hacer lo que querer: ver reglamentas hoi, andar mañana, y nosotros quedar pien solas.

— Y no hareis observar estas reglas *si nécessaires*, Monsieur? — ¡O mon Dieu! no per toto il munto. — *Eh bien*, Monsieur, entonces tendré que dejar bajo vuestra direccion á los jóvenes republicanos.»

Me han contado otra anécdota que da nueva luz para conocer el verdadero estado del arte en el Norte de América por aquel entonces. Mr. Bullock estaba enseñando su preciosa coleccion de grabados á varios caballeros de los mas encofetados, la flor y nata de la ciudad, cuando uno de ellos exclamó: — «¿Y de veras habeis hecho todo esto desde que habeis venido á Cincinatos? ¿Qué tarea debeis haberos dado!

De otro personage del *alto tono* de Cincinatos y conocido por su gusto crítico en las bellas artes, me han referido, que teniendo en la mano una estampa de Hebe y el ave consagrada á Júpiter, preguntó de un modo satírico: «¿Qué es esto?» — «Hebe,» respondió el dueño de la coleccion algo alarmado. —

«¡Hebe!» exclamó con ironía el hombre de gusto, «vaya por Hebe. ¿Y qué diablos tiene que hacer Hebe con el águila americana?»

A poco de estar nosotros en Cincinatos, llegó el doctor Caldwell, que es el Spurzheim de América, y abrió sus conferencias sobre la freneologia. Yo asistí á sus lecturas y me presentaron á él. Ha estudiado con mucha diligencia las obras de Spurzheim y de Combe, y entiende la ciencia á que se ha dedicado; pero ni sus lecturas ni su conversacion participan de aquel encanto que solo comunica la verdadera exaltacion y que hace escuchar tanto tiempo al doctor Spurzheim. Sin embargo las conferencias del doctor Caldwell produjeron un efecto considerable. Al momento de veinte á treinta de los ciudadanos mas eruditos se decidieron á formar una Sociedad Freneológica. Se citó á una junta, y la junta fué numerosa, alistándose un número respetable de subscriptores, cuyas respectivas cuotas se habian de abonar posteriormente. Quedaron elegidos presidente, vicepresidente, tesorero y secretario, disolviéndose la primera reunion con todas las apariencias de una perseverancia enérgica en el estudio de las nuevas descubiertas.

A la segunda junta ya asistió solamente la mitad de aquel cuerpo científico; mas los concurrentes aprovecharon el tiempo, formando

leyes, redactando reglamentos y votando resoluciones con tal prodigalidad que su código, según decían, hubiera llenado tres volúmenes en-folio.

Llegó el día de la tercera reunión, día de la mayor importancia, pues ese mismo debían recaudarse las subscripciones. El tesorero se presentó con toda puntualidad, y hallándose solo, tuvo la paciencia de esperar dos horas, hasta que ya perdida la esperanza de ver á nadie, tomó el partido de irse: así murió la Sociedad Freneológica de Los-Cincinatos.

Por mi parte he tenido frecuentes ocasiones de notar que el espíritu de empresa y deseo de promover mejoras rara vez han prendido con fuerza suficiente para resistir el efecto mortal de tocarles á sus *dollars*. Los Americanos se contentan con hablar; y si bien para toda grande operación que promete resultados ventajosos se puede contar con el apoyo seguro de los hombres de empresa y capital, rarísima vez creo que haya quien para lo que solamente ofrece gloria ó mera satisfacción quiera dar sino «sus mas dulces votos.»

Y acaso hagan bien. En Europa vemos menguarse los caudales por la pasión de estatuas, ó de cuadros, ó de libros, ó de joyas, por todas y cada una de esas necesidades facticias que realzan y adornan la existencia, y cuyos goces

llevan al hombre á que ponga en olvido su condición de tierra. Mas sabios son y mas prudentes los de la generación trasatlántica, entre quienes nada he visto yo nunca que los pueda inducir á semejante olvido.

Cuando salió de la ciudad el doctor Caldwell, se presentó en la escena otro personaje, que causó la mas violenta sensación, anunciando que intentaba dirigir al pueblo sus lecturas y por consiguiente darlas en público.

Que una señora rica, de ilustre familia, con una brillante educación, y que hubiera pasado su juventud en los círculos mas refinados de la vida privada, se presentase en público desempeñando el papel de una lectora popular, debía siempre excitar naturalmente la sorpresa en cualquier país, y aun el *nihil admirari* del Viejo Mundo apenas se podría sostener delante de un espectáculo igual; pero en América, donde las mugeres viven envueltas en una mortaja de nulidad, produjo solamente la noticia un efecto que difícilmente se acertaría á describir. «Miss Wright de Nashoba va á dar lecturas en la casa del Tribunal» era la frase que sonaba de calle en calle, que se repetía por todas las casas. A mí me sorprendió, pero no lo extrañé: yo conocía su peregrino don de elocuencia; su tesoro inagotable de palabras, y la magia irresistible de su voz sonora y pe-

netrante, y no podia dudar que si ella queria, le sobaban disposiciones para atraerse la atencion y cautivar los aplausos de cualquiera auditorio á que tuviese por conveniente presentarse. Yo deseaba infinito oirla, pero me asustaban, ponderándome la inmensa multitud que se agolparia á verla. Despues de pensarlo bien, y sabiendo que otras muchas damas se determinaban á ir, mi amiga Mistress P**** y yo nos resolvimos á tentar el paso acompañadas de algunos caballeros. La dificultad fué menor de lo que nos la habiamos figurado, aunque el edificio estaba ya lleno; y nos felicitamos de haber tenido arrojo para penetrar en medio del concurso, porque todas nuestras esperanzas no llegaron ni con mucho al esplendor, brillantez y elocuencia arrebatadora de este orador extraordinario.

El punto sobre que versó su lectura fué la naturaleza del verdadero saber, y poco dijo en ella que prestara objeciones á ninguna secta ó partido. Este primer discurso no era mas que una introduccion para las teorías singulares y terribles contenidas en las siguientes lecturas, sin que pudiese todavía recelarse de su doctrina, á no ser por lo que ya indicaba de que la fábrica de la sabiduría humana no podia estribar en otra base que en la de los conocimientos humanos.

Habia allí no obstante un pasage que repugnaba al sentido comun, á saber: la parte en que cuotaba aquella frase de perniciosa sofistería: — « Todos los hombres han nacido libres é iguales. »

Este axioma tan frívolo como falso, que ha hecho, hace, y hará tanto mal á este bello pais, se debe á Jefferson; y á la verdad la vida del autor fué el glorioso comentario de su pensamiento. No pretendo yo criticar sus escritos, pero la luz natural me basta para declarar falsa esa su máxima predilecta.

Pocos nombres son tenidos en mas alta estimacion en América que el de Jefferson: él es la piedra de toque del partido democrático, y todos convienen en que fué uno de su varones mas ilustres; con todo yo he oido su nombre enlazado con hechos que estremecerian á los hijos de Europa. Los hechos á que aludo, andan en la boca de todo el mundo, y nadie los relata con misterio ni en particular; antes bien en una nacion donde la religion es la conversacion de sobremesa y su rigorosa observancia una distincion elegante, esos hechos se refieren y escuchan sin horror, hasta sin conmocion.

Es pública voz y fama que Mr. Jefferson tenia una caterva de hijos de casi todas sus esclavas que eran numerosas. Estos infelices eran tambien sus esclavos legitimos y como tales

trabajaban en su casa y haciendas, fijando él su placer con especialidad en que ellos le sirvieran á la mesa, y no siendo completas las *orgias* hospitalicias que tanto renombre daban á su Monte-Cielo, si la copa que bebía no se la presentaba la mano trémula de alguno de sus hijos esclavos.

Una vez oí asegurar á un adorador democrático de este hombre grande, que cuando, como solía acontecer, sus hijos habidos de cuarteronas eran bastante blancos para evitar sospechas acerca de su origen, nunca los perseguía si se escapaban, diciendo con gran risa: « Que se escapen los pícaros, si pueden; no seré yo quien se lo estorbaré. » Anécdota referida en una reunion considerable para muestra del natural bueno y generoso de este hombre, y aprobada con una sonrisa universal.

O yo no sé distinguir lo bueno de lo malo, y la virtud y el vicio no son mas que palabras, ó este grande Americano era un tirano inmoral, un libertino sin entrañas de hombre.

Volviendo á Miss Wright, es imposible imaginarse cosa alguna mas imponente que su presencia. Su estatura alta y magestuosa, la expresion penetrante y casi solemne de sus ojos, el contorno simple de su bien formada cabeza, sin mas adorno que sus cabellos naturalmente ensortijados, su vestido de muselina blanca

sencilla, plegado airosamente como la túnica de una estatua griega, todo contribuía á producir un efecto que en nada se parece á cuanto había yo visto antes ni espero volver á ver.

CAPITULO VIII.

Carencia de diversiones públicas y privadas. — Iglesias y Capillas. — Influxo del Clero. — Una Resurreccion.

No he visto jamas sociedad mas desprovista de toda especie de distraccion que la sociedad de Los-Cincinnati. La lei prohibe el juego de billar; lei prohibe los naipes: vender una baraja en el estado de Ohio es un delito que somete al que la vende á una multa de cincuenta pesos. Allí no hai mas bailes públicos que los seis de las fiestas de Navidad; allí no hai conciertos; allí no hai banquetes; allí no hai diversion alguna.

El único entretenimiento público de aquella tristísima poblacion es un teatrillo á que muestran mui poca aficion y en donde, sea por economía sea por falta de gusto, apenas se encuentra alguno que otro concurrente. Las señoras con especialidad rara vez van á él, y la mayor parte de las mugeres mira como un pecado contra la religion asistir á la represen-

tacion de una comedia. Para ver á las damas de Cincinnati es menester ir á las iglesias y capillas, puntos de reunion donde se presentan todas de gran gala; y estoi por creer que un extranjero recién llegado de Europa pensaria á primera vista que los templos y lugares del culto eran los teatros y cafés de la ciudad. No pasa noche de la semana que no lleve á las capillas y casas de congregacion bandadas de jóvenes mui lindas, vestidas con esmero y á veces con grande coquetería, que allí es donde se ostenta el lujo y donde cada cual aspira á señalarse como la mas petimetra. El número de los hombres que concurren á estas asambleas nocturnas es cortísimo en comparacion del de las mugeres, pero, como puede conjeturarse, todo ese aparato de cintas y ese acicalamiento de peinados se explican naturalmente con la presencia de algunos cuantos mozalvetes empleados de almacenes ó escritorios tan peripuestos y soplados. A la verdad, si no fuese por las iglesias y capillas, me parece que se podria hacer una hoguera con los mejores sombreros, pues yo no he visto que sirvan en otra ocasion.

Las mugeres estan siempre demasiado ocupadas en las faenas domésticas para hacer ni recibir las visitas de mañana en trage de etiqueta. No hai tampoco paseos ni tiendas de

parada á donde puedan ir á lucir ; de suerte que sin las reuniones de la religion y las de los tés particulares, todas las señoras de Cincinnati correrian riesgo de convertirse en perfectas reclusas.

La influencia que los ministros de todas las sectas religiosas del Norte de América (que son innumerables) ejercen sobre las mugeres de sus congregaciones respectivas, se acerca mucho á la que leemos que ejercen sobre las de los países de la comunión romana los sacerdotes católicos. Para un influjo tan singular hai infinitas causas. En primer lugar, en toda nación en que los ricos afectan reconocer la igualdad de condiciones cuando los pobres las reclaman á gritos, solamente el clero obtiene distinciones y preeminencias: nada podria darle mas alta importancia á los ojos de las damas. En segundo lugar yo creo que las de aquel país no reciben sino de los individuos del clero las atenciones y obsequios que tanto halagan á todas las mugeres de cualquier parte del mundo que sean. Asi pues, en cambio de los miramientos que en Europa guardan al débil sexô todos los estados y clases de la sociedad, exceptuando quizas el mas bajo, y que en América solo tienen con ellas los ministros del culto, las Americanas les entregan sus corazones y sus almas. No sé que

exista otro país donde la religion domine tanto á las mugeres y tan poco á los hombres. No quiero decir por eso que no haya encontrado con hombres de sentimientos sinceramente religiosos, ó con mugeres faltas de toda religion; hablo de la gran mayoría de los habitantes que he podido observar y estoy convencida de que no me equivoco en mi asercion.

Pocos meses despues de nuestra llegada á Cincinnati nos inspiró la mas viva curiosidad el oír hablar de « la resurreccion » por toda la ciudad. « La resurreccion será completa. » — « Estaremos ocupados constantemente, mientras dure la resurreccion » — Eran las frases que se repetian sin cesar por todas partes, y que nosotros oiamos mucho tiempo sin saber lo que querian decir. Al cabo supe que la iglesia *quinnacional* de América necesitaba hacer esfuerzos de cuando en cuando para levantarse á mayor perfeccion y cobrar mas vida y energia. Entonces recorren el país los ministros mas entusiastas de todas las sectas, y entran en las ciudades y rancherías á bandadas de veinte y aun de ciento, segun lo permite la comodidad de los pueblos, permaneciendo en cada uno á proporcion de lo crecido del vecindario de una semana hasta un mes. Los nuevos apóstoles predicán y oran durante el

dia y á menudo gran parte de la noche en los diferentes santuarios y templos de la poblacion. He aquí lo que llaman *a Revival* (una resurreccion).

Yo trabajé con ahinco por adquirir noticias sobre este punto, mas tales son las que pude recoger que temo la nota de exâgeracion al escribirlas; lo único que está en mi mano es el evitar con la mayor precaucion el merecerla. El asunto es altamente interesante y seria una falta de no ligera trascendencia tratar de él superficialmente.

Los eclesiásticos ambulantes que desempeñan ese ministerio son de todas las creencias, me parece, menos episcopales, católicos, unitarios y cuáqueros. Hai presbiterianos de todas especies. baptistas de no sé cuantas variedades, metodistas de mas denominaciones que yo puedo recordar: se necesitaria mucho tiempo para explicar los visos innumerables de tan multiplicados ritos, y mucho mas para comprenderlos. Entran en todas las ciudades, villas y lugares de la Union; no he llegado á saber con la certeza suficiente el intervalo que en general separa sus visitas: se alojan de ordinario en las casas de sus respectivos feligreses, y las noches que no pasan en las iglesias ó casas de congregacion se juntan en particular y tienen lo que otros llamarian tertulias, me-

riendas, cenas y diversiones, mas que ellos designan como reuniones piadosas para rezar y contemplar. Entre la oracion y la contemplacion vienen los buenos bocados, los sendos tragos, el canto, las confesiones y la conversion de algunos pecadores, ó por mejor decir, pecadoras. Aunque no me han invitado á esas reuniones y por consiguiente nada sé de ellas sino lo que he oido, creo que debo dar crédito á la persona que las ha visto y que me ha contado lo que yo refiero; y á la verdad con que sea cierta la mitad de lo que me han dicho, basta para conocer que las tales reuniones domésticas de egercicios piadosos no son el rasgo menos curioso ni menos importante del retablo.

No es posible contener la risa al descubrir la semejanza vivísima que hai entre los sentimientos de una señora presbiteriana ó metodista de las de ardiente celo que tiene la fortuna de asegurar para su reunion á un *itinerante* y los de una dama de las de calzas azules de Londres (*) tan feliz como aquella junto á un poeta favorito. No tiene duda, todas las mugeres del mundo nos damos cierto aire de familia.

La reunion se solemniza en las mejores sa-

(*) Así llaman en Inglaterra á las que afectan ocuparse exclusivamente de ciencias ó bella literatura y cuya pedantería es tan ridícula como la de nuestras doctoras ó marisabidillas.

las con los trages mas elegantes, con los manjares y refrescos mas exquisitos. Mientras se van juntando, se pasa el tiempo en cuchichear con los convidados que llegan. Llámanse hermanos y hermanas y su acogida mutua es efectuosísima. Cuando está la sala llena, los individuos de la reunion, que por la mayor parte se compone de mugeres, se invitan, se ruegan, se hacen salamerías para que cada cual confiese ante sus hermanos y hermanas sus pensamientos, sus faltas y locuras.

Las escenas de confesion son verdaderamente extrañas : quanto mas confiesa el penitente, tanto mas lo animan, tanto mas lo acarician. Acabada la penitencia, se arrodillan y el *itinerante* hace una oracion *ex tempore*. En seguida comen y beben, y luego cantan himnos, oran, exhortan, vuelven á cantar y orar, hasta que toca la excitacion en un punto verdaderamente subido. Esas escenas no se representan en una que otra casa ni alguna que otra noche, durante la resurreccion, sino en muchas casas al mismo tiempo, porque los templos y capillas no son bastantes para la mitad de los *itinerantes*; aunque no se cierran de dia ni hasta mui tarde por la noche y aunque los ministros que offician se apoderan unos despues de otros de todas las iglesias y casas de congregacion.

Yo fui dos veces testigo en una de las iglesias principales de los presbiterianos de escenas que me estremecieron. En la descripcion de la una daré la de las dos y aun la de todas, porque en realidad no son mas que la repeticion constante de una misma cosa.

Era en medio del verano, y el oficio á que nos recomendaron asistir, empezó despues de oscurecido. La iglesia estaba bien iluminada y tan llena que casi no se podia respirar. Al entrar vimos tres ministros uno junto á otro embutidos en una especie de tribuna, colocada donde comunmente está el altar, magníficamente adornada con colgaduras carmesíes y elevada casi á la altura de nuestros púlpitos. Nosotras tomamos nuestros asientos en un banco inmediato á la baranda que la cercaba.

El clérigo de en medio estaba orando; su oracion fué vehemente hasta la extravagancia, con ribetes de grosera en lo bajo de la expresion : siguió un cántico y al cántico mudanza de lugar y personajes : otro ministro ocupó el centro de la tribuna y predicó. La elocuencia del sermon, que no dejó de abundar de ella, fué del género horrible. El predicador describió con una espantosa minuciosidad los últimos congojosos instantes de la vida humana, y los progresos de la corrupcion que

descompone los cuerpos, sin olvidar el mas leve pormenor hasta concluir en el período asqueroso de la disolucion del cadáver. Mudando repentinamente su tono, que habia sido el de la descripcion sobria y exacta en el grito penetrante del horror, sacó la cabeza, como si debajo del púlpito hubiera visto alguna vision tremenda, y como Rebeca daba cuenta á Ivanhoe de lo que veia por la ventana del castillo, asi nos enteraba el predicador de lo que descubria allá en el abismo que parecia abrirse á sus ojos. El gesto fué ciertamente feliz y debia contribuir á realzar lo terrible de la pintura del infierno. No omitió imágen de las que pueden sugerir el fuego, la llama, el azufre, el plomo derretido y las tenazas hechas ascuas, con el complemento necesario de la carne que chirria, los nervios que palpitan, los tendones que se retuercen. La cara del venerable apóstol era una fuente de sudor; los ojos se le saltaban del casco, revolviéndose como los de un epiléptico; tenia los labios cubiertos de espuma, en una palabra todas sus facciones expresaban el horror profundo que habria experimentado, si en realidad hubiese estado viendo la escena que nos describia. Sin disputa desempeñaba su papel maravillosamente. Por último echó una mirada lánguida sobre sus dos

auxiliares, para indicarles su fatiga y extenuacion, y dejóse caer en su asiento enjugándose las gotas de agonía que inundaban su frente.

Levantáronse los otros dos ministros y entonaron un himno. Pasó algun tiempo sin que la congregacion los acompañara como de ordinario; todo el mundo estaba horrorizado y temblando, viéndose en la palidez de los semblantes la angustia que oprimia sus corazones. Al acabarse el canto, ocupó otro ministro el centro y dirigiendo al auditorio la palabra con un tono afectuoso y halagüeño, preguntó: si lo que su caro hermano les habia dicho, les habia llegado al alma, y si querian librarse del infierno que les habia hecho ver. « ¡ Venid pues! continuó tendiendo los brazos á la congregacion, « venid á nosotros y decidnos: sí, y nosotros « os haremos ver á Jesus, al dulce y amoroso « Jesus que os libertará de ese lugar de tormentos. ¡ Pero habeis de venir á él! ¡ No os « habeis de avergonzar de venir á él! Esta noche le habeis de decir que no os avergonzais « de él; nosotros os abriremos el camino; nosotros os franquearemos el banco de la penitencia para que se sienten en él los pecadores « arrepentidos. ¡ Venid pues! ¡ Venid al banco « de las congojas, y os mostraremos á Jesus! « Venid! Venid! Venid!»

Mientras cantaban otro himno, uno de los

tres fué haciendo desocupar uno ó dos escaños que estaban al traves de la baranda, enviando la gente á la parte inferior de la iglesia. Cesó el canto y de nuevo invitaron á los fieles, exhortándolos á no avergonzarse de Jesus, y á ponerse en «los bancos de las congojas» y reclinar las cabezas sobre su seno. «Vamos á cantar, dijo por última vez; para daros tiempo.» Y en efecto volvieron á entonar un himno.

No tardó en percibirse un movimiento general en la iglesia, que comenzando con lentitud fué aumentándose por grados. Las jóvenes se levantaban, se sentaban y volvian á levantarse: al cabose abrieron algunos claros, y varias de ellas salieron vacilando, las manos enlazadas, las cabezas sobre el pecho y temblándoles todos sus miembros, y el canto no paraba; mas conforme se iban acercando las pobrecitas á la baranda, se oian sus gemidos y sollozos. Se sentaron en «los bancos de las congojas;» el himno cesó, y dos de los tres ministros bajaron de la tribuna, y tomando uno á la derecha y otro á la izquierda, empezaron á hablar al oido á las infelices que temblaban mas y mas. Para nosotras fué un secreto lo que les decian; lo que no se nos ocultaba era el triste exceso de los suspiros y los llantos. Aquellas tiernas é inocentes cria-

turas, con los rostros pálidos y descompuestos, caian de rodillas y se postraban con la cabeza en el suelo; seguianse los mas violentos gritos y alaridos, en medio de los cuales se oia de cuando en cuando una voz convulsiva que exclamaba: «¡Oh señor!» «¡Oh señor Jesus!» «¡Ampárame, Jesus!» y cosas semejantes.

Los dos ministros continuaban su paseo entre ellas; con frecuencia subian en los bancos, y anunciaban á todo el concurso «las nuevas de salvacion;» y entonces se levantaban como ecos en todos los ángulos del templo gritos breves y agudos de «Amen!» «Gloria!» «Amen!» mientras las postradas penitentas recibian consuelos misteriosos y de cuando en cuando alguna caricia mística. Mas de una vez ví yo que al cuello de las jóvenes bonitas servia de collar algo ajustado el brazo de los reverendos. Muchas eran atacadas de histérico y de convulsiones, y cuando el tumulto llegaba á su colmo, el ministro del púlpito soltaba toda su voz con un himno para dominarlo.

Era horrible el contemplar á aquellas criaturas en la mañana alegre de la vida tan afligidas, tan aterradas, y convertidas para siempre en víctimas flacas y enfermizas. Una muchacha que segun las apariencias no podia pasar de catorce años, se apoyaba en el brazo de otra algo mayor; su rostro parecia el

de una muerta; sus ojos estaban desencajados y en un estado completo de estupor; una traspiracion glutinosa cubria sus mejillas y pecho; reunia todas las señales del idiotismo. Ví á un ministro aproximarse á ella, miró su mano delicada, dijo: «¡Jesus es con ella! ¡Bendito sea el Señor!» y pasó adelante.

Si los Americanos del Norte estimaran á las mugeres, como los hombres deben estimar á sus esposas y á sus hijas, ¿permitirian semejantes escenas?

Apenas es menester decir que no fueron sino mugeres á sentarse en «los bancos de las congojas,» y por la mayor parte mui jóvenes. La congregacion se componia en general de personas perfectamente puestas, y entre ellas las señoras mas elegantes y de mejor *tono* de la ciudad: durante la resurreccion las iglesias eran todos los dias el teatro del lujo y de la elegancia.

Asi se divierten las damas de Los-Cincinnati: ir á la comedia está prohibido; jugar á las cartas es contra la lei; y como trabajan y se afanan en sus casas, fuerza es que tengan alguna recreacion. Por mi parte confieso que la mas grosera farsa me parece que seria una representacion menos detestable y perjudicial para la juventud y la inocencia que esas ridiculas pantomimas.

CAPITULO IX.

Escuelas.—Clima.—Zandías.—Día 4 de julio.—Tormentas.
—Puercos.—Casas movibles.—Mr. Flint.—Literatura.



Cincinnati contiene muchas escuelas; mas yo no he tenido oportunidad de conocerlas bien, para juzgar de su mérito y calcular el rango que deben ocupar, pues solo visité la del doctor Lock, persona que parece tener opiniones liberales y grandes sobre la educacion de las mugeres. Si su sistema produce los resultados excelentes que ofrece en la teórica, las damas de aquella ciudad probablemente serán dentro de pocos años aventajadísimas en las ciencias de sociedad. Tambien asistí al exámen público de las discípulas de su escuela, y noté con sorpresa que las ramas del saber mas elevadas no habian sido excluidas de los estudios de aquellas lindas criaturas. Una joven interesantísima de diez y seis años *se graduó* en matemáticas, y otra pasó su exámen de filosofía

de una muerta; sus ojos estaban desencajados y en un estado completo de estupor; una traspiracion glutinosa cubria sus mejillas y pecho; reunia todas las señales del idiotismo. Ví á un ministro aproximarse á ella, miró su mano delicada, dijo: «¡Jesus es con ella! ¡Bendito sea el Señor!» y pasó adelante.

Si los Americanos del Norte estimaran á las mugeres, como los hombres deben estimar á sus esposas y á sus hijas, ¿permitirian semejantes escenas?

Apenas es menester decir que no fueron sino mugeres á sentarse en «los bancos de las congojas,» y por la mayor parte mui jóvenes. La congregacion se componia en general de personas perfectamente puestas, y entre ellas las señoras mas elegantes y de mejor *tono* de la ciudad: durante la resurreccion las iglesias eran todos los dias el teatro del lujo y de la elegancia.

Asi se divierten las damas de Los-Cincinnati: ir á la comedia está prohibido; jugar á las cartas es contra la lei; y como trabajan y se afanan en sus casas, fuerza es que tengan alguna recreacion. Por mi parte confieso que la mas grosera farsa me parece que seria una representacion menos detestable y perjudicial para la juventud y la inocencia que esas ridiculas pantomimas.

CAPITULO IX.

Escuelas.—Clima.—Zandías.—Día 4 de julio.—Tormentas.
—Puercos.—Casas movibles.—Mr. Flint.—Literatura.



Cincinnati contiene muchas escuelas; mas yo no he tenido oportunidad de conocerlas bien, para juzgar de su mérito y calcular el rango que deben ocupar, pues solo visité la del doctor Lock, persona que parece tener opiniones liberales y grandes sobre la educacion de las mugeres. Si su sistema produce los resultados excelentes que ofrece en la teórica, las damas de aquella ciudad probablemente serán dentro de pocos años aventajadísimas en las ciencias de sociedad. Tambien asistí al exámen público de las discípulas de su escuela, y noté con sorpresa que las ramas del saber mas elevadas no habian sido excluidas de los estudios de aquellas lindas criaturas. Una joven interesantísima de diez y seis años *se graduó* en matemáticas, y otra pasó su exámen de filosofía

moral. Tan dulce era el rubor que hermoseaba sus semblantes, y tan bellamente aturcidas y confusas parecían, que habría sido difícil para un juez mas hábil que yo el decidir si merecían ó no el diploma que recibieron.

Para mí era enteramente nuevo el método de graduar á las jóvenes y de expedirles diplomas al salir del establecimiento; al menos yo no me acuerdo de haber oído hablar de cosa igual en otra parte. Temo que el tiempo que dan á las bellas graduadas de Los-Cincinnati para adquirir los varios elementos de esa educación no sea demasiado escaso, y que así les impidan el llegar á la eminencia que en cada ramo promete de antemano su ilustrado director. Las matemáticas de « un trimestre » ó la economía política, la filosofía moral, la álgebra y las ecuaciones de cuarto grado de « dos trimestres, » rara vez me parece que podrán formar, aun á pesar de los esfuerzos unidos del maestro y del discípulo, un fondo de esas ciencias capaz de bastar á una docena de muchachos y un pasante.

.....

A fines de mayo empezamos á sentir que vivíamos en un clima mas caliente que los otros á que estábamos acostumbrados, y mi hijo pa-

decidió infinito á causa de la diferencia de temperatura, porque le atacó una enfermedad biliosa, con tal grado de calentura, que durante algunos dias temimos por su vida. No dudo que el plan curativo que siguieron con él fué juicioso, pero la cantidad de calomel que le recetaron fué enorme. Un dia pregunté cuántos granos debía preparar, y me dijo el facultativo que le diese una cucharada de las del té. Yo me figuro que la diferencia del clima debe producir diferencia en los efectos de esta medicina, ó sino sería imposible que la práctica del Nuevo Mundo se alejara tanto de la del antiguo. Austey dice, hablando de los médicos de Bath :

« ¿ Quién vió jamas á un doctor
Cocido en agua caliente? »

Yo puedo asegurar por experiencia propia que no puede echárseles en cara semejante imputación á los médicos que recetan con tanta prodigalidad el calomel en América. Estando yo despues en el condado de Montgomery, cerca de Washington, un facultativo que asistia á uno de nuestros vecinos, se quejaba de cierta indisposicion. « Es menester cuidarse, doctor, » le dijo el enfermo. — Y á lo hago, respondió él; ayer tomé *cuarenta gra-*

nos de calomel, y hoy me siento mejor.» En el caso de mi hijo hicieron tambien uso de repetidas y copiosas sangrias, y en pocos dias se levantó y salió de su habitacion, aunque terriblemente débil, pasándose muchas semanas antes de que recobrar su fuerza.

Al paso que iba subiendo el calor, se iban aumentando las enfermedades. La ciudad está llena de médicos, y á todos se veia correr en sus volantas con una celeridad que asustaba. Uno de estos señores nos dijo que cuando un facultativo se queria establecer en un pueblo, si conocia bien sus intereses, nunca dejaba de recorrer las calles por la noche, antes de fijar su resolucio[n]. Si veia la triste luz de la lamparilla vacilar en muchos aposentos, podia estar seguro de que la fiebre hacia su oficio y que le iria bien. Segun ese juicio Cincinatos está lejos de ser una ciudad salubre. Yo comencé á temer por nosotros y me determiné á abandonarla; pero me fué imposible el lograr fuera de ella una habitacion, porque las muchas casas de posadas que hai á los alrededores estaban llenas de huéspedes. Nos aconsejaron evitar cuanto posible fuera el salir en el calor del dia. Las mañanas y las tardes son deliciosas, particularmente aquellas si se quiere madrugar. Durante muchas semanas nunca me quedaba en la cama dadas las cuatro, y á esa hora

acompañaba casi todos los dias á mi *asistenta* cuando iba al mercado, donde me divertia con la novedad de los objetos y el bullicio de la concurrencia. Todos los dias entran en la plaza muchos carretones cargados de zandías ó melones de agua y se ven grupos de hombres, mugeres y niños sentados en el suelo al rededor del sitio donde se venden, regalándose con esta fresca y agradable fruta, ó mas bien devorando prodigiosas cantidades de ella. La manera que tienen de comerla es repugnante: cortan el enorme melon en seis ú ocho tajadas de un pie de largo, y vertiendo agua como estan se las llevan á la boca; por todas partes les corre el fluido á caños, y de cuando en cuando escupen una bocanada de pepitas negras y duras, que despedidas con violencia en todas direcciones alcanzan como una nube de granizo á los que pasan. Cuando probé la zandía me pareció una fruta mui grosera, mas antes de acabada la temporada, ya nos gustaba á todos. Tomándola con vino y azúcar, hace una bebida exquisita.

Es costumbre en Los-Cincinatos que los hombres vayan á la plaza: los mas elegantes y los de «mas elevada posicion» no tienen reparo de levantarse al amanecer é ir seis dias de la semana armados de un capazo ó canasto gigantesco á comprar carne, manteca, huevos

y verdura. Yo los he visto con frecuencia volver con el pesado cernacho en un brazo y colgando del otro un poderosísimo jamon.

Llegó el 4 de Julio, día de la mayor festividad para todos los Americanos del Norte, porque es el aniversario del 4 de julio de 1776, día en que fué firmada la declaración de su independencia en la casa de estado de Filadelfia.

Para mí la tibieza hurañá y la falta de entusiasmo es uno de los mayores defectos del carácter americano, y así las demostraciones de júbilo con que celebran ese día me causó un verdadero placer. El 4 de julio parece que el corazón de aquella gente se despierta de un sueño de treientos sesenta y cuatro días; se los ve animados, contentos, bulliciosos, sociales, generosos, ó siquiera francos, y si pudieran contenerse un poco en escupir en tan solemne día, diría yo que el 4 de julio, á lo menos parecen un pueblo amable. Verdad es que las mugeres tienen poco que hacer con la pompa, el esplendor y la alegría de la fiesta, mas dejando á parte esa falta, es menester; convenir en que el espectáculo que ofrece un júbilo tan cordial y sincero es gloriosísimo y digno de contemplarse; y si no tuvieran el mal gusto y peor sentimiento de pronunciar una arenga anual para ultrajar á

la madre patria (por no hablar del manifiesto de guerra llamado la Declaracion de la Independencia), su graciosa majestad el rei de Inglaterra podria presenciar la escena y decir que es bella: aun mas, podria regocijarse de que doce millones de personas separadas de su trono y sus altares por una distancia de mil leguas hicieran sus propias leyes y tomaran su té del modo que mejor les pluguiere (*).

Las continuas tormentas de aquel pais eran un manantial de sensaciones profundas para nosotros. Los que solo han oido el trueno de las nubes en Inglaterra, no tienen sino una idea mui débil del lenguaje con que expresan su cólera los dioses. La descripción de Thomson (**) sin embargo puede completársela; porque es difícil que se pinte mejor con palabras semejante espectáculo, ni que reproduzcan su estruendo ecos mas verdaderos. La imágen que no ha alcanzado es la de la llama de color rosado del relámpago que ilumina la tierra y que parece convertirla en elemento de fuego.

(*) El lector no debe olvidar que es una Inglesa quien escribe.

(**) Autor de las Estaciones, uno de los mejores poemas descriptivos de la literatura inglesa.

Al leer esta celebrada descripción en América, y observando cuan verdadera es y con que admirable exactitud retrata aquella naturaleza, me se figuraba que descubria el secreto de la máquina de un poeta, y pensaba que para lograr su intento y mover necesitaba dar imágenes mas grandiosas que las que la realidad le ofrece, bastando que sus proporciones sean justas y su colorido verdadero. Todo parece colosal en aquel gran continente: si llueve, si truena, si ventea, todo es *fortissimo*; bien que yo sentí muchas veces que el terror cedía á la maravilla y al deleite, ¡tan grandes, tan brillantes son los cuadros que una tormenta desarrolla! Ciertamente las desgracias son allí mas comunes que en nuestros climas, pero no tanto que deba oprimirse el corazón de miedo cada vez que se vea una masa de nubes agruparse contra el viento.

Apenas es perdonable el enojarse contra un pueblo porque los artículos de su comercio no son de un género pulcro; sin embargo yo confieso que hubiera vivido mas contenta en Los-Cincinatos, si no hicieran sus habitantes tan considerable tráfico de puercos. Es casi increíble, para los que no lo han visto, la inmensa

cantidad de cerdos y de puerco salado que se despacha. No he visto nunca diario ni periódico en que no se leyeran avisos como los siguientes:

« Se necesitan *inmediatamente* : 4000 puercos cebados. »

« Se venden : 2,000 barriles de puerco de primera. »

Mi aversion no obstante eso se funda en razones mas personales: si determinaba dar un paseo por *Main-Street* (la calle mayor), tenia quinientas probabilidades contra una de no pasar al lado de la sombra sin tropezar con un hocico acabado de salir del fango del canal; cuando nos animabamos á subir á cierta colina con mas traza de un pilon de azúcar que de monte, á fin de respirar un aire puro y ver alguna agradable perspectiva, encontrabamos el arroyo que teniamos que pasar á su falda convertido en albañal del matadero de los cerdos: en vez de los perfumes del « tomillo que ama el regazo de la verde ladera, » asaltaban nuestras pobres narices olores que no quiero describir y que deseo de todas veras que no pueda imaginárselos quien me leyere; nuestros pies que al dejar la ciudad creiamos que iban á encontrarse sobre una alfombra de yerba recamada de flores, se hallaban literalmente

enredados entre hocicos, rabos y jarretes de cerdo : y así nos prohibimos para siempre los paseos mas agradables de las cercanías.

La translacion de casas de un solar á otro es una de las novedades que mas paran en la América del Norte. Muchas veces nos divertimos viendo esa muestra de habilidad mecánica en las calles. Ni los detiene la dificultad de trasladar un edificio de un extremo á otro de la poblacion. Las casas que yo ví viajar de ese modo eran todas de madera, excepto las chimeneas; pero dicen que tambien las de ladrillo dan los mismos paseos. La habitacion mas grande contenia dos pisos de cuatro estancias cada uno, y tiraban de ella cuarenta bueyes. A los primeros pasos fueron al suelo las dos chimeneas y luego continuó su camino sin novedad, consiendiendo las grandes dificultades en el primer arranque y la parada que se debe hacer en el mismo solar donde ha de quedarse el edificio. Esta fuerza de locomocion era importantísima en Los-Cincinnati, pues las mejoras constantes de la poblacion solian hacer deseable el cambiar una casa de madera por otra de cal y canto; entonces veiamos el ex-nº 100 de Main-Street, ó el ex-nº 55 de

Second-Street, ir en paz fuera de la ciudad á tomar posesion de un solar mas humilde en el campo inmediato.

El conocimiento mas agradable que hice en Los-Cincinnati, y á la verdad conocimiento de uno de los hombres de mas talento que yo haya tratado, fué el de Mr. Flint, autor de varios volúmenes de infinito mérito y editor de la « Western Monthly Review » (revista mensual del Oeste). Su conversacion es elocuentísima y en extremo agradable; no me acuerdo de haber conocido á otra persona con mas talento para la sátira y aun para el sarcasmo, á que sin embargo su buena índole y excelentes modales quitan el veneno que pudiera lastimar. Se nota en sus noticias críticas una fuerza y penetracion que en nada ceden á cuanto de este género he leído. Es ardiente patriota y de un corazon tan americano que no siempre podiamos ser de la misma opinion en todos los puntos que discutiamos; mas no sé yo si me alucinaba con la energía y brillantez de su lenguaje, y la noble y veraz franqueza de su carácter, ó con sus modales blandos y corteses, pero Mr. Flint es el solo Americano, en cuyos labios no me parecieran las alabanzas hiperbólicas de su pais exageradas y ridiculas.

Una vez, pero no en casa de Mr. Flint, me hallé en una tertulia con un caballero que decían de carrera y fondo; juntaba á esas prendas la cualidad de ser lo que llaman un hombre *serio*, y parecia complacerse en que los demas reconocieran sus derechos á ese doble concepto. Habia en la reunion una señora *seria* mui amable, en quien fijó su eleccion para desenvolver sus pretensiones celestes, dejando para mí el honor de ser la persona á quien dirigia casi toda su terrestre sublimidad. La diferencia consistia en que, cuando hablaba con ella, hablaba como con un ente que sino su igual, era á lo menos digno de alta distincion, y se sonreia con ella como el arcángel Miguel se hubiera sonreido con Eva en el paraiso: á mí me hablaba como san Pablo á los endurecidos Judíos; es verdad que no sacudia sus vestiduras para purificarse de todo contacto conmigo, mas se servia de su pañuelo con ese intento, y si no terminaba cada frase diciendo: «Yo estoi limpio;» sus labios, su tono, sus miradas y gestos, todo suplía la falta de la palabra.

El pobre lord Byron, como suponerse puede, era el blanco de todos los tiros de su pequeñito pero emponzoñado carcax. Como nunca habia oido hablar á otro hombre *serio*, escuché á este con toda atencion. Se veia claramente que los

bellos trozos que conserva grabados en la memoria todo verdadero amante de la poesia, se le habian pasado por alto á nuestro don Severo, é igualmente que sabia los que hubiera él deseado que nunca hubiese escrito el gran maestro. Yo se lo dije asi; pero me será difícil olvidar la mirada que me lanzó.

Alcanzaba un conocimiento mui escaso de los demas autores y los criticaba de una manera divertidísima. De Pope dijo: — «Ya está olvidado; en *nuestro* pais hablar de él es bambolla.»

Con todo yo insistí citándole «el Robo del Rizo» como prueba de algun talentillo, y como un poema escrito con un estilo que le servirá de pase en cualquier salon de buen gusto. Al mencionarle esta obra, el caballero *serio* manifestó la misma agitacion que cuando habló de Don Juan, y yo no supe (sin la mas leve afectacion) lo que significaban sus contorsiones hasta que dijo murmurando y sacudiendo el pañuelo: — «Basta el título!...»

El nombre de Dryden lo movió á risa, y su sonrisa decia, cuanto puede decirlo una sonrisa: — «¡Cómo disparata la vieja!»

«Nosotros no conocemos á Dryden sino por citas, y esas á la verdad solo se hallan en libros que hace mucho tiempo hemos olvidado.»

— «Y Shakspeare, señor?»

— Shakspeare, madama, es obsceno, y á Dios gracias NOSOTROS estamos harto adelantados para no conocerlo. Si hemos de sufrir la desgracia infame de tener un teatro, que á lo menos se representen en él piezas marcadas con el sello de los progresos del siglo en que vivimos.»

Eso era ir verdaderamente de pareja con el espíritu de la época; *au courant du jour*, como dirian los Franceses.

De Massenger no sabia una palabra; de Ford nunca habia oido hablar; el tiempo de Gray habia pasado; de Prior nada habia leido, pero lo tenia por un escritor mui pueril; Chaucer y Spencer fueron echados al agua espalda con espalda, diciendo que era afectacion ni mas ni menos ocuparse de autores que habian escrito en una lengua que ya nadie entendia (4).

Tal es la conversacion mas literaria á que me encontré presente en Los-Cincinatos (*).

En efecto hai muchas razones que impiden el que los conocimientos literarios se difundan en la América del Norte. Apenas puede mirarse como excepcion la lectura universal de los papeles públicos: si tal fuera, la América

(* Excepto la conversacion agradable, fácil y llana sobre todas materias de la amable familia de Mr. Flint.

sobrepujaria en letras al resto del mundo; porque en todos los rangos de la sociedad, empezando por el rico negociante que pertenece al mas elevado, y acabando en el hombre que sirve, que es del último, tienen demasiadas ocupaciones á que atender, para dar á la lectura mas de alguno que otro momento que emplean en ojear un diario. Por eso creo que cada periódico americano es á poco mas ó menos un almacen ó repertorio misceláneo donde el mercader puede escandir, mientras toma una factura, las «Estancias de Mistress Hemans,» ó leer un extracto cernido de la Vida de Byron escrita por Moore; donde estudia el abogado su derecho, recogiendo tal vez una sentencia de crítica americana que declara «las novelas de Bulwer decididamente superiores á los romances de sir Gualtero Scott;» y en donde hasta el que puja en los encantos puede adquirir, mientras deja la bocina ó el tonel, frases en que apoyar sus pretensiones de cultura, con pasar la vista por sus columnas y aprender de memoria que «las descripciones de Miss Mitford son indescribibles.» Si vais á comprar una vara de cinta, el tendero tiene que dejar su papel y á veces dos y tres para medirla. Ví en una ocasion á un acarreador de cerveza en caramado en la vara de su carreton con un papel en la mano, que leia, y otro debajo del

brazo á prevención; en otra que entré en la barraca de un zapatero del campo llamado Harris, ví un diario casi lleno de poesía *original* dedicada á Madison F. Harris. Para asegurarme de mis sospechas, le pregunté si su nombre era Madison. — « Sí, señora, Madison Franklin Harris es mi nombre. » El tirapies y la lira ocupaban el tiempo del poético zapatero, y temo que no fuese con harta igualdad, porque el infeliz estaba tan enjuto de bolsillo como pálido de rostro.

Eso es á mi parecer lo que entienden por la difusión general del saber tan ponderada en los Estados- Unidos; en efecto la tal difusión es generalísima, pero dudo que sea de algun provecho para el pueblo.

Los únicos hombres de lectura que conocí, fueron los que habían abrazado las letras por profesion, y varios de ellos ocuparían un puesto mas elevado en la gran república (no de América sino de las letras), si escribieran para personas menos dadas al estudio de periódicos y diarios; y aun ascenderían á mayor eminencia, si en vez de escribir para la multitud, escribieran para los escogidos. Yo estaba siempre ocupada en trazar el paralelo, acaso pueril, entre la falta externa é interna de pulimento y elegancia que en las obras indígenas

del país puede notar cualquiera. Sus composiciones carecen de aquella solidez de pensamiento, de aquella última mano que debe señalar las producciones de un hombre de principios y de gusto que posee el arte de escribir; ni su papel azulado y sucio, ni sus impresiones borrosas halagan siquiera con el lujo espléndido que cuadra á un volúmen destinado á las manos y ojos de los Epicuros exigentes de la literatura (*). Los primeros libros que compré en América fueron las « Crónicas de Canongate. » Cuando pregunté el precio, me causó una sorpresa agradable el oír que me pedían peso y medio, es decir: la sexta parte de lo que cuestan en Inglaterra las demas obras de Scott; sin embargo al abrir aquellas hojas de papel de estraza, me convencí de que todo lo barato es caro. El gusto que causa una página blanca y bien impresa se pierde de vista con el fuego, la rapidez, el encanto que se apodera de la imaginación cuando se lee un romance como Waverley; así me sucedía á mí hasta que me apercibí de su falta; y entonces, casi me cuesta rubor el confesarlo, muchas veces al

(*) Se debe exceptuar la *American quarterly Review* (Revista Trimestre Americana), que á la vista parece idéntica « á la Revista Trimestre Inglesa: » *English quarterly Review*.

volver las hojas del desagradable volúmen se me acababa el placer, y mi pobre corazón animado de un espíritu terrestre suspiraba por buenas prensas y buenas formas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

Mudanza al campo.—Paseos en la Selva.—Igualdad.



Al cabo logré lo que tanto deseaba, alquilando una bonita casa de campo dejada por un abogado, cuya profesion lo obligaba á residir en lo interior del pueblo. Estaba situada en un lugarejo, como á milla y media de la ciudad, y construida al pie de unos collados que en otro tiempo habian sido linderos de su distrito por la parte del norte. En este alojamiento nos acomodamos mucho mejor que no lo estábamos en la poblacion. El edificio reunia varias conveniencias con habitaciones bien frescas y ventiladas; nos veíamos libres de los odiosos mosquitos, y disfrutábamos de las ventajas de un pozo de nieve que nunca se acababa. Nos divertíamos además en coger nosotras mismas los tomates de nuestro jardín, y teníamos el placer de tomar leche de nuestra vaca. Yo por mi parte vivia mucho más con-

volver las hojas del desagradable volúmen se me acababa el placer, y mi pobre corazón animado de un espíritu terrestre suspiraba por buenas prensas y buenas formas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

Mudanza al campo.—Paseos en la Selva.—Igualdad.



Al cabo logré lo que tanto deseaba, alquilando una bonita casa de campo dejada por un abogado, cuya profesion lo obligaba á residir en lo interior del pueblo. Estaba situada en un lugarejo, como á milla y media de la ciudad, y construida al pie de unos collados que en otro tiempo habian sido linderos de su distrito por la parte del norte. En este alojamiento nos acomodamos mucho mejor que no lo estábamos en la poblacion. El edificio reunia varias conveniencias con habitaciones bien frescas y ventiladas; nos veíamos libres de los odiosos mosquitos, y disfrutábamos de las ventajas de un pozo de nieve que nunca se acababa. Nos divertíamos además en coger nosotras mismas los tomates de nuestro jardín, y teníamos el placer de tomar leche de nuestra vaca. Yo por mi parte vivia mucho más con-

tenta con todos los privilegios de la vida rural, que ejerciamos sin restriccion, y que son tan incompatibles con los melindres y privaciones de los habitantes de un pueblecillo del oeste de América, como con los requisitos de la sociedad de Londres. Entre nosotros y nuestra vaca reinaba una intimidad patriarcal, y cuando nos recostabamos sobre la yerba de la pradera, no dejaba de dar un resoplido al libro, y en cambio respirabamos su agradable aliento. Tan cerca estaba de nuestra casa la selva que soliamos hacer de su delicioso recinto un estrado exterior, y no debia sorprender el encontrarnos camino de ella sin otro preparativo que nuestros quitasoles y llevando libros y trabajo, para entretenernos y pasar á la sombra los días larguísimos del verano. El prado que separaba los árboles de la habitacion, estaba cubierto de una grama menuda, alfombra hermosa que se extendia hasta la entrada del bosque, y sobre la cual varios leños y troncos servian de mesas y sofaes. Con todo no bastaba eso para saciar nuestro deseo de campo, y determinamos consagrar un dia entero para gozar de los placeres del sitio mas salvaje que descubrieramos en los bosques. Nos proveimos pues de libros, de papel, de lápices y de *sandwiches* (5), y á pesar de un sol abrasador, trepamos por una cuesta tan pendiente que hubie-

ramos podido reposar acostados con solo inclinarnos un poco. Llegamos á la cumbre, jadeando y casi ahogados, pero con la esperanza de que nos refrescaria y daria aliento el aura pura de una atmósfera libre. ¡ Vana ilusion! Para eso nos era necesario encaramarnos mas arriba, tal vez á la cima de los árboles, porque el aire no se movia bajo sus ramas ni se habia movido jamas, segun oprimia nuestros pulmones.

En efecto, hecho el ánimo de solazarnos en una region donde se disfrutara de aire menos estancado, continuamos todavía nuestra escalada, hundiéndonos hasta las rodillas en un pantano eterno de hojas. Cansados ya de buscarla en balde, resolvimos sentarnos un rato en el primer tronco de árbol que se ofreció á nuestra vista, y como todos estabamos considerablemente molidos, concebimos á una la misma idea y la ejecutamos con igual simultaneidad; pero el leño traidor se transformó en un montón de broza y podredumbre, y todos nos sumimos tambien simultáneamente en el profundo tremedal que un siglo antes habian formado los despojos del bosque primitivo.

Ni fuimos nosotros los únicos pacientes en ese chasco; con nuestra caída turbamos la paz de las ranas, lagartos, cienpies, escarabajos, sapos y langostas, que saltaron de su nunca

profanado retiro, y nos manifestaron su enojo mui naturalmente, fastidiándonos cuanto les fué posible, mordiéndonos, picándonos, arañándonos; y cuando por último logramos salir de aquellas venerables ruinas, presentabamos un cuadro tan trágico como puede cualquiera imaginárselo. Sacudimos nuestros vestidos (que no exhalaban aromas) y asados de calor, acribillados á picotazos, y vejados con tanto contratiempo, nos separamos algunos pasos de la escena de nuestro infortunio y nos sentamos otra vez, pero en el suelo, y tanteando la solidez del terreno.

Apenas habíamos empezado á tragar la hiel del capricho que nos habia arrastrado á aquellas soledades montaraces, cuando cayó sobre nosotros una nueva plaga. Juntóse al instante una nube de mosquitos, y mientras nos chupaban la sangre con sus agudas trompas, formaban un coro de zumbidos que nos aturdia, hasta que perdimos la paciencia y nos retiramos, con el firme propósito de no volver jamás á tentar las delicias de otro *al fresco* en los bosques de América. El sol estaba entonces en toda su fuerza meridiana, pero nuestro camino era corto y cuesta abajo; así volvimos á alzar nuestros preparativos de felicidad y tomamos la direccion de nuestra casa; ó mas bien empezamos á marchar sin direccion,

porque buscando un parage agradable, nos habíamos internado tanto en aquellas cavernas de troncos y ramas que habíamos perdido todo rumbo, y no atinabamos con el sitio por donde habíamos entrado. No se veía mas que multitud de matas altas, endebles y melancólicas semejantes á las de los pésoles y separadas unas de otras á distancia de un pie. El suelo, en cuanto alcanzaba la vista (que á la verdad no era mucho) estaba cubierto de una capa de hojas secas, donde no se columbraba huella, senda ni rastro, como diria Mr. Cooper, que nos indicara nuestro camino. Al cabo, despues de habernos detenido un rato á meditar, vimos que era menester entregarse al acaso, y de ese modo tan poco halagüeño emprendimos nuestra romeria para tropezar con nuevas desventuras. Habíamos andado como un cuarto de milla, cuando, descubriendo una cuesta mui pendiente, nos creimos ya fuera de peligro, y empezamos á bajar casi arrastrando, sin dudar que fuese la misma que antes habíamos subido. Ciertamente no podia haber cosa mas parecida; mas ¡ay que parecerse no es ser! y al llegar á la linde del bosque á fuerza de resbalones y culadas, no vimos casa ni choza, ni sombra hermosa de acacias, ni vestigio de las cercanías de nuestra habitacion, porque para mayor desgracia nos encontrabamos en el punto

opuesto, y teníamos que ganar una distancia de tres millas penosísimas por la falda de la colina. Creo que ninguno de nosotros olvidará jamás tan terrible paseo; al acordarme yo de él, me parece que siento el calor de aquella atmósfera brillante y abrasadora que aun me quema. Era doloroso andar, era doloroso respirar, era doloroso mirar; porque todo despedía llamas de fuego, reflejando los rayos que el sol lanzaba sobre la tierra.

Por fin llegamos á nuestra casa, lo que no dejó de sorprendernos agradablemente, y cuando nuestras lenguas secas y arrugadas recobraron su fuerza, las primeras palabras que pronunciamos fueron para prometernos mutuamente que nunca nos propondríamos más giras de campo en los bosques del Ohio.

Por este tiempo esperábamos de un día á otro la llegada de Mr. Trollope, pero pasaron tantas semanas que empezamos á temer que alguna ocurrencia imprevista no lo hubiera obligado á diferir su viaje para la primavera. Felizmente, cuando habíamos cesado casi de mirar hácia el camino de la ciudad, lo vimos venir una noche bastante tarde por el que cruza el campo desde Pitsburgo. El placer que tuvimos fué doble, pues lo acompañaba nuestro hijo mayor, á quien no esperábamos tener el gusto de abrazar. Los paseos y cavalgatas nos ofre-

cieron un interés más grande. Nuestros dos jóvenes acabados de salir del colegio se encontraron en la América con un país enteramente diverso de las demás naciones que sus libros les habían hecho conocer; para ellos era en realidad un mundo nuevo. Si hubieran visitado la Grecia ó Roma, habrían reconocido los objetos de que ya tenían ideas completas en su mente; si hubieran viajado por la Italia, también habrían visto lo que les era familiar por la conversación ordinaria; mas la América, excepto acaso en la parte geográfica, no se conoce mucho mejor en las escuelas públicas de Inglaterra (*) que la Tierra-Formosa; ni se ha estudiado con más profundidad el carácter americano que el de los antropófagos: todo pues era nuevo para ellos y todo debía divertirlos.

Al principio nos chocaba la familiaridad extraordinaria de nuestros pobres vecinos, y apenas sabíamos como tomar su franqueza grotesca, ni como debíamos corresponder á ella; por lo mismo solía haber entre nosotros escenas sumamente cómicas. En una ocasión dos de mis hijos fueron á pasearse á las colinas, y como se detuvieron más de lo que esperábamos, resolvimos el irlos á buscar. Aunque sabíamos la dirección que habían llevado, pensamos que nunca podía ser inútil preguntar en la cerve-

(*) Y menos conocida es en las demás de Europa.

cería, que estaba al pie de la cuesta, si los habían visto pasar. Una muger que mas parecia verdulera de Covent-Garden (*) que otra cosa, salió y me respondió con la cara de pascua mas alegre del mundo que sí, preparándose á venir con nosotros en su busca. Su modo de mirar, su voz, sus gestos eran tan rudos y vehementes que asustaba el verla; pero ella cogiéndome el brazo, y enganchándome en el suyo con toda libertad, para completa diversion de mi familia, empezó á tirar de mí, hablándome y preguntándome sin cesar. Vivía á poca distancia de nosotros y sin duda seria excelente vecina; mas el temor de su violenta intimidación me habia alejado siempre del umbral de su puerta. Para hablar á mis hijas y aun á mis hijos, se servia siempre de sus nombres cristianos, excepto cuando substituía á estos la palabra *panal mio*, familiaridad universal en todos los rangos de la sociedad del Norte de América (6).

A mí me llamaban en general nuestros vecinos « la vieja inglesa, » aunque, cuando hablaban unos de otros, siempre empleaban el término de señora (*lady*); y tal era el placer con que se servian de esa palabra que muchas veces en lugar de decir simplemente *mistress Fulana*, hablando de una vecina, la nombra-

(*) Una de las plazas de mercado de Londres.

ban con una descripción completa, por ejemplo: « la señora (*lady*) del otro lado, que lava ropa, ó la dama (*lady*) de allá, que está haciendo velas. » A Mr. Trollope lo llamaban constantemente « el viejo, » mientras no hai acarreador de cerveza, mozo de carnicero ó peon de albañil que no reciba el título de « gentleman, » esto es: « gentilhomme, caballero, y segun la correspondencia castellana, hidalgo » En efecto vimos en cierta ocasion á una de las personas de mejor apariencia de Cincinnati que al *introducir* á un tiote en mangas de camisa y sucio como un carbonero, dijo al amigo á quien lo (7) presentaba: « D***, permitidme que os haga conocer á este caballero. »

Nuestros títulos respectivos sin embargo no hacian gran mella en nuestra vanidad; lo que sí nos incomodaba era el eterno dar la mano de aquellas buenas gentes, tanto damas como caballeros, y con especialidad el contacto de estos que siempre nos dejaba oliendo á huiqui y á tabaco.

Pero el punto en que mayor estrago causa la tal igualdad republicana es el de las continuas y perdurables visitas que produce. Nadie piensa en cerrar la puerta de su casa en la América occidental; el vecindario entero lo miraria como una afrenta: asi estaba expuesta á

perpetuas y fastidiosas irrupciones de la parte de gente que muchas veces no conocia y cuyo nombre ignoraba mas á menudo.

Los naturales del país acostumbrados á sus estilos pasan por cima de esas molestias con una maña que no pude yo adquirir jamas. Solia ver á mis conocidas asaltadas de la misma manera sin que eso las desconcertase, porque continuaban en sus ocupaciones ó conferencias conmigo como si nadie hubiera entrado: al presentarse la visita preguntaba: «¿Cómo estais?» con su apretón de mano.

— *Tolerable*; os agradezco la atención: y por acá ¿cómo va? era la réplica.

Si era muger, se quitaba el sombrero; si hombre, se quedaba con él encasquetado. Tomaban posesion de la primera silla que tenían mas cerca y permanecian una hora sentados sin hablar una palabra: por último levantándose de repente, volvian á darse las manos y decian: — «Vaya, me parece que ya es tiempo de retirarnos.» De ese modo se iban, al parecer muy satisfechos de su recepción.

Esa calma fué siempre superior á mis fuerzas: ni podia leer ni escribir y se me figuraba que era menester que les hablara. Voi á transcribir la minuta de la conversacion que tuve la curiosidad de apuntar despues de quedar libre de una de mis visitas, y servirá de mues-

tra de la manera de hablar, y aun de pensar de aquellas gentes. Mi interlocutor era un lechero.

— «Vaya ¿con que sois de la tierra vieja? Pues aquí vereis vistas, me parece.

— Muchas espero ver.

— Es un hecho. *Yo espero* que vuestro asomo de isla no cria los tremendos y hermosos granos que veis por acá.

— En Inglaterra no hai maiz.

— ¡Posible! no es extraño entonces que acá leamos en los papeles tantas tragedias de vuestra pobre gente que se muere de hambre.

— Sin embargo tenemos trigo.

— Sí, para los gordos, pero yo *calculo* que el pobre rara vez se llena la barriga.

— Ciertamente aquí hai mas abundancia.

— Asi lo *espero*. Pues dicen que si un pobre diablo tiene la fortuna de arañar unos cuantos pesos, vuestro rei Jorge se echa sobre el gato al instante y carga con todo. ¿No lo hace?

— No me acuerdo de haber oido semejante cosa.

— Ya veo que eso lo callan. Vuestros papeles no son como los de acá, apuesto. Ahora aquí se dice y se imprime todo lo que se nos antoja.

— En efecto aquí se emplea mucho tiempo en leer los diarios.

— Y quisiera yo que me dijerais en qué lo podríamos emplear mejor. ¿En qué deben emplear su tiempo los hombres libres sino en mirar al gobierno, y tener cuenta que hagan su deber los á quien damos cargos, y que no la echen de mas que los otros?

— Con todo á mí se me ocurre algunas veces que vuestras cercas podrian estar en mejor estado y mas en orden vuestros caminos, si os ocupais menos tiempo de política.

— ¡ O señor ! miren que poco sabeis de un pueblo libre. Pues ¿ qué es la igualdad de un camino puesta en comparacion con los derechos de un Americano libre? Y ¿ qué vale un vallado roto *comparable con saber* que los hombres que hemos tenido á bien enviar al congreso hablan bien y al caso, como queremos que hablen ; pues para eso los elegimos?

— Con que ¿ vais por un principio de deber á la taberna para leer los papeles?

— Ya se ve que sí, y no seria verdadero Americano el que no lo hiciera. No digo yo que un padre de familias esté siempre bebiendo, sí digo que prefiero ver á mi hijo borracho tres veces á la semana á verlo que no se ocupe de los negocios de su pais. »

Nuestros paseos de otoño fueron deliciosos. El sol no abrasaba ya, la ausencia de las flores parecia falta de la estacion, no del terreno, y los árboles se cubrian de colores cuya riqueza, lustre y variedad no caben en descripcion alguna. El primero que á mi entender engalana los bosques con su encarnado, espléndido es el erablo; siguen las hayas con el armonioso juego de sus tintas de oro, que empezando en un pajizo desmayado suben al naranjado mas brillante : toman las zarzas la sombra violada del moral, el avellano suaviza las vislumbres duras del paisaje con sus frecuentes visos de un pardo delicado, y la robusta encina conserva su verde obscura cabellera hasta en medio del invierno. Semejantes matices son demasiado vivos para que pueda retratarlos el pincel, que en vano intentara seguir la naturaleza para trasladar al lienzo una de sus escenas de otoño en América. Los colores son en efecto brillantes con extremo, pero la luz con que se contemplan aumenta su hermosura de un modo sorprendente. De todas las ventajas que la América lleva á Inglaterra, la que me parece mas sensible es la claridad y brillo de la atmósfera. Aquella pureza exquisita de ambiente realza diez veces mas el aspecto hermoso que da dia y noche á los objetos. Apenas podia yo creer que las estrellas fuesen las

mismas : la Osa mayor parecia una constelacion de soles, y Júpiter abonaba cuanto se dice de él en los versos que empiezan :

« Te he contemplado, Jove, embebecido,
Hasta que ya mis ojos deslumbrados,
Ciegos y no cansados,
En tu grandeza misma te han perdido. »

Cuanto á la luna noté siempre que la primera línea plateada de la creciente llamaba tanto la atencion en América el dia primero como en Inglaterra el tercero. Tambien observé en el mismo cuarto en aquella region, otro fenómeno cuya causa comprendí menos. El complemento del disco opaco que Shakspeare describe como « la nueva luna con la luna vieja en su falda, » y que he oido explicar ingeniosamente como el efecto de la *luz reflejada de la tierra*, se ve allí menos que en Europa.

Los paisajes mas claros de Cuyp representan una atmósfera que se aproxima á la de América mucho mas que las de quantas pinturas me acuerdo haber visto; sin embargo ni aun el *aire* de Cuyp llega á los pulmones, y por consiguiente solo puede dar indicios de la mitad de sus encantos : el aire de aquel clima se deja sentir y ver, y es en realidad un manantial perenne de fruicion.

Pero interrumpieron nuestras excursiones mis antiguos enemigos de Cincinatos, los cerdos; á cada instante llegaban inmensas piaras que venian del campo por el camino de nuestros paseos de predileccion y que pacian y se instalaban en los valles mas agradables; ó bien, lo que era peor, sus amos hacian las matanzas junto á los arroyos mas cristalinos. Otro mal de la misma especie pero de mayor gravedad nos amenazaba. Nuestra pequeña quinta poseia un terrero (lujo casi universal de las casas de campo de América) que protegido contra el sol por un grupo de acacias formaba un estrado delicioso; desde allí notamos un dia que se ocupaban en levantar un edificio en el campo inmediato : corrimos al momento, llenos de inquietud, para informarnos de la clase de vecindad que ibamos á tener.

— Un matadero de puercos, fué la terrible contestacion.

Como habia en las inmediaciones varias casas de familias decentes, pregunté si no impedirian aquel establecimiento por inmundo é insalubre.

— « Porqué? »

— Por inmundo, repetí, explicando lo que queria decir.

— No, no, me replicaron; eso se queda allá para vuestro pais de tiranía, donde se

piensa mas en las narices del rico que en la boca del pobre. Los cerdos son aquí un artículo ventajoso, y *nosotros* demasiado libres para esas leyes, me parece. »

Durante mi residencia en América esa y otras pequeñas circunstancias semejantes me solian traer á la memoria la conversacion que tuve en Francia con un caballero anciano acerca de su policia activa, y la *omnipresencia* de su gendarmería : « Croyez-moi, Madame, il n'y a que ceux à qui ils ont à faire, qui les trouvent de trop (*), » me dijo. Y el buen señor tenia razon, no solo hablando de Francia sino de toda la familia humana, como nos llaman los filósofos. Los que obran bien, los que tienen sentimientos de justicia para no molestar á su prójimo, no se quejan nunca de las restricciones de las leyes. Toda la libertad americana no excede á la libertad de que se goza en Inglaterra, sino por el abuso que hacen de ella los hombres audaces á expensas de los habitantes pacíficos; y si yo fuera un caballero de robusto brazo de los de la espada ó la pluma, echaria sin temor mi guante, y retaria á la república entera á que probase lo contrario; pero siendo, como soi, una endeble espectadora

(*). Creedme, señora, solamente encuentran de mas á los gendarmas los que tienen cuentas con ellos.

con una aguja por lanza y por divisa « YO HABLO, » tengo que contentarme con afirmar el hecho, certisima de que desde un extremo á otro de los Estados-Unidos del Norte de América todos levantarán el grito para contradecirme.



CAPITULO XI.

Religion.

Muchas veces habia yo oido decir antes de visitar la América, que uno de los mayores bienes de su constitucion era la ausencia de una religion nacional, estando el pais de esa manera libre de cargas para mantener el clero, y dejando á cada comunión el cuidado de asegurar la subsistencia de sus ministros. La experiencia me ha demostrado allí mismo que las creencias religiosas pueden egercer toda su tiranía sin apoyo del gobierno, y eso de un modo mas opresivo que exigiendo contribuciones, y sin lograr el deseo saludable que en mi opinion nadie negará que resulta de la nacionalidad de un culto.

Como era imposible permanecer algunas semanas en el pais sin que chocaran las raras anomalías producidas por su sistema religioso, mis primeras apuntaciones contienen muchas observaciones sobre este asunto; pero ocur-

riéndose casi las mismas escenas en todos los estados, porque las mismas causas producen donde quiera los mismos efectos, las presentaré aquí no como pertenecientes al oeste solo, sino á la federacion entera.

El total de la poblacion se divide en una variedad casi infinita de bandos religiosos, y me dijeron que para ser bien recibida una persona en la sociedad, es menester que se declare de alguno de ellos. Por mas acendrada que sea vuestra fe, y por mas pública que sea la profesion que hagais de vuestra creencia, dicen que *no sois cristianos* á menos que no os afiliéis en una congregación particular. Ademas de las apartadas y bien conocidas distinciones de episcopales, católicos romanos, presbiterianos, calvinistas, baptistas, cuáqueros ó euacáros, swendenvorgianos, universalistas, dunquerianos, etc. etc. etc., hai otras innumerables que nacen de estas, formándose cada iglesia su gobierno propio, del cual es siempre cabeza el individuo mas entremetido y revoltoso, y adoptando, al parecer para motivar su escision, alguna mudanza extravagante en la nueva liturgia, que produce el tristísimo efecto de exponer al desprecio *todas* las ceremonias religiosas.

Al ver tan ridículos extravíos, es imposible dejar de reconocer las ventajas de una iglesia

establecida, especie de cuartel general para los cristianos pacíficos y sin presuncion, que se contentan con llenar sus deberes, y no pretenden alzar bandera á parte ni tener divisa de su propio caletre.

Los católicos romanos son los solos que aparecen exéntos de la manía de division y subdivision que se ha apoderado de las otras creencias. Presumo que siendo el papa su cabeza comun, ordena sus movimientos é impide que el capricho de los individuos remonte el vuelo pernicioso que cualquiera otra secta permite.

Yo tuve la satisfaccion de ser presentada al obispo católico de Cincinnati, y á la verdad nunca he visto en pais alguno sacerdote de carácter y aspecto mas evangélicos. Aunque era americano, no se lo hubiera conocido por su pronunciacion ó sus modales; bien que habia recibido su educacion parte en Inglaterra y parte en Francia. Sus maneras anunciaban un hombre finísimo, su piedad era activa y sincera, y en todo él se veía un ministro de Dios infinitamente mas blando y tolerante que los sectarios facciosos que forman la gran mayoría del clero americano.

Yo no creo pecar por falta de tolerancia, pero eso no me impide el ver que todos los cultos, cuando el gobierno de sus iglesias está

confiado á la experiencia y sabiduría de las personas que mas venera el pueblo, consiguen su fin algo mejor que cuando se pone en manos del primer sastre ó calderero á quien se le antoja reclamar su parte de direccion. Ni es ese el solo daño que resulta de la falta de una religion nacional sostenida por el estado. Como el clero carece de subsistencia legal y fija, no debe causar sorpresa el que los miembros de él limiten su asistencia al círculo de los que les pagan. Las expresiones vehementes de desvarío y celo hipócrita que se oyen durante « la Resurreccion » no pueden compensar la privacion de auxilios religiosos que sufren las pequeñas poblaciones, asi como los eternos panegíricos del admirable y sin igual gobierno de la federacion no compensan el menosprecio continuo de todo órden social. La Iglesia y el Estado van de la mano, por mas que se pondere su independendencia mutua. Apenas se encuentra á un hombre el cual no diga que se ocupa de trabajos provechosísimos á la patria, como las mugeres dicen que ademas de sus quehaceres interiores tienen diariamente el cuidado de todos los templos. Mas á pesar de ese celo por el gobierno sus leyes duermen demasiado, y el ateismo vela y prospera á despecho de las viejas y sus devotos conciliábulos.

En las ciudades menores y grandes villas

esas juntas místicas suplen la falta de otras diversiones; en las rancherías donde la corteidad de vecindario y el desparramamiento de las casas no permiten semejantes zambras ni mantener á un ministro, sin él se casan, bautizan y entierran. El extranjero que se establezca en una ciudad de la América del Norte, creará que no hai en el mundo gente mas religiosa que sus habitantes: si su suerte lo llevare á las rancherías del oeste, rara vez encontrará iglesias ni capillas, ministro ni predicador, excepto ciertamente en aquellas tan horrendas saturnales de una *congregacion campal* (a camp-meeting). Me sorprendió mucho la respuesta de una pobre muger á quien pregunté, viéndola planchar un domingo: «¿No haceis diferencia en vuestras ocupaciones los dias de fiesta?» — «Yo no soy cristiana, señora; nos falta *oportunidad*,» me respondió. Y yo pensé que en un pais donde «todos los hombres son iguales» no cometeria un crimen mui grande el gobierno en procurar esa *oportunidad* de cumplir con sus deberes religiosos, á los que quisieren aprovecharse de ella. Pero si el gobierno federal se atreviese á proponer la construccion de una iglesia con la dotacion necesaria en cualquiera pueblecillo que nunca hubiese oido hablar de «introducir en su jurisdiccion campanas y entierros,» es cierto, cer-

tísimo, que no solamente el estado soberano donde se hubiera hecho tan abominable propuesta elevaria queja al congreso sobre la odiosa intervencion del poder, sino que los demas estados levantarían el grito para apoyarla, y la administracion oficiosa correria mucho peligro de ser encausada y degradada.

Donde hai una iglesia constituida de manera que merezca el respeto de los hombres, me parece que siempre lo conseguirá aun de la parte de aquellos que no admitan los dogmas de su fé; y donde existe ese respeto nunca deja de producir cierto decoro en los estilos y lenguaje, que suele echarse de menos donde falta. Ya que otra cosa no se logre, se obtiene la de alejar del trato comun de la sociedad las invectivas de los *sectaristas* y el escarnio de los incrédulos: defectos que igualmente ofenden la moral y que importa mucho reprimir.

Es posible sin duda que algunas de las variaciones fantásticas, con que los religionarios del Nuevo-Mundo se han divertido en desfigurar los credos antiguos del cristianismo, trastornen en Europa como en América las cabezas enfermas; pero, ántes de alterar la solemne armonía que reina aquí (*), han de vencer no solo el sentido comun sino, lo que es mas di-

(*) Mistress Trollope escribia en 1832 y entendia su pais.

ficil, las costumbres. Que no cuenten con otros prosélitos que los que halla cualquiera novedad entre los ignorantes y en las condiciones bajas de la sociedad: la aristocracia, como cuerpo, no saldrá jamás del gremio de la iglesia establecida, y pocos serán los que perteneciendo á las clases influentes quieran de buena gana confesar que no pertenecen á la aristocracia. Ahora bien, solamente por ignorancia ó hipocresía se negará que esos sentimientos deciden las creencias del hombre, y que la sabiduría de una nacion consiste en dirigirlos bien y valerse de su saludable influjo sobre las opiniones y costumbres del pueblo (8).

Sirvan de pauta, para conocer el tono con que introducen la religion en el trato comun de la sociedad, los apuntes tomados en Los-Cincinnati de un diálogo á que me hallé presente, y que escribí inmediatamente despues de acabada la conversacion.

EL DOCTOR A.

« Desearia, Mistress M., que me explicaseis lo que es una resurreccion. Oigo hablar de eso en toda la ciudad, y sé que indica algo de Jesucristo y de la religion; pero nada sé mas. ¿Quereis enterarme mas á fondo? »

MISTRESS M.

« Yo creo, señor doctor, que quereis diver-

tiros á costa mia. No importa. Yo estoi firme en mis principios y no temo la burla de nadie. »

EL DOCTOR A.

« Bien; pero ¿qué es una resurreccion? »

MISTRESS M.

« Es difícil, mui difícil, hacer ver á los que no tienen luz: hacer entender á aquellos cuyas almas estan en tinieblas. Una resurreccion quiere decir precisamente un elegante encendido del espíritu, traído al pueblo del señor por las manos de sus santos, y quiere decir salvacion en lo mas alto. »

EL DOCTOR A.

« Però ¿qué entienden esas gentes que hablan de sentir la resurreccion? y ¿aguardar en espíritu la resurreccion? y ¿del éxtasi de la resurreccion? »

MISTRESS M.

« Vaya, doctor, temo que os hayais extrañado mucho para entender todo eso. Es una gloriosa seguridad, una secreta comunicacion de la alianza eterna: es el balido del cordero: es la llegada del pastor: es la esencia del ca-

riño : es la plenitud de la gloria : es vivir en
 Jesus : es Jesus viviendo en nosotros : es el
 nido del Espíritu-Santo en nuestro seno : es
 el llamamiento á las alturas : es comer, beber
 y dormir en el Señor : es hacerse un león en la
 fé : es ser humilde y blando, y besar la mano
 que azota : es ser fuerte, ser poderoso, supe-
 rior al escarnio : es....

EL DOCTOR A.

« Gracias, gracias, mistress M., estoi en-
 teramente satisfecho, y me parece que en-
 tiendo ya lo que es una resurreccion como
 vos misma. »

MISTRESS A.

« ¡Ay amiga mia! ¿Dónde habeis aprendido
 toda esa carretilla, Mistress M.? »

MISTRESS M.

« ¡Qué á obscuras estais! En el libro sa-
 grado, en la Palabra del Señor, del Espíritu-
 Santo, del mismo Jesucristo. »

MISTRESS A.

« Me parece tan raro oiros hablar de « la

Palabra del Señor.....» Ya se ve, á mí me han
 criado haciéndome mirar la biblia como un
 diario viejo. »

MISTRESS O.

« Vaya, decís eso solo por oír lo que Mis-
 tress M. responderá. No, no ; eso no es de
 veras. »

MISTRESS A.

« Y tan de veras. ¿Porqué no? »

EL DOCTOR.

« Yo confieso que no quiero absolutamente
 que mi muger lea lo que podria encontrar allí.
 ¿Qué dice el coronel, Mistress M.? »

MISTRESS M.

« Yo no me cuido de preguntárselo. Todos
 los dias le repito que creo en Dios Padre, Hijo
 y Espíritu-Santo, y que él tambien debe creer :
 así tranquilizo mi conciencia y crea lo que
 guste. En realidad yo no sé que haya marido
 que se mezcle en tales materias. »

EL DOCTOR A.

« Teneis razon. Yo por mi parte doi licencia

á mi muger para que crea lo que se le antoje; pero ella es de tan buena índole que no abusa de la libertad, pues en nada cree.»

No una vez, ni dos, ni tres, sino muchas y muchas veces, durante mi residencia en América, oí discutir con la misma ligereza acerca de asuntos que yo consideraba por hábito y por principio como mas propios para la meditación del gabinete que para pasatiempo de sobremesa. Yo misma sé apenas lo que me causaba mayor sorpresa, si el escuchar una profesion de ateismo hecha con cierto aire presumido y botarate entre un bolló y una taza de té, ó el oír una rapsodia sobre elecciones y la segunda cámara.

No obstante al lado de licencia tan absoluta reina la persecucion con una furia desconocida desde el tiempo de Cromwell ó de Felipe segundo. La siguiente anecdota me la refirió un caballero que conocia perfectamente todos los pormenores. Un sastre habia vendido un vestido : el comprador era un marinero que pocos momentos despues se daba á la vela; pero era domingo por la mañana, y la corporacion de Nueva-Yorc acusó al pobre sastre, que convencido del delito fué condenado á pagar una multa mui superior á sus medios. Mr. F., abogado de Nueva-Yorc, lo defendió con suma elocuencia, mas en vano; si bien no fué inútil

del todo su defensa, pues sublevó contra él una caterva de presbiterianos que bastó para arrebatarle su clientela. Ni paró aquí la venganza : su sobrino se disponia entonces para recibirse de abogado, y de resultas del lance ocurrido con su tio, le devolvieron sus certificados, declarando, « que ninguno del nombre y familia de F. seria admitido en la profesion. » He conocido al jóven que fué víctima de semejante anatema : es persona de gran talento, y viéndose tan cruelmente atajado en su carrera, se ha hecho editor de un periódico.

CAPITULO XII.

Labradores comparados con los de Inglaterra. — Casamientos tempranos. — Caridad. — Independencia é igualdad. — Congregaciones devotas en las casas de campo.

Mohauca, ó Mohawk como llaman nuestra pequeña aldea, nos facilitó una excelente ocasion de comparar á los labradores y gentes del campo de los Estados-Unidos con los de Inglaterra, y calcular á punto fijo el grado de felicidad que disfrutan unos y otros en sus respectivos paises. Me parece que el Ohio presenta un cuadro tan completo de su posible bienestar como cualquiera parte de la Union: si allí tienen que luchar con la aspereza y demas inconvenientes de un terreno nuevo, tambien ganan mayores salarios y compran mas baratos los comestibles; y en el caso de equivocarme en suponer aquel distrito el término medio de mi paralelo, nunca se me acusará de haberme servido para muestra del punto mas desventajoso.

Todo jornalero buen trabajador puede estar seguro de encontrar ocupacion y soldada mas crecida que en Inglaterra, siendo en todo el territorio de la federacion el salario de los labradores de diez pesos al mes con casa, comida, ropa limpia y compostura, y de un peso por dia, si viven á parte. Creo que los artículos necesarios para la vida, es decir: la carne, el pan, la manteca, el té y el café, no contando con el huisqui, estan al alcance de toda persona sobria, laboriosa y sana que quiera trabajar; no obstante me se figura que un jornalero inglés con las mismas cualidades perderia mucho, si mudara de pais: porque todas esas baraturas de vituallas y esos aumentos de soldada no hacen mas que engañar al que ve solamente ambas circunstancias y no repara en otras tan verdaderas y no menos importantes, pero que es menester tocar por si para saberlas apreciar. Los Americanos pobres estan acostumbrados á comer carne tres veces al dia: no he visto casa de aldeano en la América occidental que no haya confirmado este hecho. Despues he observado en Marilanda, Pensilvania y otros distritos, donde la carne es mas cara, que la usan con mayor economía, y no obstante gastan á proporcion el doble de lo que gastan en nuestro pais. Los licores fuertes van por desgracia baratísimos, pero

siempre cuestan algo, y su uso, con mas ó menos moderacion segun el carácter de cada individuo, es universal. El tabaco les nace á la puerta y no paga contribucion, pero tambien cuesta, y es para ellos una necesidad como el aire que respiran. No pretendo ahora enumerar los perjuicios de la bebida; todo el mundo sabe que donde reina ese gasto, no solamente pierden los aficionados el dinero que emplean en beber, sino el tiempo que consumen en saborear lo que beben. Las enfermedades por otra parte son mas frecuentes, largas y destructoras en América que en Inglaterra, y los pacientes no tienen mas recurso que sus ahorros ó lo que pueden vender. En una palabra, no hai miseria que exceda á la de una granja de América donde entra una enfermedad.

Y si la condicion del labrador americano está lejos de llevar ventajas al jornalero inglés, la de su muger y sus hijas es sin comparacion mucho peor. Ellas son las verdaderas esclavas de la tierra. Basta mirar á la muger de un hortelano y preguntarle su edad para convenirse de los sufrimientos, privaciones y fatigas de su existencia. Es rara la muger que cumple treinta años sin haber perdido toda apariencia de juventud y hermosura. Varias de ellas se ven continuamente, que no se creen

madres sino abuelas de las criaturas que tienen en la falda, hasta que se observa alguna prueba inequívoca de lo contrario. Las mismas jóvenes aunque en general bonitas estan amarillas, flacas y enteleridas. No me acuerdo de haber visto en la clase pobre una sola de las caras rollizas, encarnadas y joviales de nuestras aldeanas. El horror con que miran el servicio doméstico, horror que han producido la esclavitud real y la fábula de la igualdad, priva á las muchachas del asilo y consuelos que ofrece á las pobres inglesas de buena familia ese recurso, viniendo de ahí el que las hijas son, con la libertad mas irreverente de modales con sus padres y segun toda la extension del término, verdaderas esclavas en su casa. La triste condicion de las infelices, que ni dias de huelga ni fiestas ni pasatiempos suelen animar de cuando en cuando, solo se trueca en la condicion mas dura y melancólica de madres de familia; y á la verdad se casan tan jóvenes que en ninguna clase de la sociedad se ven solteras en aquel dichoso período de la existencia, que separa la infancia del matrimonio, y en el cual, si bien se emplea, puede adquirirse tan provechosa instruccion y la firmeza de carácter necesaria para soportar con dignidad los deberes mas importantes de

esposas y de madres. Asi abandonan al capricho de una mar borrascosa la frágil y mal lastrada barquilla. ¡Desdichadas! Niñas endeblés, sin vigor en el alma ni en el cuerpo, se arrojan á un estado que deslumbra sus ojos apenas entreabiertos, y en breve pierden la alegría del corazón y su rostro se cubre de la palidez de la muerte, antes que la naturaleza les haya dado la última mano, haciéndolas mugeres.

« Es menester que andemos el camino » es la única respuesta que dan á todos vuestros consejos los jóvenes y las muchachas á quienes se les mete en la cabeza el presentarse ante un magistrado y contraer matrimonio. En efecto *andan el camino*, hasta que caen enfermos, pidiendo una cafetera á este vecino, una tetera al otro; que cuando los excesos, la indolencia ó la pérdida de la salud hunden á nuestros caminantes en la privación absoluta de todo, no les queda ni aun la esperanza para consuelo de sus males.

La falta de leyes de pobres es sin duda un bien para el país, mas no por eso pueden contar los desgraciados con la generosidad de los ricos; que en países constituidos de otro modo suple el vacío que dejan aquellas. Yo supongo que en ninguna nacion cristiana del mundo

se hacen menos limosnas que en el Norte de América : no está en la índole del pueblo dar ni recibir.

Para justificar mi observacion me parece que basta el pomposo elogio que sigue, y que extracto de un papel de Washington del mes de febrero de 1829, época de una miseria y severidad extraordinarias.

« Entre las demostraciones generosas de simpatía por los pobres pacientes de esta ciudad merecen publicarse especialmente dos de las que han llegado á nuestra noticia. La primera es una donacion del presidente de los Estados-Unidos á la comision del barrio en que reside de cincuenta pesos; la segunda una subscripcion de setenta de los oficiales de la secretaría de la guerra en favor de las sociedades de Howard y Dorcas. » Infiérese pues que en un país, en donde se mencionan tales donativos hechos por el gefe supremo del gobierno y por los oficiales de uno de los ministerios de estado, la caridad individual no alivia mui liberalmente las necesidades penosas de la indigencia.

Apenas se habian pasado tres dias de nuestra instalacion en la granja de Mahuca, cuando vinieron á ella dos chiquillos andrajosos y entelcos, en busca de un medicamento para su madre que estaba enferma. Se les dió en

efecto, y al recibirlo tendió su mano el mayor con un puñado de cientos, preguntando lo que debía. La leche que nos sobraba de nuestra vaca era uno de los artículos que nos pedía todo el mundo con mayor empeño, protestando, eso sí, desde el primero hasta el último que la querían pagar; mas pronto descubrieron que «la vieja inglesa» por nada tomaba dinero; y estoi persuadida que no la estimaban mas por su desinterés, y que pensaban que no porque ella fuera loca, habían de ser ellos tontos; así que no cesaron de pedirnos prestado, como dicen en el país, si bien de manera que mostraba su dignidad y libre fuero. Una muger pedía prestada una libra de queso; otra media libra de café; y mas de una vez acompañaba el jarro de la leche un recado para que fuese recién ordeñada y sin quitarle la nata: en una ocasión me desecharon la leche, diciéndome: — «Madre quiere un poco de nata para su café.»

Jamas conseguí que creyeran, en la temporada de cerca de un año que habité aquella casa, que yo no vendía la ropa usada de la familia; y tan porfiados eran en proponerme ajustes, que muchas veces, cuando les habia dado los artículos que deseaban comprar, decían: — «Bien; *espero* que tendré que emplearme en algun trabajo: podeis enviar por

mí, si me necesitais.» Sin embargo, como yo no pensé jamas en ocuparlos y repetían constantemente la misma fórmula, empecé á sospechar que se valían de esa frase, para no usar de la locucion mas anti-americana, á saber: *os doi las gracias.*

Habia un hombre allí á quien veia yo medrar y enriquecerse con interés y satisfacción. A mi llegada á la aldea, él, su muger y cuatro hijos vivían en un cuarto con carne y cebollas en abundancia para almorzar, comer y cenar, pero sin ninguna otra conveniencia. Era bellissimo sujeto, lleno de inteligencia y actividad, á pesar de no saber escribir ni leer: bebia poco; rara vez mascaba tabaco, y por lo mismo estaba mas libre de la execrable peste de escupir, que hace tan difícil de soportar la conversacion de los hombres. Solia trabajar á menudo para nosotros y á veces entraba en la sala, se sentaba en el sofá y nos revelaba todos sus proyectos. Hizo una contrata con el dueño del monte que ya hemos mencionado, por la cual se declaraba poseedor legítimo de la mitad de la leña que abatiere. Su industria infatigable sacó todo el provecho posible de esa condicion, y con los productos compró los materiales para construir una casa cómoda de madera, que él edificó casi enteramente solo. Luego se ajustó para

cortar cercas, y como trabajaba al doble de los demas jornaleros, obtuvo tambien ventajas mui buenas en esta segunda empresa. Convirtió en seguida la mitad de su linda casa admirablemente construida con un ancho pórtico que la mantenía en un estado perpetuo de agradable frescura. Su empresa inmediata fué la construccion de un puente de madera; en fin cuando yo salí de Mohauca, habia arreglado la mitad de su edificio para servir de posada y de almacen de especería, y ciertamente cada sol que se pone lo deja mas rico que lo encontró al salir. Espera hacer á su hijo abogado y me parece que no se morirá antes de verlo en el congreso: entonces el hijo del leñador se sentará junto á cualquiera otro miembro, no por cortesía mas de derecho, sin que la idea de su extraccion le sea desfavorable en la opinion del mas exaltado de sus conciudadanos.

Ese es el rasgo único de la sociedad del Norte de América que á mi ver puede admitirse como indicativo de la igualdad que tanto en ella se decanta. El hijo de cualquiera puede llegar á ser igual al hijo de otro cualquiera, y la persuasion de semejantes ideas es ciertamente una espuela; aunque por otra parte no es menos estímulo para aquella grosera familiaridad que no suaviza ni una sombra de res-

peto, y de que usan los mas groseros y humildes en sus relaciones con los mas cultos y elevados: mal positivo que neutraliza y aun supera las demas ventajas de la igualdad.

Y aun aquí puede notarse que la teórica de la igualdad puede discutirse ligeramente por los Ingleses comiendo en un salon de Londres, despues que el criado, habiendo puesto sobre la mesa una nueva botella de vino helado cierra la puerta respetuosamente y los deja con las paredes y su sabiduría; pero tiene mui mal paladar cuando se presenta bajo la forma de una manaza dura y pringosa ó la proclama, una voz envuelta mas que en ambiente de libertad en una atmósfera de aguardiente y cebolla. Fuerte debe ser y mui fuerte la pasion de la igualdad en un corazon inglés, si sobrevive á una vuelta por los Estados-Unidos de la América del Norte.

Habia una casa en la aldea notable por su aspecto de miseria. Cubríala una capa de pobreza sucia é indecente, que me impidió mucho tiempo el acercarme á su puerta; mas al cabo, habiéndome dicho que allí encontraria gallinas y huevos, siempre que me hicieran falta, me aventuré á llamar. Mi resolucion me abandonó en cuanto me abrieron la puerta; jamas, jamas he visto semejante za-

hurda de inmundicia y laceria : una muger, retrato fiel de la porquería y la enfermedad, tenia sobre la cadera una tarasca con mui poco de criatura, y al mismo tiempo amasaba su harina con el puño derecho solamente. Una muchacha de unos doce años larga y enjuta estaba sentada encima de un barril royendo un tarugo. Asi que oyó la muger cuál era el objeto de mi visita, respondió : — «No, no soi yo; yo no tengo gallinas que vender ni huevos tampoco : mi hijo es el que tiene de todo eso y mucho *yo espero*. Aquí, Nicolasillo, añadió poniéndose á aullar al pie de una escalera de mano, aquí te busca una vieja que quiere gallinas.» Y Nicolasillo apareció como un duende al pie de la escalera. Al instante reconocí en mi nuevo recovero á uno de los arrapiezos de la pandilla que encontraba en mis paseos diarios, jugando al tejuelo en la basura con mas votos que harapos y palabras mas sucias que sus caras. Mi hombre parecia de edad de unos diez años.

— «Teneis gallinas, amiguito?»

— «Sí, y huevos tambien mas que no me comprareis.»

Habiéndome dicho el precio, condicion y demas que le pregunté, me acordé que me pedia lo mismo que solia yo pagar en el mer-

cado por las gallinas ya peladas y dispuestas para sacarlas á la mesa, y le dije que no debía pedir el mismo precio.

— «Oh! cuanto á eso yo *espero* que puedo pedir lo que se pide en la plaza. Yo las *fijo*.

— ¡Las *fijsais!*

— Y ¿porqué no? Pues sí, las *fijo*.

— Me parecia que erais aficionado á los tejos, y no pensabais en otra cosa.»

Su mirada fué penetrante y solo respondió :

— «¿Cuándo quereis las gallinas?»

Nos convinimos, y despues me las trajo muchas veces, siempre mui bien *fijadas*. Nuestras relaciones duraron bastante tiempo. Luego que le pagaba, metia él constantemente la mano en la faltriquera de sus calzones, que, segun presumo, siendo el lugar del tesoro, estaria menos deteriorada que las demas partes visibles de ellos, y sacaba mas *dollars*, *medios-dollars*, *levies* y *fips* que podia contener en su tan puerca como pequenuela palma. Mi curiosidad era tan grande que, á pesar de la repugnancia involuntaria que me inspiraba el jóven israelita, entablaba con él frecuentes conversaciones.

— «Sois mui rico, le dije un dia, viéndole hacer alarde de su cambio, como él llamaba el dinero.» Hizo un gesto que nada tenia de la expresion jovial y franca de un muchacho y

me replicó : — « Mal estaria yo, si esto fuera todo lo que yo puedo enseñar. »

Preguntéle como se manejaba, y él me respondió : que compraba de los carros que pasaban por su puerta, para ir al mercado, los huevos á cientos y las gallinas flacas por docenas; que engordaba estas en polleras que él mismo habia hecho, doblando asi su precio fácilmente; y que los huevos le producian el mismo beneficio, vendiéndolos á la docena.

— ¿ Y dais el dinero á vuestra madre ?

— Yo *espero* que no, fué su respuesta con otra mirada ladina que aumentaba la fea expresion de sus ojos de gato.

— ¿ Qué haceis con él ?

Su mirar decia claramente ; qué os importa ? pero se dignó responderme : — « Lo pongo en salvo. » Saber como adquirió Nicolasillo el primer *dollar* cosa es que ofrece muchos tropiezos. Segun me dijeron, cuando entró en el almacen de la aldea, la persona á quien servia no tenia bastante con dos ojos; mas luego que se ganó su confianza, el tino, la diligencia é industria con que aumentó y multiplicó su fondo hubieran sido prendas amabilísimas en uno de los niños bonitos y aseados de las novelas de Miss Edgeworth, que hubiera llevado á su pobrecita madre todo lo que hubiese podido ganar; en Colasillo todo era detestable.

Su corazon no abrigaba el mas leve sentimiento de humanidad, hasta el de su propia conveniencia le era tan desconocido que no solo se asomaba la miseria por los agujeros de sus asquerosos andrajos sino que se veia en lo flaco, macilento y cadavérico de su cuerpo. Yo estoi convencida que el tal recovero daba á sus gallinas la mitad de su alimento, y no por el amor que les tuviera, mas por no sacar un *flip* de su bolsillo.

No refiero yo la historia de *Nick* el recovero por ser un capítulo de la historia general de las costumbres americanas; la cuento á causa de su propia rareza. La parte única de carácter nacional que en esa anécdota se descubre, es la independencia de nuestro hombrerito, cuyo ejemplo se puede añadir á otros mil de las disposiciones secas, interesadas é inhumanas que produce. Colasillo será probablemente mui rico; acaso llegará un dia á ser presidente de la federacion. En cierta ocasion me reconvinieron con tanta severidad, por haber dicho que no todos los ciudadanos podian, en mi opinion, ser elegidos indistintamente para desempeñar aquel oficio, que nunca me atreveré á volverlo á dudar.

Otro de nuestros conocimientos era el hortelano á quien soliamos tomar la verdura. Un dia recibimos de su muger una invitacion

mui atenta para « ir á pasar con ellos parte de la noche rezando. » Tan nueva era esta invitacion para mí, y tanto se alejaba de los usos y costumbres de nuestro país que no vacilé en aceptarla. He aquí la relacion de aquella visita singular.

Fuimos recibidos mui cortesmente y se nos señaló asiento en uno de los bancos que estaban al rededor de la salita destinada á la reunion. Nos encontramos con varios hombres que parecian trabajadores y con sus mugeres, todos sentados y guardando el mas profundo silencio, con aquel aire de que se reviste la gente grave cuando está en la iglesia. Al cabo de algun tiempo entró una fantasma larga, seca, macilenta y compungida vestida de negro: su trage, la manera de llevar cortado el pelo, toda su apariencia recordaba de un modo eficaz las figuras que se ven en los cuadros de la escuela flamenca y que representan los fanáticos partidarios de Cromwell. Se adelantó con paso magestuoso hasta la mitad de la sala, y tomó una silla que habia allí, mas no con intencion de sentarse. Volvió para sí el respaldo, apoyó sobre ella las manos, y haciendo un terrible esfuerzo de garganta como si hubiera querido desclavarse una espina que lo ahogara, espurreó todo lo que se hallaba cerca de él con una bocanada de tabaco mascado. La tos, los

gargajos y una lluvia de tabaco anunciaron la labra de Dios. El texto del sermón fué:—*Vivid con la esperanza*, y la exposicion duró dos horas, dos mortales horas de tono gangoso y arrastrado, sin mas intervalo que el que su reverendísima necesitaba para expectorar. No faltaré á la verdad, si digo que repitió cien veces las palabras del texto, lo cual da mas de un minuto por cada repeticion: aunque en realidad la pesadísima homilía no se compuso de otra cosa. Los diferentes tonos con que la pronunció, pudieran haber servido de lección de énfasis: hubo gama de preguntas,—entonaciones de triunfo—alaridos de desesperacion—acentos de lástima—gritos de amenaza—voces de autoridad—tonos de duda—articulaciones de esperanza—ecos de fé. Despues de apurar todas las variedades del contrapunto dijo de repente:—«Vamos á orar,» y volviendo la silla que le habia hecho veces de púlpito, se arrodilló. Todos los demas nos arrodillamos tambien como él delante de nuestros bancos y escuchamos otra media hora la gerigonza miserable, familiar, baja que tuvo la presuncion de *improvisar* como plegaria dirigida á su Creador. En esta parte sin embargo el apóstol de las granjas seguia el ejemplo de todos los predicadores de los Estados-Unidos, excepto los católicos y los episcopales, que no se juz-

gan con el privilegio de familiarizarse con la divinidad, diciéndole vaciedades y disparates. Los tales repentistas orarán tal vez con mas fervor; pero lo menos que podemos decir de su celo y vehemencia es: que

« Alaban á su dios con torpe engaño. »

Un amigo enterado de tales materias, preguntándole yo qué provecho sacaba de sus tareas evangélicas el triste predicador de la « Esperanza, » me dijo: que infinito; porque muchas buenas mugeres, de lo que sus buenos maridos les entregaban para guardar, substraian mas que diezmos para recompensar el celo de aquellos apóstoles de su eleccion. Los tales zanganos andan de casa en casa, ó si la distancia es considerable, van á caballo comodisimamente en buenas jacas. No solo tienen la vaciedad del viento sino otras propiedades; porque soplan como él y como él van y vienen no sabiendo alma nacida ni de dónde vienen ni á dónde van. Cuando ven una casa, que promete posada cómoda y trato regalado, entran en ella y dicen á la buena muger: — « Hermana, ¿quereis que oremos juntos? » Si la respuesta es favorable, que rara vez deja de serlo, el reverendo y su caballo se instalan en el nuevo alojamiento hasta el dia siguiente

despues del almuerzo. Los mejores platos, la mejor bebida y el mejor cuarto son para el ministro mientras permanece en la casa, y por lo comun no se despide sin llevar algun dinero, limosna pia de la buena muger para sostener la iglesia mártir y crucificada. ¿ No causa extrañeza él que « el pueblo mas inteligente del mundo » prefiera semejante religion á un culto establecido por la piedad y la sabiduria de los mas hábiles y mejores entre los hijos falibles de los hombres, sancionado por las leyes de la nacion, y consagrado por la veneracion de nuestros padres?

Importaria que todos los que se ocupan en raciocinar acerca del sistema social, meditaran con madurez y sin preocupacion sobre los resultados del experimento que se hace en los paises trasatlánticos. Allí aprenderian, si no me engaño, mejor que por medio de abstracciones metafísicas, cuales son los puntos en que los magistrados de un gran pueblo deben dirigirlo, y cuáles aquellos en que no deben intervenir. Yo creo sinceramente que, si un Brahma de la India ó un adorador del fuego pasase á los Estados-Unidos dispuesto á predicar en ingles, no tardaria mucho en formar « una congregacion mui respetable. » La influencia de la religion sancionada por el gobierno en ningun pais podria esclavizar

en el siglo diez y nueve el pensamiento de los filósofos, mientras puede y debe consolidar las opiniones flacas y volubles de la multitud. La falta de este remo produce efectos verdaderamente lastimosos. Yo conocí dos familias, en la primera de las cuales una de las mugeres era metodista, otra presbiteriana, y otra baptista; y en la segunda habia tambien entre las mugeres una cuáquera, otra que seguia la secta de los universalistas y otra que se declaraba atea. Porque todas estas eran en efecto mugeres y de la sociedad escogida de América, pero cada una y todas juntas tan incapaces de raciocinar sobre lo pasado, presente y futuro como los niños que criaban, y con todo perfectamente dispuestas para seguir con firmeza y provecho la senda que se les indicara. Mas, si continuo, podrán llamarme á mí tambien del gremio de los *itinerantes*.

Como no poseo el talento mágico de mi amiga miss Mitford para animar graciosamente y presentar con atractivo hasta los mas humildes pormenores de un cuadro rústico, no me aventuraré á detenerme en la descripcion de las granjas que rodeaban nuestra habitacion; mas no me despediré de ellas sin hacer mencion de uno ú dos vecinos á quienes debí muchas atenciones y tan constantes muestras de afecto en todas mis ligeras difi-

cultades domésticas que, mientras conserve mi memoria el nombre de Mohauca, será una satisfaccion para mí el pagar un tributo cariñoso á aquellos amigos de quienes me separa tan vasta distancia. ¡ Ojalá pudiese yo esperar el verlos en mi pais! ¡ Con qué gusto no les pagaria, en cuanto pudiera, parte de los favores que les debo!

CAPITULO XIII.

Teatro. — Bellas Artes. — Escrupulosidad. — Tembladores.
— *Big-Bone Lick*. — Visita del presidente.

El teatro de Los-Cincinatos es pequeño y no mui rico de decoraciones; pero no teniendo otra diversion, nuestros dos hijos solian ir á él con frecuencia, y algunas veces, en las noches claras de otoño y de invierno, lá milla y media de distancia que lo separaba de nuestra casa no impedía el que el resto de la familia, y aun los menos emprendedores, los acompañáramos tambien. El grande atractivo que nos sacaba de nuestra aldea era el mérito de Mr. Alejandro Drake y de su esposa que eran los impresarios. Nada podia ser mas diferente que la manera de representar del marido y la muger, pero la extraordinaria facilidad de sus talentos les permitia desempeñar juntos á menudo papeles de géneros muidiversos. El talento de ella consistia en la elevacion grave y marcha majestuosa de la tra-

gedia, y el de él en la imitacion de las ridiculeces y extravagancias de la comedia; pero como dice Goldsmith de sus co-heroínas, yo les he visto cambiar de papel en una misma noche y he llorado con él y reido con ella, siempre que ha sido su voluntad y placer el ordenarlo. A mí me parece que Alejandro Drake era superior en la comedia á cuantos actores he visto ejecutar las mismas partes, exceptuando á Emery. Su comedia participaba mucho de la de los Franceses que nunca representan; él mismo era el tipo cómico que se proponia el autor: cualquiera fuese su papel desde Shakspeare hasta Colman era imposible dejar de conocer que la mitad de los chistes de su personage le pertenecian á él. Tambien poseia en el mas alto grado el talento que tenia Fawcett de arrancar lágrimas con un golpe repentino de sensibilidad natural, mientras sus letrillas cómicas hubieran puesto en mucho apuro la gravedad de un juez y aun de un obispo. Liston es un grande actor; Alejandro Drake era un actor sublime.

Mistress Drake, antes miss Denny, tiene mucha semejanza con miss O'Neil, y es tan notable que Mr. Kean que habia oido hablar de esa circunstancia, llegó á Nueva-York ya de noche, y habiendo ido al teatro, exclamó

inmediatamente, al verla cruzar el tablado por la primera vez : « Esa es miss Denny. » Su voz alcanza los mismos tonos ricos y penetrantes y su fuerza es irresistible : en una palabra, es una actriz de primera clase con una sensibilidad profunda y verdadera, un juicio correcto y el gusto mas perfecto para todos los papeles de que se encarga. Su acto último de Belvidera produce efectos trágicos superiores á cuanto he visto en la escena, dejando á parte mistress Siddons, excepcion general en todas las comparaciones de esta especie.

Daba lástima que tan excelentes actores representaran en un teatro miserable, casi vacío, y en cuyo auditorio apenas se encontraría media docena de personas que no prefirieran á su manera de representar la de los cómicos de la legua mas despreciables. Yo los he visto como impresarios ceder sus papeles á representantes groseros y sin talento, que por ir de Londres atraian inmediatamente un público inmenso, y excitaban el entusiasmo y los aplausos de todos los espectadores.

El pobre Drake murió cuando íbamos á salir del Ohio, y su muger, que junta á su mérito de actriz las prendas de una muger estimabilísima y en extremo amable, ha quedado con una numerosa familia. Yo no tengo duda alguna de que en Londres podria conseguir par-

tidos ventajosos, mas como tiene parte en varios teatros de América temo que no saldrá jamas de un pais en donde ni la aprecian ni la conocen. Mistress Drake me ha referido muchas y mui curiosas anécdotas que habia reunido durante su permanencia en el Oeste. Una de ellas me divirtió, particularmente por ser una muestra del idioma del pais. Cierta señora que admiraba con entusiasmo á mistress Drake obtuvo su permiso para presentarse en una ocasion en su vestuario. Se estaba preparando para desempeñar un papel en que acababa matándose, y su puñal estaba sobre la mesa. La señora lo tomó y examinándolo con grande emocion exclamó : — « ¿ Y que de veras os meteis todo esto en el cuerpo *selvajosamente?* »

Tambien vimos á Mr. Forrest, el grande astro Americano. Yo no pretendo vaticinar lo que podrá ser con el tiempo, pero cuando lo ví representar el papel de Hamlet en Cincinnati, ni aun la dulce Ofelia representada por Mistress Drake pudo retenerme en el teatro acabado el tercer acto. Verdad es que he visto á Juan Kemble, Macready, Kean, Young, Carlos Kemble, Cook y Talma realizar en su representacion el bello ideal de Shakspear, y tal vez no sea yo mui buen juez para calificar las disposiciones de este actor ; con todo

no dejó de divertirme el oír á un caballero que, habiéndome preguntado mi opinion sobre aquel jóven, me dijo al manifestársela : que no me aconsejaria repetirla mucho en América, porque no la tolerarian.

El teatro no era del todo malo, si bien la escasez de los productos de entrada no permitia el tenerlo en mui buen estado; pero habria podido llevarse con paciencia lo poco limpio de las decoraciones, si no hubieran aumentado la incomodidad de esa falta los usos y modales de los espectadores. Ocupaban los primeros asientos de los palcos hombres en mangas de camisa y yo misma los he visto con las mangas arremangadas hasta los hombros : el gargajear era continuo, y el pebete combinado de cebolla y huisqui bastaba para que se arrepintiese el mas resuelto de asistir á funciones que imponian la carga de semejantes accesorios.

El porte y actitudes de los hombres son enteramente indescribibles : cuando no levantaban los pies poniéndoselos por arracadas y presentando al público todo el reverso de sus personas, se tendian comodamente en los bancos para variar con elegancia sus posturas. El ruido era perpetuo y del género mas desagradable : para aplaudir, dan alaridos y patadas, sin duda porque los pies hacen un

ruido mas democrático que las manos, y cuando los ataca un acceso de patriotismo y piden su favorito « Yankee Doodle » cada cual parece que piensa que su reputacion de buen ciudadano depende de la bulla que mete.

Dos figurantas mui comunes, probablemente de algun teatro de arrabal de Paris, se presentaron en Los-Cincinatos, estando nosotros allí, y si Mercurio hubiera bajado de su cielo para danzar un *pas seul* sobre la tierra, su celeste magestad no hubiera causado mas violenta sensacion. Ni se reducian á maravilla y admiracion las emociones producidas por esta aparicion; casi igualaban á esos efectos el horror y el abatimiento. Nadie en mi entender dudaba que fuesen admirables bailarinas, pero todo el mundo convenia en que las costumbres del mundo occidental no se recobrarian jamas de golpe tan funesto. Cuando me preguntaban si yo habia visto cosa mas horrenda hasta entonces, no sabia como responder; porque las pobres mugeres se habian mirado con esmero tanto en el vestido como en el baile, para captarse la aprobacion del pueblo y no chocar en nada con sus gustos; pero si Virginia se hubiera presentado con su túnica transparente, si la Taglioni hubiera hecho la mas atrevida de sus campane-

las, no hubieran merecido mas severa reprobacion. Las damas abandonaron el teatro completamente; los hombres murmuraban entre dientes y volvian la cabeza cuando se tocaba ese punto; los ministros de todas las creencias condenaban en el púlpito escándalo tan corruptor, y si se hablaba de tales pecados en las reuniones de los santos, era con la intencion de manifestar la indignacion que inspiraba. Al ver tanta gasmoñería, me preguntaba yo á mí misma ¿ si la virtud seria una planta con diferente forma en cada pais? Porque á la verdad si los Americanos del Norte no se engañan, los Europeos andamos atrocemente descarriados. Materia es esta cuya solucion costaria muchísimos trabajos.

Mas no fué solo ahí donde se confundieron completamente todas mis ideas sobre lo bueno y lo malo; apenas pasaba dia sin que no descubriera alguna cosa que siempre habia yo juzgado tan lisa y llana como el comer, y que las personas de mi conocimiento miraban con horror. Esa disparidad en las opiniones no es menos palpable en el lenguaje: las palabras mas sencillas y recatadas se hallan enteramente prohibidas en la conversacion y en su lugar se oyen las frases y rodeos mas singulares. Yo confieso que me chocó infinito aquella oposicion entre la dureza general de los modales

de los Americanos, dureza que debe en mi sentir dejarse mui atras la de los Escribas y Fariseos, y la estremada susceptibilidad de su imaginacion asombradiza. Bastarán para probar ese contraste algunas anécdotas que elegiré entre las muchas que se podrian referir.

Un jóven Aleman, caballero mui fino y de maneras verdaderamente nobles, vino á mí un dia, apesadumbradísimo de haberse indispuesto con una de las principales familias de la vecindad. Aunque nada le habian dicho en la casa, y en nada creia haber faltado, no se le ocultó que lo recibian con desagrado. Una dama de cierta edad amiga suya, despues de vencer su natural repugnancia, le explicó la causa de la frialdad que notaba, recordándole que habia pronunciado la palabra *corsé* delante de las señoras de la familia, y le aconsejó con el mayor empeño que diera una satisfaccion. El pobre jóven me aseguró que estaba pronto á dar cuantas satisfacciones quisieran, pero que no sabia de qué palabras servirse.

Una señora inglesa que habia tenido mucho tiempo un colegio famoso de señoritas en aquel pais, me decia que su primer cuidado á la entrada de una nueva educanda era siempre, el de procurar destruir la gasmoñería y melindre, inspirándole sentimientos y principios de verdadero recato. Entre varios ejemplos de esa

falsa delicadeza me refirió el de una muchacha de unos catorce años, que entrando en el recibidor, donde solo esperaba ver á una señora que la habia hecho llamar, y viendo á un jóven con ella, se puso las manos en los ojos y echó á correr gritando: « ¡ un hombre! un hombre! un hombre! »

Otro me contó de una de las pensionistas que, subiendo la escalera para ir á la sala de estrado, tuvo la desgracia de encontrarse con un muchacho de catorce años que bajaba al mismo tiempo, y fueron tales la sorpresa y afliccion de la tímida tortolilla que se quedó parada gimiendo y sollozando, y no quiso pasar hasta que el pobre muchacho se encaramó como un mico encima del barandal, para dejarle el paso libre.

En Los-Cincinatos hai un jardin á donde van las gentes á *comer* helados y á ver rosas. Para preservar las flores, han puesto por señal ó término al cabo de uno de los paseos un marracho que representa una Suiza, con un cartelón en la mano, en el cual se ruega que nadie coja rosas. Por desgracia del artista ó del dueño y tal vez de los dos, el zagalejo del malhadado figuron era tan corto que no le tapaba los tobillos. Las castas Cincinateñas vieron el escándalo y se estremecieron; y se intimó formalmente al amo del establecimiento

que si deseaba merecer el patronato de las señoras de Cincinatos, habia de hacer alargar el traje de la Suiza. El buen proveedor de helados, asustado con esta formidable alternativa, despachó un expreso por el pintor y su paleta: el pintor acudió en efecto; pero desgraciadamente su paleta no tenia colores algunos que poder casar con el del zagalejo. Aquí los apuros. La necesidad era demasiado urgente para demorar el remedio. ¿ Qué haremos? decia el artista. ¡ Qué no haremos! decia el botillero. Por último se convino en surcir al ribete del vestido colorado un falbalá azul. Y allí está ese insigne y espléndido testimonio de castidad, dando pruebas irrefragables á todos los hombres presentes y futuros del immaculado pudor de las Cincinateñas.

No negaré que solia sospechar en varias ocasiones que ese refinamiento exagerado no tenia fundamentos muy sólidos. En mi entender es un recurso inventado por el conocimiento interno de su rudeza, un velo para esconder su grosería, pero recurso que nunca emplean con oportunidad, velo que siempre echan sin gracia. Las mismas personas que casi perdian el sentido al ver los tobillos de una estatua, se escolgaban á menudo con salidas tan intempertivas y arrojadas que no me hubiera quedado la menor duda aun teniéndola, de que

nuestra decantada indelicadeza tiene sus límites. La anécdota siguiente explica demasiado bien lo que yo quiero decir para omitirla, á pesar de que apenas se puede referir.

Una señora jóven, casada, de *alta posicion* y del melindre más fastidioso, la cual se había criado en uno de los seminarios atlánticos de la más elevada reputación, me dijo: que su casa, distante media milla de una ciudad populosa, estaba por desgracia en frente de una habitación de peor que dudosa fama. — « Es abominable, exclamó, ver la gente que entra allí. Debería ponerseles á la vergüenza. Yo y otra señora íntima amiga mia sofocamos á un sujeto el año pasado. Mi amiga había venido á pasar el día conmigo, y estando las dos á la ventana, vimos pasar á un jóven conocido nuestro que entró en aquella casa. Fuimos en seguida al jardín; lo esperamos á la puerta, y cuando volvió, salimos las dos á su encuentro y yo le dije: — ¿ No teneis vergüenza, Mr. Guillermo D., de pasar por mi casa y de volver de ese modo? — En mi vida he visto un hombre más confundido. »

Hablando con las damas de las costumbres y maneras de Europa, siempre noté en ellas una propension irresistible á motejar todas las cosas que no estan conformes á los usos y estilos de su país.

Diciendo yo en una ocasion á una señora jóven que una gira nos divertiría mucho, y que pensaba el proponerla á algunas de nuestras amigas, admitió en efecto que sería cosa muy agradable; mas añadió — « Temo que no sea en balde. Aquí no estamos acostumbradas á diversiones de esa especie, y yo sé que se considera como sumamente indecoroso el que se sienten las señoras sobre la yerba revueltas con los caballeros. »

Fácil me sería añadir á estas otras muchas anécdotas de la misma naturaleza; pero creo que hai ya las suficientes para dar una idea exacta de las costumbres del país en esta parte, y me persuado de que justifican las observaciones que he hecho.

Uno de los espectáculos que nos dejaron mas atónitos por su sencillez republicana fué el de los tribunales de justicia. Habíamos oido decir que los jueces se permitian en sus escanios esas posturas extraordinarias que sin duda la formación particular de los Americanos les hace hallar mas cómodas. Nos determinamos pues á juzgar de esto por nosotros mismos, y así entramos en el tribunal cuando mas ocupado estaba y había tres magistrados en sus asientos. Todo lo que yo puedo escribir no bastaría para formar una descripción incompleta de lo que vimos allí! Nuestro invierno

pasó rápidamente y de un modo bastante agradable con el auxilio de los paseos sobre la nieve, patinar de cuando en cuando, una visita á *Big-Bone-Lick*, y otra á los tembladores, mucho queso y mucha lectura, no obstante el hallarnos en los últimos bosques de la América Occidental. La excursion á *Big-Bone-Lick* y la expedicion á la aldea cuáquera eran en extremo cansadas para mugeres en aquella estacion; así que tuvimos que contentarnos con los huesos de mamuz y los cuentos de cuáqueros que nuestros señores nos trajeron con abundancia de vuelta de su expedicion.

Los cuaqueros tembladores de América son en efecto gentes singularísimas, que ofrecen una prueba innegable de que pueden existir y prosperar las comunidades, puesto que ellos existen viviendo estrechamente conforme á sus reglas, y que de día en día han ido aumentando sus riquezas. Añadiré que las dos ó tres sociedades que han formado en diferentes puntos de la Union, y se rigen por las mismas leyes generales, son tan felices y florecientes como la sociedad madre.

Sin duda deben estribar esos establecimientos en algun principio puro y saludable que renueva los estorbos y facilite el éxito deseado de todas las empresas que acometen; pero es

menester que sea un principio poderosísimo por combatir con muchas cosas que son absurdas, y muchas que son perversas.

Las sociedades se componen de un número de personas de ambos sexos en proporcion casi igual, y la mayor parte maridos con sus mugeres; pero sus leyes les prohiben el cohabitar juntos. Sus ritos se reducen á cantar y bailar de la manera mas grotesca y tan á menudo que en eso gastan mucho tiempo; sin embargo en donde quiera que se establecen prosperan y logran una influencia poderosa. Todo lo que trabajan, todo lo que sus tierras producen, todo lo que sale de sus granjas, obtiene siempre en el mercado la mas alta estimacion y el precio mas subido. Los cuáqueros reciben á los extraños con mucha cortesía y los que les presentan una recomendacion son alojados y mantenidos el tiempo que quieren permanecer en sus casas, y nunca son invitados á trabajar con ellos, aunque se lo permitan siempre que se les antoja el hacerlo.

El reconocimiento aun parcial del *Big-Bone Lick* no se hace sin mucha fatiga, porque el viaje solamente cuesta desde luego infinito.

Por la relacion de nuestros viajeros parece que el sitio que da su elegante nombre (*) á

(*) *Big-Bone Lick* significa literalmente : el lameton del gran hueso.

aquella region es una madre profunda de greda azul, quebradiza y tenaz, que es difícil y peligroso atravesar. Las excavaciones comenzadas en aquellos parages han costado tanto que nadie ha querido aventurarse á emprender un trabajo completo para descubrir las reliquias gigantescas que ciertamente deben sus profundidades esconder. Nunca se ha removido el terreno sin encontrar algunas de esas reliquias, y me parece que con dinero y perseverancia llegaria infaliblemente á tropezarse con muestras de un mamuz entero mas perfectas que las conocidas hasta ahora (*).

Entre tanto pasaba el tiempo y se acercaba el momento de romper otra vez nuestro círculo doméstico. El mayor de mis hijos tenia que entrar en Oxford, y era menester que su padre lo acompañara, determinando, no sin haber combatido con una larga indecision, que yo me quedase con el segundo y sus hermanas. Estabamos á principios de febrero y se preparaban nuestros viajeros á fin de arrostrar el mal tiempo de las montañas, aunque parecia que habia pasado el rigor del invierno. Mas despues de haberles procurado vestidos de piel de búfalo y zapatos dobles, y estando en visperas de partir, nos anunciaron que los de

(*) Despues de estar escritas las observaciones de Mistress Trollope, han extraido un inmenso esqueleto casi entero.

Cincinatos aguardaban al general Jackson, presidente electo de la república, el cual venia de su residencia del Oeste y se dirigia en un vapor á Pittsburgo con direccion á Washington: asi que se resolvieron á esperarlo, á fin de tomar pasaje en el buque del presidente, si era posible, y éralo sin duda, puesto que los Americanos del Norte no creen que la dignidad y el decoro de una conduccion exclusiva sean testimonios de respeto necesarios al gefe supremo de los Estados-Unidos.

El dia de su llegada no era sin embargo muy cierto, y lo único que podiamos hacer se reducía á tenerlo todo preparado, y llegara cuando quisiera. No bien habiamos puesto en práctica esa resolucion, cuando supimos que el general habia pasado por Villa-Luis y que en muy pocas horas estaria en Los-Cincinatos. Todo fué revolucion y priesa en la granja de Mohauca; en un momento acabamos de liar el equipage de nuestros viajeros, y siendo esta la primera oportunidad que habiamos tenido de presenciar tal demostracion de sentimiento popular, determinamos ir todos á ver el desembarco del hombre grande. En consecuencia fuimos á Los-Cincinatos y nos aseguramos de un sitio ventajoso, con la doble intencion de conocer al primer magistrado, y de observar

de qué manera lo recibía el pueblo. Hacia pocos momentos que ocupabamos nuestra posición cuando el rumor sordo de las máquinas, y en seguida un saludo de artillería, nos anunciaron que habíamos llegado al mejor tiempo, y en efecto un instante despues se presentó su buque á la vista.

No podia haber cosa mas bella en su especie que la arribada de la pequeña flota: el soberbio vapor, á cuyo bordo estaba el presidente, hendia las tranquilas aguas del rio cubriéndolas de espuma; á uno y otro costado iban otros dos vapores casi del mismo tamaño y magnificencia; una multitud de pasajeros cubria los tres desde la popa á la proa; al pasar las baterías de tierra le saludaron á la distancia de un cuarto de milla mas arriba de la poblacion; allí viraron y bajaron con la corriente sin que la rapidez de su marcha en nada alterara la magestad de su movimiento, bogando tan estrechamente unidas las tres embarcaciones que parecian un alcázar, que levantaba sobre las aguas sus nobles torreones.

Cuando llegaron enfrente del principal desembarcadero, viraron en redondo graciosamente los dos buques de los costados y separándose del centro, dejaron adelantarse y llegar á su fondeadero el que llevaba al gefe

supremo de la república. Toda esta maniobra fué egecutada con suma prontitud y de una hermosura verdaderamente nueva.

El gentío que esperaba en la playa, permaneció en el estado mas perfecto de tranquilidad. Al echar el ancla, la tripulacion y los pasajeros dieron un viva desmayado, á que no respondió un solo eco para darles la bienvenida; y ciertamente aquella tibieza y profundo silencio no nacia de la falta de afecto al nuevo presidente, pues durante el tiempo de la candidatura habia sido el candidato popular de Los-Cincinatos, y en muchos meses no habíamos cesado de oír gritar «Viva Jackson» á una inmensa mayoría; pero el entusiasmo no es ni la virtud ni el vicio de los Americanos del Norte.

Varios carruages particulares estaban esperando á la orilla del rio las órdenes del general, pero fueron despedidos avisándoseles que iria á pie hasta la posada. Al recibir esta intimacion se separó la silenciosa multitud con el mayor orden, abriendo calle para que pudiera pasar por medio, como en efecto lo hizo, llevando el sombrero en la mano, aunque la distancia era considerable y el tiempo demasiado frio. Debe observarse que solo el presidente y algunos Europeos se veian descubiertos, que

los Americanos libres tenían el sombrero encasquetado hasta los ojos. El peinado de su cabello entrecano era negligente, pero no sin gracia, y á pesar de la rudeza de sus facciones tiene aire de caballero y de soldado. Llevaba luto completo por su muger que acababa de perder hacia muy poco; se decía que habían sido muy felices en su matrimonio, y me causó pesadumbre el oír decir cerca de mí, al tiempo de acercarse al sitio donde estábamos:—« Ahí va Jackson; ¿dónde está su muger? » Otro grito se oyó también á corta distancia de—
« ¡ Viva Adams! »

« Mejor se disponen estas materias » en la parte oriental de la federación, según dicen; pero como todavía me hallaba yo en la parte occidental, me inclinaba á creer que por más laudable que sea el carácter americano, no deja de ser en extremo desapacible.

Mr. Trollope y sus hijos se unieron al grupo de ciudadanos que acompañaron al presidente hasta la posada, y fueron presentados á él en forma, esto es: se dieron su apretón de manos según la costumbre del país. Sabiendo que tenía intención de detenerse unas cuantas horas ó, hablando con más propiedad, que el vapor tenía que detenerse unas cuantas horas para volver á llevar el ancla, Mr. Trollope tomó pa-

sage á bordo, y volvió á comer á toda prisa con la familia. A la hora señalada por el capitán, mi esposo y mi hijo se embarcaron con el general, y según me dijo después en sus cartas, habían tenido con él muchos ratos de conversación, y habían quedado muy contentos de su sociedad y sus maneras, pero disgustadísimos de la familiaridad brutal á que lo veían expuesto en todos los parajes á donde arribaban. No puedo dejar de hacer mención de un extracto que pinta al vivo las costumbres de aquel país en un punto que más dolorosamente desgarró sus sentimientos europeos.

« No había galopin de playa que no fuese presentado al presidente, á menos, como solía suceder, que no se presentara él mismo: por ejemplo, estando yo á su lado, se presentó un palurdo tan zafio como gordo y destemplado, y le dijo:

— « General Jackson, me parece?

— El general inclinó la cabeza.

— ¡ Toma! y decían que os habíais muerto.

— No: la Providencia ha preservado hasta aquí mis días.

— Y ¿ vive la muger también?

El general manifestando cuanto lo había herido esta pregunta, respondió que no.

— Vaya, bien decía yo que alguno de los dos se había muerto, «exclamó el delicado cortesano para terminar su arenga.»



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV.

Primavera.—Controversia de los señores Owen y Campbell.
—Baile público.—Separacion de los dos sexos.—Libertad de la América del Norte.—Suplicio.

La primavera en América no es ni con mucho tan agradable como el otoño; ambas estaciones marchan con paso incierto y vacilante, pero esa lentitud é incertidumbre que son tan deliciosas en el otoño son fastidiosísimas en la primavera. En el primer caso se recibe la despedida de un amigo que cada vez nos muestra mas dulzura, mas halago, y su tardanza no puede parecernos pesada; en el otro escapamos de una caverna fria y horrorosa, mazmorra obscura donde hemos sido esclavos, arrastrando cadenas de hielo negro, sufriendo azotes de viento, y dónde el único consuelo es el ahogarse en una atmósfera de humo. Aunque, si se reflexiona, me parece mucho mas razonable, en lugar de quejarse del paso lento de la primavera de la América del Norte, de-

— Vaya, bien decía yo que alguno de los dos se había muerto, «exclamó el delicado cortesano para terminar su arenga.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV.

Primavera.—Controversia de los señores Owen y Campbell.
—Baile público.—Separacion de los dos sexos.—Libertad de la América del Norte.—Suplicio.

La primavera en América no es ni con mucho tan agradable como el otoño; ambas estaciones marchan con paso incierto y vacilante, pero esa lentitud é incertidumbre que son tan deliciosas en el otoño son fastidiosísimas en la primavera. En el primer caso se recibe la despedida de un amigo que cada vez nos muestra mas dulzura, mas halago, y su tardanza no puede parecernos pesada; en el otro escapamos de una caverna fria y horrorosa, mazmorra obscura donde hemos sido esclavos, arrastrando cadenas de hielo negro, sufriendo azotes de viento, y dónde el único consuelo es el ahogarse en una atmósfera de humo. Aunque, si se reflexiona, me parece mucho mas razonable, en lugar de quejarse del paso lento de la primavera de la América del Norte, de-

clarar que no se conoce semejante estacion en aquel clima. El hermoso otoño suele prolongarse hasta Navidad, pues ya en ese tiempo no se puede jugar mas con el invierno, que generalmente se apodera con furia de los meses que llamamos primavera, y no los suelta hasta que de repente vuelve la espalda y cede su conquista al verano.

Tan inconcebible es la incerteza de la temperatura de aquel clima, que no me atreveré á decir á punto fijo cuando empiezan ó acaban las estaciones; pues es cierto que cualquiera fuese el nombre que yo les diera, el primer observador del tiempo me probaria fácilmente que me equivocaba, con solo recordar que el termómetro señalaba cien grados en el período que yo incluía en el invierno, ó cincuenta grados mucho despues que yo habia hecho comenzar el verano.

El clima de Inglaterra se llama inconstante, pero este nombre nunca se lo darán en mi entender los que conozcan el clima de los Estados-Unidos. Un caballero, en cuya exâctitud podia tener entera confianza, me aseguró que repetidas veces habia visto variar el termómetro sobre cuarenta grados en el espacio de doce horas. Esa inestabilidad desagradable de la temperatura es sin duda una de las causas principales de la insalubridad de aquella region.

Sin embargo cuando estabamos ya hartos de dar diente con diente, y habiéndonos medio arruinado con el gasto de leña (que es casi tan cara allí como en Paris, y mas cara en otras muchas partes de la Union), se nos presentó el verano de repente con todo el aparato de su magestad, y volvimos á invocar en nuestro favor la nieve del pozo, el fresco del terrero y la sombra de las celosías y persianas.

A principios del verano de este año (1829) ofreció Cincinatos un espectáculo, me parece que sin ejemplo en ningun otro siglo ni pais. Mr. Owen, el de Lanark, el de la Nueva-Harmonia, el de Tejas, que sé yo de cuántas partes mas, en fin Mr. Owen tan conocido en el mundo por todos ó cualquiera de esos *títulos*, habia desafiado todo el público religioso de los Estados-Unidos á discutir con él públicamente la verdad ó falsedad de todos los cultos que desde la creacion habian obtenido la veneracion del género humano en toda la tierra; declarando ademas: que se comprometia á probar que todas las religiones eran igualmente falsas, y casi igualmente perniciosas. Este escandaloso cartel se publicó en todos los periódicos de la Nueva-Orleans y resonó por todas partes sin que nadie respondiese á reto tan extraordinario. Por último el reverendo Alejandro Campbell de Betania (no la de Judea

sino la del Quentuqui) respondió por los mismos órganos : que alzaba el guante y estaba pronto á saltar á la palestra. El lugar destinado para esta singular discusión fué Cincinatos, el tiempo desde el segundo lúnes del mes de mayo de 1829, casi al año de la aceptación del desafío, dando tiempo de esa manera á los contendientes para que se prepararan.

Los preparativos de Mr. Owen no pudieron ser mas que los de un viajero que apenas tiene tiempo para leer, pues en todo el intervalo solo se ocupó en excursiones continuas, atravesando gran parte del Norte de América, cruzando dos veces el Atlántico, visitando la Inglaterra, la Escocia, Méjico y Tejas, y recorriendo no sé qué mas países.

Mr. Campbell empleó su tiempo de un modo mui diferente, ocupándose con grande estudio y perseverancia en la lectura de todas las obras teológicas que tuvo á su alcance. Pero á pesar de la confianza que la instruccion y piedad de Mr. Campbell inspiraban á sus amigos, y aun en general á todos los cristianos de Los-Cincinatos, no fué bastante para inducir á Mr. Wilson, ministro presbiteriano de la iglesia mas grande de la ciudad, á que permitiese en el recinto de sus muros semejante combate : cosa que se reprobó mucho y que se sintió mas, porque era general la curiosi-

dad de oír aquella discusion, y ningun otro edificio era tan capaz como su templo.

Eligióse pues una capilla metodista, donde cabian hasta mil personas, y se formó un pequeño teatro al rededor del púlpito con bastante espacio para contener á los opositores y sus taquígrafos. En el mismo púlpito estuvo, durante todo el tiempo de la disputa, el padre de Mr. Campbell, cuya edad, los blancos cabellos que flotaban sobre sus hombros y el venerable aspecto de su rostro animado por el vivo interes é infatigable atencion con que escuchaba, hacian de él una de las figuras mas interesantes del grupo. En otra parte opuesta del edificio se levantaba otra plata-forma, donde estaban sentados siete vecinos del pueblo, que habian sido elegidos como moderadores para conservar el orden.

Lo demas de la capilla estaba igualmente dividido en dos mitades, la una para las señoras, la otra para los caballeros. La puerta reservada para aquellas estaba guardada con mucho celo por personas puestas allí á fin de prevenir todo agolpamiento de gentes ó cualquiera estorbo que les obstruyera el paso. Yo presumo que ese rasgo de galanteria se debió á Mr. Owen, pues las disposiciones con respecto á las pobres reclusas nada tuvieron de americano.

Cuando se levantó Mr. Owen, estaba ya el edificio de bote en bote, componiéndose el auditorio, la congregacion ó como quiera llamarse, pues yo no sé qué nombre darle, de las personas mas respetables de la ciudad, y desplegando su elegancia y riqueza tan buenos sombreros, cintas y encages como podia haber reunido *la iglesia de los dos cuernos*.

La introduccion de Mr. Owen fué recibida con un silencio profundísimo y escuchada con la atencion mas escrupulosa; y á la verdad nunca la oyeron tan extraña ni hombres ni mugeres que dijeran creian en Jesucristo.

Cuando me acuerdo de su objeto, y de la tranquila seguridad con que el orador declaró que estaba íntimamente convencido; despues de un maduro exámen, de que toda la historia del cristianismo era una patraña y su origen sagrado una fábula, no puedo menos de maravillarme de que lo escucharan con tanta calma. Nunca habia observado persona alguna con mas felicidad que Mr. Owen la máxima : *sua viter in modo*. El tono dulce de su voz, su manera blanda y algunas veces jocosa sin ser irónica; el esmero con que evitaba toda expresion áspera ó vehemente; el interes cariñoso que manifestaba en favor de toda la *familia humana*; el aire de candor con que expresaba su deseo de ser convencido, en caso de enga-

ñarse por error ó ilusion, si estaba en efecto engañado, su amable sonrisa, la tierna expresion de sus ojos, en una palabra, su ademan, su gesto, todo él desarmaba el celo mas fanático, é inspiraba un sentimiento de tolerancia que seria imposible de concebirse, y aun increíble para los que no lo oyeron.

Media hora era el tiempo concedido á cada orador. Cuando este espiró, los moderadores sacaron sus relojes; Mr. Owen tambien sacó el suyo (sin interrumpir su discurso), se sonrió, meneó la cabeza, y dijo entre paréntesis : « Paciencia por un momento, » y prosiguió cerca de otra media hora.

Levantóse entonces Mr. Campbell á cuyo favor predisponian el concurso su persona, su voz y sus maneras. En su primer ataque se sirvió de las armas, que en general se hubiesen considerado como pertenecientes á los sostenedores de la opinion contraria. Cerró con Mr. Owen sin conmiseracion; aquí le mordía sus paralelógramos; allí le arañaba su *perfectibilidad* humana, y tenia todo el auditorio en una carcajada continua.

Volvió Mr. Owen á dirigirnos la palabra empleando cinco minutos en felicitar á Mr. Campbell con toda la fuerza que le habia dejado su excesivo reir de corazon, pero al cabo de cinco minutos dijo, mudando de tono : que

el asunto era demasiado grave para gastar otra media hora tan ligeramente, aunque con tanto placer, como la que acababa de pasar, y en seguida nos leyó lo que él llamaba sus doce leyes fundamentales de la naturaleza humana. Estas doce leyes han corrido tanto por todas partes que me parece inútil el repetirlas aquí. A mí me parecen doce verdades de Pero-Grullo que ningun hombre sensato puede pensar en contradecir; mas, como pueda cada uno concebir que la explicacion y defensa de esas leyes haya podido suministrar materia á su pluma y á su lengua durante tantos años, de inagotable declamacion, ó como se le haya metido á él en la cabeza que podian convertirse en una refutacion del cristianismo, es misterio que yo nunca espero comprender.

Por entonces Mr. Owen se atrincheró en sus doce leyes; y Mr. Campbell con igual gravedad se contentó con desplegar, como guerrillas, las autoridades teológicas mas elaboradas que pudo hallar á la mano en favor de la religion revelada.

A mí me pareció que ninguno de los dos se respondia, sino que se reducian á hacer alarde de su saber, explicando lo que tenian ya en su mente aun antes de comenzar la discusion. Era esto de lamentarse en cuanto á Mr. Campbell, quien en mi sentir hubiera sido mucho

mas fuerte, si hubiera contado mas consigo mismo y menos con sus libros. Mr. Owen es un hombre extraordinario, y hombre ciertamente de talento, pero yo lo considero como enteramente á obscuras en las tinieblas de sus propias teorías, de modo que no alcanza á ver por medio de ellas, ni aun siquiera para mirar el mundo, tal cual existe realmente al rededor de él.

Concluidos los debates, que duraron quince sesiones, Mr. Campbell rogó á toda la asamblea que se sentara. Obedecieron todos; y luego pidió que todos los que estuvieran decididos por el cristianismo y desearan su prosperidad se levantasen; invitacion á que respondió una mayoría mui grande poniéndose en pie al instante. Suplícoles que se sentáran, y pidió que los que no creyeran en sus doctrinas se pusiesen en pié, lo que hicieron unos cuantos hombres y una dama.

Mr. Owen protestó contra esta maniobra, como él la llamaba, negándose á creer que suministrase prueba alguna del verdadero estado de la mente de los hombres ni tampoco de las mugeres; y declaró que no solamente debia esperarse aquel resultado en el actual orden de cosas, sino que él mismo consideraba como una obligacion de toda persona que tuviera familia que mantener el no arriesgarse á per-

der la venta de sus puercos ó de su hierro, por la declaracion de opiniones, que ofenderian la mayor parte de sus parroquianos. Se ha dicho que al cabo de las quince sesiones el total numérico de los cristianos é infieles de Los-Cincinnati era exactamente el mismo que cuando empezaron. Tal vez debia contarse anticipadamente con ese resultado; pero lo que no entraba en la prevision humana era el que ninguno de los contrincantes se exaltara ni perdiera su calma habitual. Al contrario, los dos se llevaban mui bien, estaban constantemente juntos, y no hablaba jamas uno de otro, sin manifestar con la sinceridad mas cordial que se tenian mutuamente una grande estimacion.

Todo eso podia únicamente suceder en el Norte de América; y yo no estoi mui segura de que fuera un bien el que sucediera en otra cualquiera parte.

Cuando he notado los varios acontecimientos de regocijo y aparato que rompieron la triste igualdad de nuestra vida en la capital del Oeste, he omitido hacer mencion del baile del nacimiento ó cumpleaños (Birth-day), como llaman la fiesta que celebran, creo que el 22 de febrero, en todas las ciudades, villas y rancherías de la federacion: asi consagran con un solemne aniversario el dia del nacimiento

de Washington, dia que merece justamente señalarse entre los Americanos como un dia de jubileo.

Yo me quedé atónita, cuando entramos en la sala del baile, del golpe de vista que presentaba. La pieza aunque espaciosa estaba llena de gente perfectísimamente puesta. Las damas, entre las cuales brillaban muchas y mui lindas jóvenes, habian revuelto el fondo del cofre y apurado los consejos del tocador. Los caballeros no se presentaban menos compuestos y acicalados, mas todavía estaba yo mui poco tiempo en la América Occidental para no dar un respingo cuando en cada elegante que pasaba por junto á mí reconocia al mercader ó al tendero que estaba acostumbrada á ver detras de su mostrador, ó durmiendo á la puerta de su almacén, como se ven por toda la ciudad. Como yo nunca habia visto mirar con mas gusto é intencion al mayorazgo de una familia rica, inferí de las risas y halagos que les prodigaban las mas bellas y elegantes de la reunion, que allí son considerados como la primera clase de la sociedad. Sin embargo no se debe suponer que entre ellos no haya distincion de rangos; en este mismo baile eché de menos entre muchas jóvenes mui hermosas á otra jóven mucho mas hermosa todavía, cuya amable fisonomía me habia llamado la atencion en los exámenes

del colegio de que hemos hecho mencion. No pudiendo hallarla, pregunté á un caballero : porqué la hermosa Miss C. no estaba allí.

— No entendeis todavía nuestra aristocracia, me respondió; Miss C. es de una familia mecánica, (es decir : de obreros).

— Pero esa señorita se ha educado en la misma escuela que estas que vemos aquí, y su hermano tiene una tienda en la ciudad tan grande, y aparentemente en un estado igual de prosperidad que la mejor que puedan tener estos jóvenes. ¿En qué consiste pues la diferencia?

— En que es *mecánico* (obrero); pues tambien trabaja en los artículos que vende. Los otros no hacen mas que vender, y se llaman comerciantes.

El baile no fué mui semejante, ni tampoco dejaba de serlo, á los que se arman en las partidas de campo, en que mas se corre que se baila. Llamam *cotillones* á lo que llamamos cuadrillas, y el maestro indica las figuras en ingles, cosa que produce un efecto mui grotesco en los oídos europeos.

Las disposiciones para la cena fueron mui singulares y eminentemente características de las costumbres del país. Los hombres se retiraron á otra habitacion de la fonda, donde les habian preparado un banquete opíparo; mas

las pobres mugeres se quedaron solas, y mientras en su ausencia se paseaban tristemente por el salon, les fueron poniendo en la mano á cada una su platillo : poco despues aparecieron algunos criados, les pido perdon, asistentes quise decir, con bandejas de dulces, tortas y cremas. Las infelices se sentaron entonces en una rueda de sillas colocadas junto á la pared y diciéndo á la falda : « Hágote mesa, » empezaron á saborear su dulce pero melancólico refresco. No hai escena de comedia que represente un contraste mas ridiculo que el que formaban la gala de los trages y los espléndidos adornos de la sala con el abandono, tristeza y soledad de las mugeres.

Ni era efecto de economía ni falta de espacio aquella disposicion, sino simplemente porque así lo querian los hombres. Tal fué la respuesta que me dieron cuando llevada de la curiosidad pregunté : porqué no cenaban juntos los caballeros y las damas; y esa respuesta la confirmaron despues las varias personas á quienes hice la misma pregunta.

Donde no hai corte, que es en los demas países el espejo en que se miran las clases mas elevadas de la sociedad, y cuya luz, reflejada por estas á las clases inferiores, va puliendo por grados la mayor parte de la poblacion, no debe esperarse que se haga mucho estudio de

modales y urbanidad, ni que lleguen los usos y estilos del trato humano al mismo grado de elegancia. No obstante esa causa sola no puede producir tan grande diferencia ó mas bien la falta absoluta de maneras. Las horas de recreo son de suma importancia para los entes racionales que en todas partes procuran aprovecharlas. Los que solo se divierten con los placeres de la sociedad, sean intelectuales ó materiales, se preparan para gozarlos, y cuando se ven forzados á contentarse con las delicias de la soledad, hacen un papel mui miserable; como al contrario los que no hallan placer sino en el retiro, rara vez pueden procurarlo ni recibirlo en la sociedad. Donde quiera que uno y otro sexó encuentran su mayor recreo en las escenas en que se acercan, ambos se preparan á fin de presentarse en el mismo círculo con ventaja. Los hombres no se dan entonces á mascar tabaco, ni aun se permiten escupir, y las mugeres hacen cuanto pueden por merecer un puesto mas decoroso que el de amas de gobierno, y adquirir adornos mas halagüenos que el arte profundo de hacer el té.

En el Norte de América, si se exceptua el baile, que casi se reduce á los solteros y solteras, todas las diversiones de los hombres excluyen la presencia de las mugeres. Ellos co-

men, ellos juegan, ellos tienen conciertos, ellos cenan, todo eso en grandes reuniones, pero todo sin mugeres. Si no fuera una costumbre general, es imposible que no tuvieran bastante ingenio para buscar algun expediente, á fin de desembarazar á sus esposas y á sus hijas, cuando se lo permitieran las circunstancias, de los oficios sórdidos y humildes que casi todas desempeñan en sus casas. Aunque las ricas no se ocupen de lavar y planchar ó de amasar budines y tortas la mitad del dia y en cocerlos en el horno la otra mitad; sin embargo, siendo iguales en su estado de servidumbre, ni aun las del rango mas elevado se exímen de las tareas mecánicas, y asi no tienen posibilidad ninguna de adquirir las prendas y hábitos que forman una compañera elegante é ilustrada. En Baltimore, Filadelfia y Nueva-York he encontrado algunas excepciones; pero hablando del país en general, lo que acabo de decir, es una verdad indisputable.

Si no me hubiera cansado de residir tanto tiempo en un parage que aborrecia con todo mi corazón, ni hubiera empezado á temer que no era favorable á los proyectos que habia formado, y cuyo buen éxito me habia prometido de antemano con harta ligereza, habria encontrado un manantial casi inagotable de diversion en las ideas y opiniones de las gentes

con quienes hablaba; pues aun asi mui frecuentemente me han entretenido largos y agradables ratos.

Recibimos, como he manifestado, muchas pruebas de cariño personal; mas nada tienen que ver las disposiciones particulares de uno ú otro individuo con ese afecto nacional de odio en mi sentir invencible á los Ingleses, que vive en el fondo del corazon de todo verdadero Americano, y que se muestra de mil maneras aun en medio del trato mas amistoso; si bien suele ser por lo comun de un modo mas cómico que ofensivo.

Algunas veces era asi: «Pues bien yo creo que vuestro gobierno se debia ahorcar por la última guerra con que nos vino á incomodar. Eso ha sido vuestra ruina, porque justamente es lo que nos ha hecho.»

En seguida: «Vaya, ahora ya empiezo á entender mejor que antes vuestro chapurrado; pero no es maravilla que no pudiese comprenderlo mui bien al principio que llegasteis de Londres, porque todo el mundo sabe que la algarabía de Londres es horrorosamente incomprehensible. Es extravagante que toda la gente que vive en Londres haya de poner *h* donde no la hai, y que nunca la ponga donde deben.»

Yo tuve el egoismo ó la presuncion de pre-

guntar á la señora que dijo esto, si notaba en mí ese defecto.

«No, no lo noto,» fué su respuesta; pero añadió con una sonrisa de complacencia, «mas es bien fácil ver el trabajo que os cuesta: yo *espero* que habeis visto como nosotros los Americanos nos burlamos de todos vosotros, y asi trabajais por tomar nuestra pronunciacion.»

Una señora me preguntó con mucha gravedad si habiamos dejado nuestra casa por huir de los insectos de que los Ingleses de todas clases están plagados. «Yo he oido decir á personas de una autoridad indisputable, añadió, que es absolutamente imposible el pasar por las calles sin que se le llene á una la cabeza.»

Yo me reí, pero no respondí una palabra. Ella se puso mui encarnada y dijo: «Nada hai mas fácil que reir, pero ríase ó no, la verdad es la verdad.»

Debo advertir por via de prefacio de la siguiente anécdota que en América se da el nombre general *bug* (chinche) á casi toda la tribu de los insectos; solo el malhadado insecto, conocido con este nombre entre nosotros, es el que no se incluye en la significacion de esa palabra (*).

(*) Para comprender lo gracioso de este equívoco es menester saber que los Ingleses llaman *chints* ó *chinzas* unas indianas de algodón semejantes á nuestras zarzas.

Una señora se dirigió á mí preguntándome de buenas á primeras : « ¿ No os causan horror las *chinzas*, Mistress Trollope ?

— No, á la verdad, respondí yo; antes me parecen mui bonitas.

— ¡ Tómate esa ! Para que no se os conozca que sois Inglesa. Apuesto que llamais eso patriotismo. Gracias á Dios que nosotros Americanos tenemos cosas mejores por que amar nuestro pais, sin tener necesidad de decir que nos gustan las sucias y asquerosas *chinzas*, para probar que somos buenos patriotas.

— ¡ *Chinzas* ! ¡ *chinzas* ! pero ¿ qué son las *chinzas* ?

— ¡ Es posible ! Vaya ¿ si querreis hacerme creer que no sabeis lo que son *chinzas* ? Toma, esos pequeños, repugnantes, apestosos y crueles animalejos que chupan la sangre.

— ¿ Los mosquitos ?

— Oh no; los que llenan vuestras camas en Londres. »

Despues he sabido que han tomado la palabra *chinzas* del español; pero entonces yo entendí que me hablaba de una tela para cortinas.

Entre otros ejemplos de esa especie de modestia tan frecuente en el Norte de América y tan desconocida en nuestros paises, he observado á menudo uno, que, mientras manifestaba

la escrupulosa delicadeza de las damas, daba ocasion á los caballeros para prodigar sus chistes y agudezas. Vi en diferentes ocasiones repetirse lo mismo á lo menos una docena de veces; por ejemplo : estaba ocupada una señorita en hacer una camisa (que seria señal de una depravacion completa el atreverse á nombrar), se presentaba un caballero, y daba principio á su ingeniosa conversacion diciendo :

— « ¿ Qué estais haciendo, Miss Clarisa ?

— Un vestidito para la muñeca de mi hermana.

— ¡ Un vestidito ! no es posible. Vamos, Miss Clarisa; ¿ qué es ?

— Un delantal para una de nuestras negras, Mr. Smith.

— ¿ Me creis bobo, Miss Clarisa ? ¿ pues qué no veo yo juntos los dos lados ? Vaya, mejor será que me digais lo qué es.

— ¡ Qué molino ! ¡ Toma ! una funda de almohada, Mr. Smith.

— ¡ No tan calvos, Miss Clarisa ! Entonces seria una funda para la cabeza de un gigante. A ver si yo lo acierto.....

— Con tiento, Mr. Smith, cuenta con no tomarse esas libertades, ó me enfadaré de veras. »

Antes de que llegue á tal punto la conversa-

cion, él y ella no cesan un momento de reirse á carcajadas. Una vez ví á una señorita que, hallándose acosadísima por un gracioso, y queriendo probarle que en efecto era un saco lo que cosía, juntó los extremos de la camisa y los embastó delante de él. «Y ahora, exclamó triunfante al mostrarle su obra, ¿qué teneis que decir?»

Una de mis amigas me sorprendió un dia diciéndome con un tono afectuoso ó mas bien de lástima: «¿Cómo! ¿Tendreis valor de volver á Inglaterra, para educar á vuestros hijos en un pais, donde sabeis que no se os tiene en mucho mas que el fango de las calles?»

Habiéndole suplicado que se explicara, continuó: — Bien sabeis que yo no quisiera haceros la mas leve ofensa; mas el hecho es que los Americanos sabemos mucho mas de lo que pensais: y á la verdad si yo estuviera en Inglaterra, con nadie me asociaria sino con *mi- lores*. Yo no digo ciertamente que no iria á veros; pero convendreis en que no sois de la clase elevada, y por lo tanto sé mui bien como os tratan allá en vuestro pais.

Yo mui rara vez contradecia aserciones de esa especie, pues era menos desagradable é infinitamente mas divertido el dejarlas correr: porque á la verdad, si no lo hubiera hecho asi, hubiera sido siempre de mui poco provecho;

que en las muchas conversaciones que tuve en América respecto de mi pais, no me acuerdo de una sola, en que no supiera yo de él menos que las personas con quienes hablaba.

En cuanto á la gloria nacional me parece que saqué algo mas que mi parte del varapalo, pues siendo muger, no habia dificultad alguna en hablar delante de mí. Una dama, que era de las mas ardientes patriotas, me manifestó todo su miramiento en una ocasion, en que tratándose de Nueva-Orleans, dijo para cortar la conversacion: «Yo quisiera que no se hablase de Nueva-Orleans, y volviéndose á mí añadió con mucha dulzura: debe ser doloroso para vuestro corazon el oír mentar esa ciudad.»

La superioridad inmensa de la marina americana sobre la inglesa era un tema constante, cuyas pruebas escuchaba yo siempre con el mayor silencio posible. Oí decir repetidas veces (tan repetidas y en tan diferentes ocasiones que estoi por creer que ha de haber algo de verdad en esto), que los marineros americanos hacen fuego con la certeza de matar, mientras que los tiros de los nuestros atinan por casualidad. «Tal es, decia un oficial de marina de alta reputacion, el bendito resultado de vuestras leyes sobre la caza; vuestros marineros nunca tiran al blanco; nuestros gatos de entrepuentes se

adiestran en la caza y parten despues un cabello con una bala.» Pero el escarnio favorito, constante, universal, con que me encontraba en todas partes, era el de nuestro apego rancio á cosas añejas y desusadas. Si ellos tuvieran un atisbo de sal entre todos, estoi segura de que me hubiesen puesto por apodo: *Mi abuela, la de la Gran Bretaña*, porque ese tono toman, y asi se reconcilian con la cruda novedad de todas las cosas que los rodean.

« Me asombro de que no esteis ya estomagados de reyes, cancilleres, arzobispos y toda vuestra caterva de pelucones y sotanas, me dijo una vez cierto caballero, tenido por mui hábil, con un bostezo afectado; yo protesto que el nombre solo me da gana de dormir. »

Divierte el contemplar cuán suave les es la idea de su superioridad, pues ellos se creen mas modernos y mas adelantados que la Inglaterra. Nuestra literatura clásica, nuestras dignidades regias, nuestras nobles instituciones, son para ellos reliquias, antiguallas de los siglos bárbaros.

Este consuelo y la vasta estension de su desnudo territorio forman el bálsamo halagüeño, que alivia el alma como un antídoto contra las pequeñas dudas que se suelen levantar de cuando en cuando sobre si su dilatado pais será

ó no de tanta importancia, como cierto lugarejo miserable y desmoronado que ellos conocen.

Estando yo en una reunion de señoras entre las cuales habia una ó dos jovencitas, en quienes mandaba mas la curiosidad que el patriotismo, y habiéndome hecho varias preguntas respecto de la extension y hermosura de Londres, procuraba satisfacerlas, describiéndoles aquella capital lo mejor que me era posible; pero fuimos interrumpidas por otra señora que exclamó: « Quereis callar con vuestro Londres, muchachas; si deseais saber lo que es una hermosa ciudad, ahí está Filadelfia: cuando Mistress Trollope la haya visto, me parece que convendrá en que es mejor hablar de un pueblo bonito que no de esa coleccion destartalada de calles sucias, puercas y asquerosas que llaman Londres. »

Una vez en el Ohio y otra en el distrito de Columbia me presentaron un Atlas para convencermé con la evidencia de mis propios ojos de la pequeñez despreciable de mi pais natal.

No olvidaré en mi vida la gravedad con que en el segundo caso sacó un caballero su caja de instrumentos graduados, y me demostró fuera de toda contradiccion, que el total de los dominios británicos no igualaba en extension al menos importante de sus estados; ni tampoco

dejaré de acordarme del aire, con que despues de su demostracion, y colocandó sus pies sobre la leja de la chimenea, considerablemente mas alta que su cabeza, se puso á silbar *Yankee Doodle*.

Sus gloriosas instituciones y su sin igual libertad no podian por supuesto quedarse sin elogio.

Costóme algun trabajo sin embargo comprender lo que llaman ellos sus gloriosas instituciones, y aseguro, sin la mas leve intencion de aparentar una falsa ignorancia, que jamas he sabido la significacion de esa frase que tiene todo Americano en la boca, cuando habla de su pais. Pregunté al cabo si por sus instituciones entendian sus hospitales y sus penitenciarías. « ¡Oh no! asi llamamos las gloriosas instituciones coetáneas de la revolucion. ¡ Es por ventura, dije yo, vuestra institucion del matrimonio, convertida de rito religioso en contrato puramente civil, que en vez de celebrarse por el ministro de un culto, puede legalizar el juez de paz ?

— ¡ Oh no! hablamos de nuestras divinas instituciones políticas.

Todavía me hallaba en tinieblas, sin poder atinar con lo que querian decir, á menos que no llamaran á su eterno *eleccionear* sin pausa, ni intervalo de un solo dia, de una sola hora, « una institucion gloriosa. »

En cuanto á su incomparable libertad, me parece que la comprendo mejor. Su código de leyes comunes está formado por el nuestro, no habiendo entre nosotros mas diferencia sino que en Inglaterra se obra segun las leyes, y en el Norte de América no.

No hablo ahora de la policia de aquellos pueblos; creo que estará bien ordenada: la de Nueva-York goza como tal, de una celebridad universal; pero fuera del alcance de su influencia, el desprecio de las leyes es mayor de lo que me atrevo á decir, para que se me crea. Los desmanes, ultrages, robos y hasta asesinatos, se suelen cometer con tanta mayor impunidad quanto que los magistrados no dan muchas veces paso alguno.

Durante el verano que pasamos tan deliciosamente en Marilanda, suspendimos muchas veces nuestras excursiones hácia varios parages por consejo de nuestros buenos amigos, que conocian los hábitos y la moral del pais. Cuando preguntamos la causa, nos dijeron que habia un ventorrillo en el camino, y que no era prudente acercarse á él.

La línea del canal de Chisapica (Chesapeake) y Ohio pasaba á pocas millas de la residencia de Mistress S***; y sucedió por dos veces, en la temporada que pasamos con ella, que se descubrieron cadáveres medio escondidos en sus

cercanías : circunstancia que solo excitaba una especie de maravilla de media hora; y cuando pregunté por el que en una ocasion habian traído la noticia : « O lo han muerto *espero yo*, ó puede que lo haya agarrado la fiebre del canal. » No se hizo sin embargo pesquisa alguna, ni produjo mas sensacion aquella ocurrencia que si se hubieran encontrado un cerdo muerto.

La abundancia de alimento y la escasez de ahorcados eran tambien de los argumentos selectos para probar su superioridad con respecto á Inglaterra : dos cosas escelentes, pero cuya inferencia me parece inadmisibile. Un territorio inmenso y fecundísimo, si bien apenas habitado, puede producir sin trabajo alimento abundante para su poblacion ; y cuando un pícaro desesperado conoce que, si ha calentado demasiado, para aguantarlo, su ciudad ó ranchería, basta que haga una jornada de pocas millas hácia el oeste, seguro de encontrar carne y huiqui en abundancia, y sin peligro de que la lei le pise los zancajos, no es extraordinario que la cuerda haga tan poco egercicio.

Durante nuestra mansion en Los-Cincinnati, cojieron á un asesino de la mayor atrocidad, y habiéndolo juzgado, y estando convicto, lo condenaron á muerte. En el juicio se descubrió que años atras habia asesinado cruelmente

á su muger y á su niño en Nueva-Orleans, pero en el tiempo que fué cometido el crimen no se habia hecho investigacion alguna. El que ahora se habia denunciado á la justicia y habia provocado su terrible sentencia, era otro asesinato : el delincuente habia muerto á su segunda muger, y el principal testigo que habia contra él, era su propio hijo.

Fijóse el dia de la egecucion, y la sensacion producida por la novedad del espectáculo fué tan grande (por ser el primer blanco que se egecutaba en Cincinnati) que hubo quien por verlo, hizo un viaje de sesenta millas.

Entre tanto algunas buenas gentes empezaron á provocar dudas sobre la legitimidad del derecho de ahorcar á un hombre que las leyes egercen, y se presentó una peticion al gobernador del estado de Ohio, á fin de que conmutase la sentencia de muerte en encierro perpetuo. El gobernador se excusó por algun tiempo de intervenir en la sentencia del tribunal ante quien el reo habia sido juzgado ; pero al fin atemorizado por lo singular de la situacion en que se hallaba, cedió á las instancias importunas del partido presbiteriano que lo acosaba, y envió sus órdenes al gerif. Estas órdenes no eran para suspender la egecucion, sino para preguntarle : si queria que se conmutase su

sentencia, y ser enviado á una penitenciaría, en lugar de ir á la horca.

El gerif pasó á ver al reo, y habiéndole propuesto la alternativa de la cuerda ó su asentimiento, obtuvo por respuesta : « Si hubiera en el mundo algo que pudiese decidirme á dar el consentimiento, seria la esperanza de vivir bastante para descuartizaros y hacer añicos al perro de mi hijo : como quiera que sea, no consiento ; tendreis que ahorcarme. »

El digno gerif, á quien concierne el terrible oficio de verdugo, le dijo cuanto le sugirió su razon para persuadirlo á que firmara el documento que le ofrecia, mas en vano ; solo consiguió que lo insultara per sus generosos esfuerzos.

Llegado el día del suplicio, señalaron para la egecucion la falda de una colina, sitio único descuajado cerca de la ciudad, y muchas horas antes del tiempo prefijado, lo vimos cubierto de una multitud inmensa de hombres, mugeres y niños. Por último se acercó el momento ; descubrióse el carro fatal que iba subiendo la cuesta lentamente, y el rumor bullicioso del concurso se convirtió en un silencio profundo. Estando ya el miserable reo en el cadalso, volvió el gerif á presentarle la propuesta para que aceptase la conmutacion de la pena ;

pero él tiró el papel y gritó : « Ahorcadme. »

Mediodia era el punto en que se debía cortar la cuerda ; el gerif estaba en pie, con el reloj en una mano y el cuchillo en la otra ; ya tenia el brazo levantado, el golpe iba á caer, cuando el delincuente dió un grito horrible y exclamó : « Sí firmo. » En consecuencia lo condujeron de nuevo á la prision entre los alaridos, risotadas y algazara del populacho.

Yo no soi aficionada á que se ahorque ; pero no sé que se notaba en todo aquello que desdecia del decoro majestuoso de la sana justicia.

CAPITULO XV.

Congregacion Campal.

Aquel mismo verano tuve la oportunidad de ver una congregacion campal, oportunidad que deseaba tanto tiempo habia, y de que me aproveché, aceptando la invitacion de una señora y un caballero ingleses para acompañarlos en su coche.

Reuníase la asamblea de los fieles en un descampado triste y montañoso de los confines de la Indiana, y la idea de pasar la noche en aquellos bosques solitarios nada ofrecia de placentero; pero apurando mi valentía, saqué fuerzas de flaqueza y me puse en camino, á fin de ver con mis propios ojos y oír con mis propios oídos, lo que era en realidad una congregacion campal ó «camp-meeting.» Me habian dicho que el asistir á la congregacion campal era pisar los umbrales del cielo, y verlo abierto de par en par; me habian dicho que asistir á la congregacion campal era encontrarse en el mismísimo infierno, y yo me

persuadí que en uno y otro caso debia ser curiosísima cosa y digna de las fatigas de una jornada aporreadora y de una noche desvelada.

Llegamos al terreno una hora antes de media noche; pero ¡qué escena tan pintoresca representaba el cuadro que se descubrió á nuestra vista! Abrióse á la entrada de un bosque impenetrable un espacio como de veinte acres en forma de atrio, descuajado en partes á propósito para celebrar allí la reunion. En el centro se alzaban á la redonda tiendas de todas dimensiones estrechamente unidas; á estas servia de empalizada una rueda exterior de carruages de cuantos cortes y trazas hai en toda la república, y á las zagas de ellos estaban atados los caballos que los habian arrastrado. por entre aquel triple círculo de defensa distinguimos la brillante y alegre llama de numerosas hogueras, y las luces mucho mas numerosas, que se mecian pendientes de los árboles que habian dejado sin cortar dentro del sagrado recinto. Hasta la luna acrecentaba la magestad de la perspectiva en aquel momento, que llegada á la cumbre del cielo parecia detenerse para iluminar con sus rayos el templo del desierto.

Dejamos nuestro carruage bajo la custodia de un criado, con orden de que preparara en él una cama para Mistress B. y para mí, y en-

tramos en el círculo interior. La primera vista me recordó Vauxhall (*) por el efecto de las luces, entre los árboles y la multitud bullidora que rueda debajo de ellas; mas la segunda me mostró una escena enteramente distinta de todo lo que yo habia visto. Cuatro especies de andamios altos y contruidos en guisa de altares ocupaban las cuatro esquinas del recinto; sostenian estos estantes ó pilares de tierra y lodo en que ardian brillantes teas. A un lado habian erigido una plataforma grosera como una especie de teatro para los predicadores, que en número de catorce oficiaban en la congregacion, y á intervalos mui cortos para poderse refrescar y consagrarse á sus devociones particulares, predicaban por turno dia y noche desde el martes hasta el sábado.

Cuando llegamos, descansaban los predicadores; con todo oíamos en casi todas las tiendas el ruido confuso de los que oraban, de los que predicaban, de los que cantaban, y los suspiros y sollozos de los que gemian y se lamentaban. La entrada de las tiendas estaba cubierta

(*) Jardines de Londres, donde en el verano hai espectáculos de todas especies, fuegos artificiales, bailes, etc. A pesar de ser la entrada carisima, la concurrencia es siempre inmensa; sobre todo cuando « echan moros y cristianos, » es decir cuando representan alguna victoria de las armas inglesas, por egemplo la de Waterloo.

con grandes cortinas, la incierta luz que penetraba por entre ellas y á que servia de fondo la profunda oscuridad del bosque, producía un efecto misterioso que elevaba el alma á la meditacion; y si las voces que resonaban en torno de mí hubieran sido menos discordantes, ásperas y salvages, hubiera yo encontrado un deleite en su misma confusion; sin embargo hubiera sido imposible permanecer como lo hicimos en el ángulo de una tienda, de donde salia mas que su parte de clamoreos, sin arriesgarse á perder el temple mas poético, y asi no tardó en desaparecer toda la ilusion, apoderándose del alma realidades que no pueden confundirse ni olvidarse.

Se paseaban por el centro muchas bandadas de personas que como nosotros parecian solamente espectadores; y algunos tenian tan poco miramiento ó tanta curiosidad que levantaban sin ceremonia una punta del telon, para atisbar lo que pasaba en el interior.

Asi pudimos aprovecharnos tambien nosotros de la ocasion, para ver una de las tiendas. Su suelo estaba cubierto de paja, de la cual habia una gran cantidad en garbas al rededor para servir de asientos, y en que entonces apoyaban las cabezas y los brazos varios hombres y mugeres puestos de rodillas y juntos como pájaros en sarta.

Habria como unas treinta personas colocadas de ese modo, de las cuales tal vez no se contaban seis que fueran hombres. Uno de estos, hermoso jóven de diez y ocho á veinte años, estaba arrodillado precisamente bajo la abertura misma de la cortina por donde yo miraba. Tenía el brazo echado al cuello de una muchacha que estaba de rodillas junto á él, y cuya cabellera caía descompuesta y enredada por la espalda y los hombros, aumentando la expresion de su semblante, expresion que revelaba un alma agitada con la mayor violencia. Él y ella no tardaron en arrojar se de cara sobre la paja, como si les hubiera sido imposible resistir en otra postura la elocuencia ardiente de un figuron de entierro, largo, seco y vestido de negro que plantado en pie en medio de sus ovejas, estaba declamando unas preces ingertas en homilía con su algo de conversacion. Colgábanle los brazos al reverendo como á un marionete; y aun cualquiera lo hubiese creído un autómeta mal trazado, puesto en movimiento por una fuerza superior á su resistencia y que amenazaba su ruina, tan á latigazos y con tanto trabajo salian de su boca las palabras, aunque con una velocidad irconciliable con los estorbos de su lengua. La rueda de los penitentes no cesaba un momento de llamar á Jesus recorriendo cuantos tonos

puede variar la voz humana, acompañando sus invocaciones con ayes, suspiros y con una especie de aullo sordo que daba pena escuchar. Mas apartó mi atencion del predicador y del círculo que lo rodeaba un personage solitario arrodillado á cierta distancia: era la imágen viva del Macbriar de Scott, y como él jóven, salvaje y terrible. En el fervor de la oración habia alzado en alto los brazos, pero los estiraba tanto que se le asomaban los codo por las bocamangas; sus grandes ojos centelleaban horriblemente; gritaba sin un instante de intermision: ¡ Gloria! ¡ gloria! ¡ gloria! ¡ gloria! y con una violencia que tenía hinchadas las venas como si fueran á reventársele. Como aquel espectáculo era demasiado horrible para mirarlo mucho tiempo, nos alejamos de él estremecidos.

Dimos la vuelta por todas aquellas barracas, deteniéndonos donde excitaban particularmente la atencion algunos gritos ó rumores que anunciaban mas vehemencia que de ordinario. Procuramos escudriñar cuantas pudimos, y todas las hallamos cubiertas de paja, dándoles las figuras arrodilladas, sentadas, y tendidas que las llenaban, y los gritos espantosos y convulsivos que salian de ellas, la apariencia de jaulas de algun hospicio de locos.

Habia una tienda ocupada solo por negros:

¡ Ciegas lenguas *, que apenas un cayado
 Aciertan á llevar y el arte ignoran
 Del fiel pastor amante del ganado !
 Al escuchar las rudas cantinelas ,
 Que sus almas livianas enamoran ,
 La vil zampona de mezquina paja
 Hacen tambien sonar : sus ovejuelas
 Ora miran sedientas ,
 Ora balan hambrientas ;
 Hasta que ya podrida
 Revienta al primer soplo, y se difunde
 Mortal contagio y por do quiera cunde .

El *redil* era el espacio que estaba inmediatamente bajo el tablado de los predicadores ; por lo tanto nos encontrabamos á la orilla, y podiamos ver y oir perfectamente cuanto pasaba en medio de aquel gentío.

La multitud retrocedió al oir el nombre de *redil*, y durante algunos minutos estuvo vacante el espacio que habia delante de nosotros. Los predicadores bajaron de su tablado y colocándose en el centro, empezaron á cantar un himno y á llamar á los penitentes. Mientras cantaban se volvian á todas partes, y la

(*) Es inútil justificar á Milton, ni justificarme yo : las figuras se sienten, no explican. El original dice *bocas* « *Blind mouths* ; » nuestra lengua no permite esa imágen ; yo he creido como siempre que era mejor traducir pensamientos por pensamientos que palabras por palabras. En cuanto á las manos de la lengua, allá se las avenga la poesia con la critica. Yo veo una imágen agradable en llamar á un hombre todo lengua ; no faltará quien vea un dragon ó tal vez un cienpies.

congregacion iba formando coro aumentándose las voces por grados. Este fué el único momento en que yo apercibí alguna cosa semejante al efecto bello y solemne que me habian ponderado, al describirme el culto de los bosques. No hai duda que el concierto de voces de aquella multitud escuchado en el silencio de la noche y en el fondo de los bosques eternos, los rostros hermosos de tanta jóven levantados al cielo, y mas pálidos y lindos cuando los rayos de la luna los iluminaban, el aspecto sombrío de los ministros que oficiaban en medio del círculo, el reflejo melancólico que las teas del altar arrojaban sobre los bosques, todo formaba un cuadro majestuoso que no olvidaré fácilmente. Sin embargo antes de haber gozado bien de su hermosura, la escena cambió, convirtiéndose la sublimidad en horror y disgusto.

La exhortacion que le dió principio se asemejaba mucho á la que habia oido en la resurreccion, aunque el resultado fué muy diferente: porque en vez de las pocas mugeres histéricas que se distinguieron en aquella ocasion, salieron entonces sobre cien personas, la mayor parte mugeres, dando gemidos y sollozos tan horribles que todavía tiemblo cada vez que me acuerdo. Parecia que se arrastraban unas á otras, y á la voz de « oremos » se pusieron todas de rodillas ; aunque esta postura fué cam-

biada por otras que les dejaban mas libertad para los movimientos convulsivos de sus miembros, y no tardaron en tenderse todos en el suelo con una confusion indescribible de cabezas y piernas. Por mi parte al ver aquellos meneos de cuerpo, aquel manotear y dar patadas, aquel revolverse como si nadaran, temia á cada instante que ocurriese algun accidente grave.

Mas ¿cómo describiré los sonidos, gritos, voces, alaridos, suspiros y sollozos que salian de semejante empanada de seres humanos? Confieso que no conozco palabras capaces de pintar tales escenas. Por todas partes se oian ayes histéricos, gemidos convulsivos, chillidos y lamentos. Yo me sentí mala de horror. Con todo aun no estaban contentos con tanta barahunda, y para aumentar su ronca y exaltada algazara, empezaron á dar palmadas violentamente. Mis ojos veian una de las escenas del Infierno del Dante.

« Quivi, sospiri, pianti. ed alti guai
Risonavan per l'aere.
. Orribili favelle
Parole di dolore, accenti d'ira
Voci alti e fioche, e suon di man con elle. »

Muchas de aquellas infelices criaturas eran jóvenes preciosas. Los predicadores pasaban por entre ellas excitando y consolando sus

congojas. Yo oí misteriosos « ¡ Hermana ! ¡ cara hermana ! » Yo ví labios insidiosos acercarse á las megillas de las pobrecitas muchachas; yo escuché las confesiones ahogadas de las infelices víctimas, y sorprendí á sus verdugos dándoles al oido consuelos que teñian de púrpura sus rostros amarillos. Si yo hubiera sido un hombre, estoi segura que hubiese hecho una calaverada, interviniendo en tanto escándalo; ni creo que hubiera pasado cosa semejante en presencia de Ingleses sin que inmediatamente hubiera sido castigada la hipócrita temeridad de sus autores, por no hablar de la disciplina saludable de la noria, que sin disputa alguna se emplearia en Inglaterra para prevenir tan turbulentos como viciosos abusos.

Pasada la primera furia que siguió á la genuflexion, los suspiros se convirtieron á menudo en voces altas y perceptibles, que me produjeron una vibracion extraña con parte de efecto trágico y de sentimiento cómico.

Una muchacha lindísima que estaba arrodillada como la Magdalena de Canova casi á nuestros pies, terminó su gerigonza incomprehensible exclamando : « Ay ! ¡ ay de los que resbalan ! ¡ escúchalo, escúchalo, Jesus ! yo tenia quince años cuando murió mi madre, y resbalé, sí, ¡ Jesus mio ! resbalé. ¡ Llévame á tu

casa con mi madre, ¡ Jesus! llévame á tu casa con ella que estoi cansada! « ¡ O Juán Miguel, Juan Miguel! » y despues de haber gemido cubriéndose el rostro con sus manos, levantó de nuevo la cabeza pálida como una muerta, y dijo: « ¿ Me sentaré yo en el banco de la salvacion con mi madre? con mi madre querida, madre mia? ¡ O Jesus! llévame á tu morada, llévame á tu morada. »

¿ Quién hubiera negado una lágrima al ver el ahinco con que una jóven tan amable demandaba la muerte? pero antes de dejar el sitio, la ví con su mano asida estrechamente y la cabeza sostenida por un hombre, á quién debia parecerse Don Juan, cuando lo echaron del infierno por demasiado malo.

Una muger estuvo llamando al Señor, como ellos dicen, con los gritos mas terribles, y sin cerrar un instante la boca durante las dos horas que tuvimos el capricho de permanecer en aquel pótro. Al fin se puso tan ronca y tan colorada que yo creí que iba á rompérsele una vena. En medio de su tarabilla le oimos decir: « Yo me agarraré firme á Jesus, y nunca lo soltaré; si me llevan al infierno, me agarraré á él firme, firme, firme. »

El ruido tempestuoso de la asamblea solia variar con el canto de los predicadores, pero los movimientos convulsivos de los pobres ma-

níacos eran entonces mas violentos. Por último subió á tal grado de grosería la atroz maldad de aquella horrible escena que nos fué imposible presenciarla mas tiempo. Volvimos pues á nuestro carruage sobre las tres de la mañana y pasamos lo restante de la noche escuchando el tumulto del redil, que de momento en momento crecia con mayor violencia. Fué imposible dormir. Al romper el dia volvió á sonar el cuerno para que se retirasen los fieles á su devocion particular; y como una hora despues notamos en el campo que toda la asamblea se ocupaba alegremente y con las mejores disposiciones en preparar ó devorar un almuerzo esencialmente nutritivo, como si hubiera pasado la noche en un baile; noté muchos semblantes hermosos aunque descoloridos que reconocí, y entre otras el de una demoniaca de la noche pasada que se reia como una loca junto á un pastor, á quien administraba con el mayor cariño café caliente y huevos. El santo predicador y la pecadora de los aullidos saboreaban al parecer tan dulce modo de reparar sus fuerzas.

Habiendo tomado con abundancia té bastante cargado, que me probó como un delicioso confortante despues de una velada tan extraña, me interné sola en el bosque, y creo

que nunca me ha parecido mas halagüeña la perfecta tranquilidad del desierto.

Poco despues nos retiramos, pero antes de partir supimos que los predicadores habian reunido una colecta *satisfactoria* para biblias, egemplos y *demas propósitos religiosos*.



CAPITULO XVI.

Peligro de las excursiones campestres.—Enfermedad.

No es fácil disfrutar de las bellezas de la perspectiva de América en los climas occidentales, aun cuando se viva en medio de los paisajes que mas ofrecen que admirar; por lo menos, al abandonarse á la curiosidad se arriesga mucho la salud. Excepto el exponerse al relente por la noche, nada es mas perjudicial que exponerse al calor del mediodia, y los momentos de *entre-luz* son tan cortos, que saliendo para cualquiera parte cuando comienza á refrescar, apenas se puede andar media milla antes que el sol se ponga, y la prudencia aconseja el retirarse mas que de priesa para no cojer un *frio*.

Me se figura que nosotros arrostramos esos peligros mas que los habitantes del pais, y si no lo hubieramos hecho asi, hubieramos salido de Los-Cincinatos sin ver sus alrededores.

Aunque nos mantuvimos siempre firmes en

que nunca me ha parecido mas halagüeña la perfecta tranquilidad del desierto.

Poco despues nos retiramos, pero antes de partir supimos que los predicadores habian reunido una colecta *satisfactoria* para biblias, egemplos y *demas propósitos religiosos*.



CAPITULO XVI.

Peligro de las excursiones campestres.—Enfermedad.

No es fácil disfrutar de las bellezas de la perspectiva de América en los climas occidentales, aun cuando se viva en medio de los paisajes que mas ofrecen que admirar; por lo menos, al abandonarse á la curiosidad se arriesga mucho la salud. Excepto el exponerse al relente por la noche, nada es mas perjudicial que exponerse al calor del mediodia, y los momentos de *entre-luz* son tan cortos, que saliendo para cualquiera parte cuando comienza á refrescar, apenas se puede andar media milla antes que el sol se ponga, y la prudencia aconseja el retirarse mas que de priesa para no cojer un *frio*.

Me se figura que nosotros arrostramos esos peligros mas que los habitantes del pais, y si no lo hubieramos hecho asi, hubieramos salido de Los-Cincinatos sin ver sus alrededores.

Aunque nos mantuvimos siempre firmes en

nuestra resolucion de no disfrutar mas horas *silvanas* en los bosques del Ohio, no dejamos de pasar dias enteros en el Quentuqui, trazando el curso de un arroyo ó trepando á los puntos mas elevados con la esperanza de descubrir alguna perspectiva lejana. Una vista del Ohio ó los senos sombríos del hermoso Licking eran siempre los rasgos mas notables del paisage.

Habia sin embargo un sitio tan hermoso que no nos cansábamos de visitarlo, aunque no estaba libre de mosquitos; pero hallándose situado sobre la orilla de un riachuelo y habiendo en él enormes troncos tendidos en el terreno á medio desmontar que lo rodeaba, era precisamente el lugar mas peligroso y al que nos habian aconsejado mas de cien veces no volver. Con todo nosotros lo arrostrábamos todo por comer junto á la orilla de nuestro hermoso riachuelo, y contemplar los rayos del sol que ondeaban en su musgosa márgen, á tanta distancia de nuestro retiro que no nos alcanzaba su calor. Poco mas abajo de la fuente en que se enfriaba nuestro vino, habia una cascada de bastante elevacion para darnos música con la caída de sus aguas, y el licor puro y brillante de un raudal que se purifica precipitándose por breñas y peñascos.

Una de mis mayores delicias era sentarme

junto á aquella miniatura de cascada, y leer ó pasar el dia divirtiendo el pensamiento.

A la verdad era un hecho constante para nuestra mortificacion que siempre que descubriamos un recinto pintoresco, donde el césped y la grama, y sombra espesa, y un cristalino arroyo, y árboles caídos, magestuosos aun en sus ruinas, nos tentaban á gozar de su frescura y belleza, no dejaba de ser un sitio señalado con la terrible nota de malsano.

Tambien contabamos entre nuestras diversiones favoritas la de embarcarnos y bogar en las aguas del Ohio; aunque chocaba tanto esta clase de diversion en el pais que solian darnos sendos gritos desde las orillas los ilustrados republicanos, como si fuéramos unos monstruos.

No vimos que los habitantes del pais tuvieran otro deleite en el campo que el de comer fresas y nata en un jardin mui bonito situado á cosa de tres millas de la poblacion: allí se solian ver á menudo tres ó cuatro carruages, extremo de disipacion que no se encontraba en ninguna otra parte. Las fresas podian recibirse por fresas; mas la nata era peor que legía y costaba medio peso por persona, que, siendo el precio de media res, me pareció « mui considerablemente mucho, » si me es lícito servirme de una locucion expresiva del pais.

Repetidas veces nos habian dicho los que conocian el clima que el *segundo verano* se miraba como la gran prueba que tenia que pasar la salud de los Europeos establecidos en América; mas ya estabamos nosotros á la mitad del segundo agosto, y excepto la fiebre de uno de mis hijos, no habiamos experimentado la mas leve alteracion en nuestra salud. Con todo yo fui la víctima marcada para justificar la verdad de aquella prediccion, y antes de acabarse el mes caí á los pies del monstruo que reina entre los lagos y los rios del pais, y recorre todo su suelo cubriéndolo de fiebre y muerte con su aliento. Nueve semanas se pasaron sin que pudiera salir de mi habitacion, y mas parecia que iba al campo de Potter (Potter's Field), como llaman el cementerio de los Ingleses, que á ninguna otra parte.

La convalecencia me fué mas molesta que la misma enfermedad, pues mi salud tardó mucho tiempo en restablecerse, y en el ínterin sufrí en todos mis miembros los efectos de la fiebre. Como aun despues de haberme declarado convaleciente, permanecí en la cama algunas semanas obligada á leer para entretenir el tiempo, me procuraron varias novelas americanas. La de « Francisco Berrian » de Mr. Flint es excelente; un poco salvaje y exagerada, pero con escenas de interes y sen-

timientos del primer órden. « Hope Leslie » y « Redwood, » romances escritos por miss Sedgwick, señorita americana, tienen mucho mérito. Entonces leí por primera vez todas las novelas de Mr. Cooper; y al acabar de recorrer todas esas producciones del ingenio americano, me era imposible cerrar los ojos, sin ver alrededor de mí centenares de cráneos sangrientos despojados de sus cabelleras; Indios rojos altos y enjutos que silenciosamente venian á sorprenderme; oía himplar panteras, veía arder selvas, y donde quiera que huyese, me perseguía una planta veloz, ó me esperaban los ojos penetrantes de un salvaje y su larga escopeta. Apenas podia desterrar de mi cerebro tales aventuras de sangre y ferocidad con una onza mas de calomel: lo único que me causó mucho alivio fué la mudanza de lectura. Me dieron el consejo de entregarme exclusivamente á la de novelas *elegantes*; pero como no se hallaba mi cabeza mui despejada, solia mezclar de una manera extraña los pícaros y asesinos de Bulwer con los feroces salvajes de Mr. Cooper, hombres, mugeres y niños, confusion que me hacia pasar mui malos ratos entre unos y otros en mis momentos de desvarío.

No me levantaba todavía, ni mis fuerzas me dejaban sentar derecha. ¿Qué podia leer sin peligro para divertirme? Ocurrióseme la idea

feliz de empezar con Waverley y continuar (aunque no por la primera vez) con toda la serie que lo sigue. En efecto al punto me encontré en un mundo nuevo: parecia que el vigor natural y sano de cada página comunicaba á mis nervios un grado mas de fuerza; mi languidez desaparecia por momentos; cesó mi disposicion asombradiza, y á pesar de estar baldada, gozaba todos los placeres de la imaginacion; pero ese tiempo fué mas corto de lo que puede creer quien no sepa los volúmenes que devora la constante lectura de un dia larguísimo de ocio. Sin embargo cuando acabé con el remedio, tuve el placer de andar una media docena de varas, y de poder tomar el aire en un carruage abierto, y lo que es mejor, dormir tranquilamente.

No fué mui agradable la noticia que tuve al salir de mi convalecencia de que nuestro proyecto de colocar en Cincinatos á mi hijo no tendria efecto; pero fué mas triste el verlo atacado mui poco despues de la fiebre biliosa del pais que ya habia tenido, y que en esta segunda ocasion se convirtió en calenturas intermitentes. Yo no habia visto sus efectos hasta entonces, y asi sufrí como una desdichada por lo que miraban los demas como de ninguna consecuencia.

Yo creo que esta terrible enfermedad no

amenaza con un peligro inmediato; mas nadie me hará creer que la pérdida súbita y violenta de fuerzas, las horrorosas convulsiones que desconciertan los miembros, y la sombra lívida que cubre toda la piel, son síntomas que puedan acometernos sin conmovier el cimiento de la salud y de la vida. Creimos muchas veces que la enfermedad estaba ya curada, y el pobre paciente lo creia tambien y empezaba á contar con la salud y la robustez; mas volvia á caer, y sus recaidas fueron tan frecuentes que se declaró víctima de una disposicion enfermiza. Yo misma me sentia mui endeble, y asi no tardamos en resolernos á salir de Los-Cincinatos. La única circunstancia que se oponia á nuestra determinacion era el temor de que Mr. Trollope que debia unirse con nosotros á la primavera, podia haber salido y llegar á Cincinatos, cuando ya no estuviésemos allí. Sin embargo, como segun nos habia dicho, no debia embarcarse hasta fines de la estacion, me decidí á correr el riesgo, aunque por otra parte el invierno se habia presentado con mucha severidad, y los vapores no andaban por estar helado el rio. El hielo no se rompió en todo el mes de febrero, y aguardabamos con impaciencia su partida mirándola como la señal de la nuestra.

La quiebra del hielo en el Licking y el Ohio

nos dió un espectáculo curiosísimo. Por la noche presentaba el río una superficie sólida de hielo, y por la mañana se veía una multitud de carámbanos flotantes de todos los tamaños y formas imaginables, que haciendo remolinos se chocaban con espantosa violencia y con un ruido que á nada puedo comparar.

Saludamos con mayor júbilo aquella perspectiva, porque nos daba esperanzas de nuestra navegacion inmediata, pero me abatió mucho el oír que uno ú dos vapores cansados de aguardar querían salir por la mañana. La idea de chocar á cada paso con aquellas islas flotantes debía asustar á cualquiera, y además me dijeron muchas personas que mis temores no eran infundados, y que habian sucedido varias desgracias, añadiendo que las masas de hielo que bajaban del río Miami, por cuya embocadura teníamos que pasar, podían detener nuestra marcha; en una palabra, esperamos con paciencia y prudencia, hasta que los prácticos en tales materias nos aseguraron que podíamos embarcarnos sin peligro.

CAPITULO XVII.

Partida de Los-Cincinnatios.—Sociedad del vapor.—Llegada á Wheeling.—Un ingenio.



Salimos de Los-Cincinnatios á principios de marzo de 1830, y en mi opinion no habia uno solo en nuestra reunion que no experimentara un sentimiento de placer al embarcarse. Habiamos visto repetidas veces todas las extrañas variedades del pequeño mundo que formaba su sociedad, y nos habiamos divertido con su engreimiento, sus gustos y su tono, hasta que habian cesado de divertirnos. No habia loma, colina ó alto sano, breña ó roca, á donde no nos hubiesemos encaramado; no habia bosque ni maleza, cuyo sendero no hubiesemos trillado; así que nada dejamos en Cincinnatios que sintiesemos haber perdido, exceptuando dos ó tres personas con cabezas y corazones que no pertenecen exclusivamente á pais ninguno, sino que se encuentran esparcidos en el universo

nos dió un espectáculo curiosísimo. Por la noche presentaba el río una superficie sólida de hielo, y por la mañana se veía una multitud de carámbanos flotantes de todos los tamaños y formas imaginables, que haciendo remolinos se chocaban con espantosa violencia y con un ruido que á nada puedo comparar.

Saludamos con mayor júbilo aquella perspectiva, porque nos daba esperanzas de nuestra navegacion inmediata, pero me abatió mucho el oír que uno ú dos vapores cansados de aguardar querían salir por la mañana. La idea de chocar á cada paso con aquellas islas flotantes debía asustar á cualquiera, y además me dijeron muchas personas que mis temores no eran infundados, y que habian sucedido varias desgracias, añadiendo que las masas de hielo que bajaban del río Miami, por cuya embocadura teníamos que pasar, podían detener nuestra marcha; en una palabra, esperamos con paciencia y prudencia, hasta que los prácticos en tales materias nos aseguraron que podíamos embarcarnos sin peligro.

CAPITULO XVII.

Partida de Los-Cincinnatios.—Sociedad del vapor.—Llegada á Wheeling.—Un ingenio.



Salimos de Los-Cincinnatios á principios de marzo de 1830, y en mi opinion no habia uno solo en nuestra reunion que no experimentara un sentimiento de placer al embarcarse. Habiamos visto repetidas veces todas las extrañas variedades del pequeño mundo que formaba su sociedad, y nos habiamos divertido con su engreimiento, sus gustos y su tono, hasta que habian cesado de divertirnos. No habia loma, colina ó alto sano, breña ó roca, á donde no nos hubiesemos encaramado; no habia bosque ni maleza, cuyo sendero no hubiesemos trillado; así que nada dejamos en Cincinnatios que sintiesemos haber perdido, exceptuando dos ó tres personas con cabezas y corazones que no pertenecen exclusivamente á pais ninguno, sino que se encuentran esparcidos en el universo

como para reconciliarnos con él. La pena que teníamos era no por salir del país sino por haber entrado en él; porque allí habíamos perdido la salud, el tiempo y el dinero.

Entramos á bordo del barco de vapor que debia conducirnos á Wheeling á las tres. Era un buque soberbio, el más hermoso que yo habia visto. Las cámaras ocupaban la parte superior, y los pasajeros de cubierta, como ellos dicen, iban debajo. Habia en frente de la cámara de las señoras un ancho balcon, protegido por un toldo donde habian puesto sillas y sofaes, de modo que, á pesar de la estacion, casi todas las mugeres pasaban el dia en aquel sitio. El nombre de este magnífico vapor era la Lady Franklin. Diré de paso que una de las cosas que me solian divertir mas frecuentemente es la aficion innegable que manifiestan los Americanos á los títulos. Las mugeres de sus hombres eminentes reciben constantemente el de «Lady» (señora). Hai Lady Washington, Lady Jackson y otras muchas Ladies. Eternamente se les ve recurrir á sus títulos militares, cosa que no deja de hacer reir á los Europeos, porque recaen en mesoneros, verduleros y otros personajes de la misma laya. Creo sin embargo que el egemplo mas notable de esa rabia aristocrática, lo observamos

en Cincinatos. Hablando Mr. Trollope de uno de nuestros vecinos, lo llamó simplemente Mr. M.

— «El general M—, señor, observó su compañero.

— Que perdone, replicó Mr. Trollope, pero yo ignoraba que sirviese en el egército.

— No, señor, no sirve en el egército, respondió el otro, pero hasido agrimensor general del distrito. »

El tiempo era delicioso : habian desaparecido las señales del invierno y nos encontramos sobre las aguas del Ohio, subiendo su corriente y disfrutando de toda su hermosura.

Poco vimos ó nada de los pasajeros del buque, porque excepto los cortos momentos destinados á almorzar, comer y cenar con el silencio de una cartuja, momentos en que nos concedian la gracia de admitirnos á su mesa, no nos era permitido á las señoras el entrar en su cámara.

Nosotras teníamos decididamente la mejor parte de la Lady Franklin, porque poseiamos nuestro hermoso balcon; y á la verdad nuestra estancia era en todo y por todo mui superior á la del vapor que nos transportó de Nueva-Orleans á Menfis; cuyo camarote construido malamente debajo de la cámara de proa, parecia mas que estancia para gentes un barril

de sardinas, donde nos habia embutido nuestra aciaga fortuna, debiendo permanecer en nuestro calabozo, « hasta que, como nos dió á entender el proveedor, nos llamara la campana del refectorio. »

La separacion tan mencionada de los sexos en ninguna parte es tan notable como á bordo de los barcos de vapor. Habia entre los pasajeros en esta ocasion un caballero y su muger que sufrían al parecer muchísimo á causa de tal disposicion. La pobre estaba casi imposibilitada de moverse, y él tenia con ella un esmero extremado, á lo menos en lo que permitia el reglamento del buque. Cuando el proveedor abria la puerta de comunicacion de las dos cámaras, y se permitia que nos acercáramos á la mesa, el marido de la enferma estaba siempre pegado á la entrada, para ayudarle á tomar asiento; y cuando la volvía á acompañar á su salida, se detenía un instante ó dos en el umbral prohibido, sin dejar el punto hasta que habia pasado la última muger. Una vez ó dos, estando todas las mugeres menos su esposa en el balcon, se aventuró á entrar en nuestra cámara y sentarse un momento junto á ella, pero luego que sintió que una de nosotras entraba, escapó como un criminal que procura esconderse.

Al referir las disposiciones particulares que

se creen necesarias para no herir la delicadeza de las señoras americanas, ó para la comodidad y regalo de los caballeros, no puedo olvidar un cuento que he visto en los papeles públicos sobre las visitas que el capitán Basilio Hall, segun pretenden, se empenó en hacer á su esposa y niño á bordo de un vapor del Misisipi, despues de haberle informado que semejantè cosa era vedada por la lei. Yo sé por una casualidad que ni el capitán ni Mistress Hall entraron jamas en la cámara de las señoras en todo su viaje, porque ocupaban una estancia particular que habian alquilado para sí y su familia. La veracidad de los papeles públicos no es acaso la mas segura sea donde quiera, pero, si no me engaño mucho, los papeles americanos hacen circular mas mentiras, y mentiras mas gordas, que todos los papeles del universo juntos, siendo por supuesto Inglaterra y los Ingleses el manantial inagotable de materia para cuajarlas.

Mas volviendo á nuestro viaje; qué diferentes serian los que se hacen al otro lado del Atlántico, si pudiera introducirse allí otra manera de viajar! Serian excursiones, que en aquellos grandes y tranquilos rios ofrecerian mil delicias; excursiones que se emprenderian por placer para disfrutar de ellas. En el caso

mismo de no conocerse los pasajeros, la idea sola de que todos se reunían con igual intencion de comer, beber y pasar alegremente una semana ó quince dias, seria bastante para producir un efecto semejante á la propension social, que se nota en los moradores de otro cualquier pais.

Es cierto que los hombres no tardan en trabar amistad para ponerse á jugar, y nos dijeron que la ocasion de un viaje era tan halagüena para satisfacer el vicio, que no salia buque alguno de Nueva-Orleans sin llevar á bordo uno ú dos caballeros de aquella ciudad, cuya profesion de tahures les hace aprovechar la mas bella oportunidad de egercerla con fruto. Esa es indudablemente una de las principales razones porque excluyen de su sociedad á las damas con tanto rigor, siendo otra no menos poderosa el continuo beber de los virtuosos republicanos, que á pesar de no pararse en escrúpulos para mascar tabaco y escupir incesantemente, prefieren en general empinar el codo y barajar reyes y sotas lejos de nuestra presencia.

Muchas veces solia divertirme en trazar allá en mi imaginacion la escena que á mi parecer habria presentado tan hermoso buque en Europa. Convertia yo la vasta y soberbia cámara

de los caballeros en salon de baile, y la de las señoras con su delicioso balcon en sala de refresco : no estaban los pobres pasajeros reducidos á vivir como reclusos; en lugar de un refectorio donde cada cual tragaba triste y silenciosamente lo que su gallillo le permitia tragar en diez minutos, habia divertidos banquetes, cenas alegres, almuerzos elegantes; y la brisa de la noche llevaba á las apartadas márgenes del rio los dulces ecos de una voz melodiosa ó las cadencias de armoniosos conciertos. Pero cuando estaba mas embebecida en tales ilusiones, el chirrido ingrato de la máquina me volvia á la realidad, convenciéndome de que en el Ohio, cuando las sombras de la noche cubren las selvas y colinas, y borran de las aguas sus invertidas imágenes, no hai mas remedio que el de amortajarse en un camarote, y procurar dormirse al arrullo del hervor de la caldera y de los golpes de las ruedas.

Tres dias duró nuestra navegacion, y llegamos á Wheelinga sobre las dos de la mañana, hora incomodísima para desembarcar con un equipage demasiado voluminoso; pero teniendo el vapor que volver á ponerse en marcha inmediatamente, nos proporcionaron un carretón, y en pocos instantes nos hallamos sentados á la chimenea junto á una buena

lumbre en una posada vecina al desembarcadero. Nuestras habitaciones estuvieron dispuestas inmediatamente, encendidas las chimeneas, y servida una ligera colacion, notándose en los criados el esmero y atencion que distingue los estados donde hai esclavos. Al hacer esta observacion, estoi mui lejos de abogar en favor del sistema de la esclavitud : en mi opinion es un sistema tan erróneo en su principio como reprehensible en su aplicacion; pero me parece, por lo que he visto, que su influencia es mucho menos perjudicial á las costumbres y la moral de la sociedad que las ideas engañosas de igualdad que tanto lisonjean el amor propio de las clases trabajadoras de la poblacion blanca americana. Que esas ideas de igualdad no son mas que sofismas especiosos, se prueba á cada paso, porque á cada paso se ve que el hombre que tiene *dollars* manda con el imperio de un señor al hombre que no tiene *dollars*, si bien este sirve siempre con repugnancia y por fuerza, como aquel exige de fuero y con altivez; por lo que ni el uno muestra el buen semblante de una resignacion contenta, ni el otro manifiesta el agrado de un interes afectuoso. La diferencia es tan palpable que yo nunca he dejado de notarla al entrar en un estado donde hai esclavos : allí á lo menos me hallaba cómoda

y satisfecha desde que entraba, y ni los que me servian ni yo tuvimos que arrepentirnos en nuestras relaciones de la falta de la decantada igualdad.

No concebí yo bien la influencia de la esclavitud sobre los que poseen esclavos, hasta que tuve ocasion para observar mas menudamente sus relaciones particulares. Confieso que cuando la conocí, no pude menos de pensar que los ciudadanos de los Estados-Únidos, habiendo conseguido con su alquimia política extraer todo lo mas nocivo de la democracia y de la esclavitud, han infundido esa mezcolanza extraña en la misma médula de la organizacion moral de su pais.

Wheelinga está en el estado de Virginia y parece ser una ciudad floreciente. Es el punto en que los mas de los viageros del Oeste dejan el Ohio, para tomar las diligencias que van á las ciudades atlánticas por el camino de las montañas.

Tiene muchas manufacturas, y entre otras una para soplar y tallar cristal, la cual visitamos. Los obreros nos aseguraron que los artículos que salian de sus manos no tenian iguales en el mundo; pero mis ojos me impidieron el creerlos.

Sus obras de cristal tallado aunque bien acabadas, no llegan ni con mucho á las que ve-

mos diariamente en Londres; mas el principal defecto de ellas consiste en el material que nunca se ve enteramente libre de color: observacion que habia hecho ya con el cristal de Pittsburgo, pareciéndonos siempre que el trabajo empleado era mayor de lo que el cristal merecia. Nos dijeron tambien que hacian progresos rápidos en el arte, lo que no dudé fuese verdad.

Wheeling nada tiene en punto á hermosura que la distinga, sino es el siempre encantador Ohio, á que dimos aquí nuestro á Dios, y una hermosa colina que se levanta inmediatamente detras de la ciudad. Esta y las demas colinas de las cercanías sirven de minas de carbon, cuyas galerías son horizontales, y dan un producto bastante bueno: el carbon arde bien, pero hace una ceniza mui negra y mui sucia.

El coche en que pensabamos haber ido á Washington la Chica estaba tomado, y teniamos que esperar dos dias hasta que volviera á salir. En cuanto á postas, ni siquiera han oido hablar en aquel país de semejante cosa, y el correo anda toda la noche, lo que me pareció demasiado incómodo; por lo tanto nos vimos en la necesidad de pasar dos dias en la posada de Wheeling.

No sé como hubieramos sobrellevado este nuevo contratiempo, si nuestra buena suerte

no nos hubiera deparado el encuentro de un *bel-esprit* entre los pensionarios de la posada. Al otro dia de nuestra llegada, bajamos por la mañana, un poco antes del almuerzo, al salon comun de pasajeros, porque todas las demas piezas de la casa eran dormitorios. Fueron entrando varios individuos hasta formar una reunion de ocho ó nueve, y cuando volvió á abrirse la puerta, apareció una muger, que habria sido á la verdad hermosa en su tiempo y que, como se veia claramente, aun se juzgaba tal. Era alta y bien formada; iba vestida de negro con muchos pelendengues; una toquilla encarnada quebraba la tinta sombría del traje, y por último, coronaba la parte posterior de su cabeza un bonete ó turbante pequeño mui garifo, de donde salia con profusion la cabellera negra natural ó contrahecha que adornaba su frente, dando el toque de remate á su cara dos mui decentes plastas de arrehol, que aumentaban su aire presumido y singular. Hubiera sido imposible no haber fijado la atencion en ella. Hablaba con fluencia y sin la reserva americana: mi curiosidad era grande, pero no podia adivinar quien y qué pudiera ser; pues yo estaba segura de que no era una señora, en el sentido ingles de la palabra, ni tenia la mas leve apariencia de una Americana

de asiento, como ellos llaman. Poco despues entró una jóven mui linda de diez y siete años que la llamó «Ma,» y ambas se pusieron á hablar en particular acerca de ellas y de sus negocios de una manera que aumentó mucho mi curiosidad.

Acabado el almuerzo, me senté junto á ella con ánimo de entablar conversacion, para distraerme un rato, y no solo no la encontré esquivada, sino que al momento me puso en la mano su targeta, anunciándome que enseñaba el arte de pintar sobre terciopelo con todas sus ramificaciones.

Me aseguró que nadie poseia su habilidad, que ella y su hija eran las únicas poseedoras del secreto, las solas que podian enseñar ese inestimable ramo del arte; pero que no rehusarian el comunicar sus conocimientos por veinte y cinco pesos, enjaretando su retahila con una volubilidad extraordinaria.

En cinco minutos mas me informó de su categoria de *muger de letras*, me dijo que era autora de las sátiras mas picantes ó, segun su expresion, mas cortantes de la lengua, y en seguida me presentó un papel que contenia el *prospecto*, como ella lo llamaba, de una novela construida conforme á un sistema enteramente nuevo. Yo tuve la extraña tentacion de

preguntarle si empleaba el vapor; pero no me dejó tiempo para tomar la palabra, porque continuando la *autobiografía* que habia empezado tan generosamente, dijo: «Yo solia escribir contra toda la faccion de Adams.... Ahora iré arriba en un momento y os bajaré mis artiras contra aquel bando.... Pero ¡ai señora de mi alma! ¡qué país este! En realidad es espantoso el ver como se menosprecia aquí el talento. Sí señora; yo sé bien lo que vais á decirme: me direis que no sucede asi en el vuestro. Lo sé, lo sé; pero ¡ai! ¡la Atlántica!.... Sea lo que sea, debo deciros en realidad como se me ha tratado: no solo he publicado las *sartiras* mas mordaces contra la faccion de Adams, sino que he escrito canciones y odas en honor de Jackson; y mi hija Cordelia cantó una cancion magnífica de mi composicion delante de ochocientas personas, cancion escrita toda y enteramente en su elogio; y ¿quereis creerlo? pues ni siquiera ha echo alto en mí, ni me ha enviado la mas leve remuneracion. Pero ¿pensais que yo se la perdonaré? ¡No! yo le prometo que se acordará de mí. La novela que acabo de mencionar empezó como un romance sentimental, (que ese es tal vez en resumidas cuentas mi gran fuerte), mas ahora que tan justamente

me hallo resentida por haberme provocado en Washington, lo he convertido en una novela *sartirico* á que doi el título de *Yankee Doodle Court*. Entre paréntesis, señora mia, si pudiera yo resolverme á cruzar el terrible Atlántico, no dejaria de ser recibida en palmas, despues de publicar mi *Yankee Doodle Court*. »

Yo me aproveché de una ligera pausa para preguntarle á qué partido pertenecia desde que habia adjurado los de Adams, y Jackson.

« ¡O! ¡ Viva Clay! ¡ Viva Clay! ese sí que es un verdadero republicano; los demas son tiranos ni mas ni menos. »

Cuando volví á entrar en el salon, vino de nuevo á mí para lamentarse del gusto degenerado del siglo.

« ¿ Querriais creerlo? exclamó; pues yo tengo en este momento una comedia dispuesta para la representacion: la titulo *El Filósofo loco*. Es una pieza verdaderamente admirable, y si yo pudiera hacerla representar, obtendria infaliblemente la aprobacion de todo el mundo. Yo os aseguro que la indiferencia con que tengo que luchar, raya en una completa persecucion; pero yo he encontrado el modo de vengarme, y de hacer mi fortuna: la *sartira* (como pronunciaba constantemente sátira) la *sartira* es el arma única con que puede casti-

garse el menosprecio, y yo puedo lisonjearme de saberla manejar. Hacedme el favor de mirar esto. »

Y me regaló un panfletejo, cuyo precio me dijo era cincuenta cientos, (*) los que le pagué inmediatamente por adquirir mi derecho indisputable de propiedad sobre aquella obra maestra. La composicion era tal cual yo me la habia imaginado de antemano, solo que ví en ella que si su lengua atormentaba el pobre idioma ingles, su pluma lo asesinaba. El epígrafe que tenia con la clasificacion de *original* era como sigue:

« Tu popularidad va declinando,
Tú has tenido tu triunfo y voi ahora triunfando. »

Estos dos versos son una muestra favorable de los versos, pensamientos y lenguaje de la fatal *sartira*.

En una conversacion posterior me descubrió otra habilidad, informándome de que habia representado el papel de Carlota en la comedia de *El Amor al uso*, cuando el general Lafayette honró el teatro de Cincinatos con su presencia.

Aquí paraba el catálogo de sus glorias, y yo sacaba en consecuencia que mi nueva amiga

(*) Medio duro de nuestra moneda.

era una cómica de la legua; pero como si hubiera adivinado mis pensamientos, añadió: «Era una sociedad téspica (reunion de poetas y no de cómicos) la que representó delante del general.»



CAPITULO XVIII.

Viaje á las Montañas. — Visitas de los Aleghanies. — Haggerstown.

El tiempo fué severo y desagradable durante los dos dias que tuvimos necesidad de permanecer en Wheeling. Yo estaba cansada de todas veras de mi compañera de viaje, á pesar de sus eminentes talentos. Habiamos andado todos los vericuetos del fragoso monte que sirve de respaldo á la ciudad y emprendí mi expedicion á las montañas, con mas placer que en general se siente, al dejar la almohada antes de romper el dia por el frio rincon de un chirrion descomunal.

Esta era la primera vez que entrabamos en una diligencia americana, aunque habiamos atravesado sobre dos mil millas de territorio, asi tuvimos la satisfaccion completa de apurar hasta las heces el vaso de amargura del viajero que no está acostumbrado á tales comodidades. El venturoso coche no tenia ni asómo de estribo, y tuvimos que encaramarnos

era una cómica de la legua; pero como si hubiera adivinado mis pensamientos, añadió: «Era una sociedad téspica (reunion de poetas y no de cómicos) la que representó delante del general.»



CAPITULO XVIII.

Viaje á las Montañas. — Visitas de los Aleghanies. — Haggerstown.

El tiempo fué severo y desagradable durante los dos dias que tuvimos necesidad de permanecer en Wheeling. Yo estaba cansada de todas veras de mi compañera de viaje, á pesar de sus eminentes talentos. Habiamos andado todos los vericuetos del fragoso monte que sirve de respaldo á la ciudad y emprendí mi expedicion á las montañas, con mas placer que en general se siente, al dejar la almohada antes de romper el dia por el frio rincon de un chirrion descomunal.

Esta era la primera vez que entrabamos en una diligencia americana, aunque habiamos atravesado sobre dos mil millas de territorio, asi tuvimos la satisfaccion completa de apurar hasta las heces el vaso de amargura del viajero que no está acostumbrado á tales comodidades. El venturoso coche no tenia ni asómo de estribo, y tuvimos que encaramarnos

á nuestro asiento por una escalerilla. Cuando quitaron esta, me acordé, no sin desmayar, de que á lo menos las mugeres nos hallabamos en el mismo predicamento que los marineros, los cuales «no tienen en el peligro puerta por donde escapar.» Pero cuando un infortunio es absolutamente inevitable, lo llevamos nosotras con una constancia admirable. ¿Quién se hubiera atrevido á pronunciar ni aun entre dientes esa infalible demanda de las mugeres en los malos caminos de «me quiero bajar,» cuando el complacer á la que lo hubiera deseado, la ponía en el caso de dar un salto de dos varas para plantarse en el suelo?

El coche tenia tres órdenes de asientos, cada asiento para tres personas, y como no eramos mas de seis, podiamos, segun la expresion de Milton, «habitar laxamente aquella morada excelsa,» yendo por lo tanto traqueteados, y dándonos de coscorrones como patatas en carreton, mientras duró el mal camino.

Estábamos harto ocupados de nuestras cabezas, que corrian peligro de magullarse unas con otras, de nuestras rodillas y codos que sin embargo se nos llenaban de cardenales, y en fin de todo nuestro cuerpo, para echar una ojeada siquiera por las ventanillas del coche; mas al cabo entramos en un camino mas igual, y ademas habiamos adquirido alguna destreza en el

arte de balancearnos, de manera que parábamos los golpazos con menos peligro de dislocarnos un hueso.

Entonces advertimos que pasabamos por un hermosísimo pais diferente en todo de los alrededores de Cincinnati: verdad es que habiamos dejado atras la *belle riviere*, mas los limpios arroyuelos que precipitaban su ruidosa corriente serpenteando por entre los árboles y quebradas, para llevarle al rio el tributo de sus aguas, consuelan y aun deleitan al peregrino, que ha perdido de vista los encantos de sus hermosas márgenes.

El campo daba ya por todas partes señales de una cultura mas constante y esmerada, y la misma circunstancia de ser ancho y costoso el camino (aunque no mui igual), circunstancia que en la teórica se podria suponer contraria al efecto pintoresco requerido en la perspectiva, era hermoso para nosotros que desde nuestra entrada por la embocadura cenagosa del Misisipi, no habiamos visto, exceptuando los barcos de vapor y el malecon llamado *la Levée*, ni aun siquiera rastro que indicara la noble intencion de consultar la comodidad del público. En toda la distancia que recorrimos de tan vasta region, menos en Nueva-Orleans, y solo en la poblacion, no descubrimos señal alguna de arte humano por donde se calculara

que sus habitantes tienen otro objeto que el de vivir con las menos exigencias posibles de la sociedad civilizada, ó mas bien todo anunciaba que sus esfuerzos individuales se reducen, como dice su sempiterna frase, á «salir del paso.»

El camino habia sido construido á expensas del gobierno hasta Cumberlandia, villa situada dentro de los montes Aleghanies, y por la naturaleza del terreno ha de haber costado mucho. Sentí no haber contado los puentes que se pasan desde Wheeling á Washington la Chica (little Washington), es decir: en un camino de treinta y cuatro millas. Sobre un rio solamente se cuentan veinte y cinco, por todos los cuales pasa el camino, encontrándose varias veces á cien varas uno de otro, tan tortuosa es la corriente. Todos son de piedra, y muchos de ellos estan bellísimamente acabados.

Washington la Chica está en Pensilvania, y el camino la atraviesa por uno de sus ángulos. Es un estado libre, aunque nos sirvieron en él esclavos negros que alquilan en el estado vecino de Virginia. Llegamos por la noche y salimos á las cuatro de la mañana; así pues lo que vimos de Washington la Chica se reduce á su posada, que era cómoda y mui limpia. La primera parte de la jornada del día siguiente la empleamos en pasar un terreno mui

poco interesante, porque durante casi treinta millas todo lo que se descubria eran montes cubiertos de selva, cuyo aspecto monótono jamas halaga la vista con la mas ligera variedad. Tan pronto como llegábamos á la cima de un monte, empezábamos á bajar por el otro lado con toda la rapidez que podian correr nuestros cuatro caballos; y tan pronto como llegábamos al fondo de la cañada, empezábamos á subir trabajosamente la cuesta de otra eminencia: por otra parte los árboles son tan altos y tan espesos que por ninguna direccion se columbra la posibilidad de ver cincuenta varas de terreno.

La otra parte del día sin embargo reparó ampliamente el fastidio de la mañana. A las cuatro de la tarde empezamos á subir los montes Aleghanies: la primera cordillera de la parte occidental se llama el Monte de los Laureles, nombre que le han dado por la inmensa cantidad de arbustos siempre verdes que la cubren, á pesar de que entre ellos no hai ninguno de los que llevan ese nombre.

Toda la parte de las montañas, que por espacio de treinta leguas atraviesa el camino, es un jardin precioso. La variedad casi increíble de plantas, su altura gigantesca y su hermosa robustez encantan deliciosamente los sentidos. Me parece que seria difícil inventar una diver-

sion mas agradable para quien tuviere suficientes conocimientos que la de un paseo botánico en el interior de Aleghanies.

La hermosa adelfa, cuyos ramos espléndidos orlan todos los peñascos, engalanan todas las rocas, y brillan con sus flores de sangre en torno de todos los árboles, fué la primera que llamó nuestra atencion. Aparecieron luego la azalea con sus alegres hojas, el pomposo chumaco y la linda familia de las calmías, tan fatal como bella. Sobre nuestras cabezas, á nuestros pies, alrededor de nosotros levantaban su cima arrodellada cedros de todas formas y de todos tamaños; crecian entre ellos abundantes pinos mas hermosos y variados que los que yo habia visto en Europa, y la especie llamada ciguata desplegaba su magnificencia como para disputar al cedro el trono de los montes. Se veian de cuando en cuando grupos de robles y encinas de cuyas ramas caía la parra silvestre que, enlazándose con los infinitos rosales que los rodeaban, parecia coronar de guirnaldas el árbol que dió al hombre su primer alimento. La tierra estaba cubierta de una alfombra de céspedes y musgos, y aunque nos hallabamos en marzo, no se descubria rastro alguno del tránsito asolador del invierno. Tal era la escena que nos anunció la entrada de los montes Aleghanies.

Conforme subiamos nuestra soberbia calzada, ibamos descubriendo mayor hermosura en el Simplon de la América septentrional. Allí ha derramado la naturaleza sus tesoros, juntando lo mas noble de sus esfuerzos con lo mas dulce de sus caprichos. A cada paso se aumentaba nuestra admiracion: los picos azules de las sierras mas elevadas formaban el contorno del paisaje que no nos saciabamos de contemplar; alzábanse por cima de nosotros á la izquierda masas enormes de rocas, medio escondidas á intervalos entre la verde maleza y brillantes arbustos de sus valles y faldas, y á la derecha contemplábamos las copas de los pinos y los cedros que cubrian un hondo precipicio.

Yo no sabia hasta donde llegaba la variedad infinita de la perspectiva de las montañas. No conociendo mas que peñascos y derrumbaderos, torrentes y selvas en aquel pais, estaba muy lejos de esperar que fuese en medio de las montañas donde hubiera de encontrar un punto que me recordara la perspectiva de jardin de nuestra hermosa Inglaterra; sin embargo asi fué. En todo el tiempo que residia ya en América, nunca habia visto cosa alguna que se acercara ni aun ligeramente á lo que llaman los Ingleses terrenos de recreo; porque todas las muestras de jardinería que presentaba el

Ohio, estaban reducidas al cultivo de unas cuantas flores sin brillo ni fragancia, y ni siquiera habian soñado sus habitantes en darle mas extension. Por lo mismo mirábamos la mezcla de árboles, arbustos y flores que teniamos delante de los ojos continuamente como se mira á un amigo, cuando se vuelve á ver despues de una larga ausencia. Muchas veces, bajando á los valles angostos, hallabamos un poco de terreno cultivado, un jardin ó huerto cercado de chumacos, adelfas y azaleas, y una casa rústica cubierta de rosas. Estos valles son mui hermosos : siempre los atraviesa algun limpio arroyuelo que aprovechan para hacer andar el molino situado por lo comun cerca del camino ; y aquí, como en las cumbres y demas alturas, la tinta espléndida de la vegetacion y el color ceniciento pero moderado de las rocas, dan al cuadro una rara belleza de colorido.

La primera noche que pasamos en las montañas desvaneci6 nuestro encanto, sumiéndonos de nuevo en las miserias quebradizas de la pobre humanidad. Llegados á la posada ó venta, entramos en una sala que sin duda acababan de abandonar, segun la nube espesa de humo de tabaco y las exhalaciones de huiquí de que estaba cubierta. Cenar en semejante atm6sfera hubiera sido asfixiarse ; por lo tanto preferi-

mos helarnos en nuestros cuartos, y nos retiramos al instante. Lo primero que llamó nuestra atencion fueron las sábanas que inspiraban mas que sospechas acerca de su estado admisible de limpieza ; pero nos aseguraron para que durmiesemos tranquilos : que no habian servido *sino unas cuantas noches*. Con la misma calma nos respondieron cuando les pidimos de cenar, diciéndonos á cada cosa que les indicabamos, ya para comer ya para beber : « Casualmente no tenemos de eso. »

Aunque estabamos todavía en Pensilvania, no nos servian mas esclavos, y asi nos costó mucho trabajo el lograr que nos encendiera la chimenea la huraña y desagradabilísima *señorita* que se dignó desempeñar las funciones de azafata, y mas todavía el arrancarle ropá limpia para nuestras camas ; logrado ese doble triunfo, nos metimos entre sábanas sin cenar, mientras la doncella se iba murmurando de la dificultad de «acertar con los tales Ingleses.»

El dia volvió la vida y el contento á nuestro corazon, aumentándose nuestro placer con los nuevos hechizos que las montañas despleaban. Las nubes flotaban al rededor de nosotros, corrían sobre nuestras cabezas, se agitaban á nuestros pies. Véíanse confusamente los picos enhiestos de las distantes rocas por medio de

un velo transparente, que fué alzándose como una gasa blanca, hasta que salió el sol y brillaron otra vez aquellas interminables alturas con toda su gloria y magestad.

Nos habian asegurado antes de empezar nuestra subida que encontraríamos nieve hasta de cuatro pulgadas de espesor en el camino; mas como no habiamos visto señales de ella todavía, nos era difícil disuadirnos de que viajábamos en medio del verano. No tardamos sin embargo mucho tiempo en ver las vertientes de la parte septentrional de la montaña cubiertas de la nieve prometida, y por último le hallamos hacia la cumbre las cuatro pulgadas de espesor de que nos habian hablado. El temple delicioso del aire y la brillante verdura de los árboles y plantas formaban un extraño contraste con aquella apariencia de invierno. Como no se derrita la nieve en semejante atmósfera, es un arcano difícil de comprenderse.

Una y mil veces volvimos á gozar las sensaciones de júbilo que necesariamente inspiran tales escenas; si tratase empero de dar la descripción continuada de las vistas que admiramos durante nuestro viaje en aquellas montañas encantadas, no saldriamos de rocas, cedros, laureles, corrientes cristalinas, cascadas sonoras, peñascos azulados, valles floridos y céspedes y musgos y todos los tesoros de la natura-

leza; y á la verdad no consiste en cada uno de esos objetos separadamente la magia peregrina que embriaga el alma de placeres sin fin, sino en sus armoniosas é infinitas combinaciones. El dilatado valle del Oeste, que nos detuvimos á contemplar desde un punto que domina las demas alturas de las vecinas sierras, forma un cuadro estupendo, mas al cabo de algunos momentos de contemplacion volvimos á emprender nuestra marcha, sin que la certeza de perder para siempre tanta hermosura nos arráncase un suspiro de pesar.

El segundo dia comimos en un sitio bellissimo que nos dijeron ser el punto mas elevado del camino y estar á 2,846 pies ingleses sobre el nivel del mar. Nos regalamos esplendidamente con pato silvestre y venado montés, siendo este último infinitamente superior al de los bosques del Misisipi ó del Ohio. Las verduras nos parecieron tambien delicadísimas. Una jovencita mui linda, que egercia las funciones de capataz de los esclavos que nos servian, (porque estabamos otra vez en la Virginia), nos dijo que la hortaliza de los Aleghanies se reputaba por la mejor de América. Tambien nos aseguró que las fresas bordes eran mui abundantes y exquisitas en aquel parage; que sus vacas pacian durante el verano muchísimas flores, cuyo alimento les hacia dar mayor

cantidad de leche; que su fuente les daba el agua mas pura, y en la estacion del calor tan fria como la nieve; y que el clima era el mas suave del mundo, porque, aun cuando el termómetro solia estar á noventa grados, nunca dejaba de soplar un aura fresca y consoladora. ¡Qué asilo para hacerse ermitaños por un verano! Mi elocuente montañesa me dió varias plantas que en nada se parecian á las que yo conocia. Una de ellas especialmente, á que dió el nombre de piña de tierra (*), es peculiar, segun me explicó, de los Aleghanies, y en algunos sitios cubre muchas aranzadas de terreno. Los cuartos estaban graciosamente adornados con esta hermosísima planta, que formaba al rededor de cada estancia una elegante colgadura de guirnalda y festones.

En muchas partes han hecho desmontes de consideracion, y el camino pasa por varias granjas ó cortijos que han situado en los valles mas abrigados. Añadieron que los lobos infestaban las cercanías, pero que no se conocian allí las panteras, que son el terror del Oeste, y apenas se veian osos. En cuanto á reptiles nos confesaron que los tenian en abundancia, pero mui pocos de especies que considerásemos peligrosas.

(*) Me parece que Mistress Trollope habla del *Chamaepitys* que Lineo llama *Teucrium Chamaepitys*.

Por la tarde dimos vista al rio Monongehala, cuyas riberas nos presentaron en una distancia de bastantes millas una hermosa sucesion de escenas ya silvestres ya domésticas. En algunos puntos se levanta de repente en la misma orilla una roca negra tajada perpendicularmente; en otros un molino con la casita rústica del dueño al lado, su huerto y su corral completan la imágen halagüeña de las comodidades y ventajas de la industria.

Villaparda (Brownsville) es un pueblecito mui animado, construido sobre las orillas del rio, y pareceria mucho mejor si no lo ennegreciera el humo del carbon. No me acuerdo de haber visto en Inglaterra un pueblo vecino á una mina de carbon de piedra tan negro como Wheeling y Villaparda. Aquí pasamos el Monongehala en una barca chata que recibió cómodamente nuestro enorme coche y sus cuatro caballos.

Quando salimos del pueblecito negro volvimos á encontrar los cuadros romanescos de grupos de árboles reflejados en las aguas del rio, y de riscos desnudos fantásticamente amontonados, que descuellan por cimas de los pinos y cedros como los góticos torreones de un castillo feudal. ¡Cuántas veces (mas yo misma confieso que era demencia) cuántas veces no me lamenté

de que no lo fueran en efecto ! El viajar, andando leguas y leguas sin encontrar huellas mas gloriosas de los pasados siglos que una masa de hojas podridas, ó un pedazo de roca desmoronado, produce en la imaginacion efectos sombríos, terrestres é infecundos que no se pueden describir, y contra cuya influencia melancólica no procuran las mas amenas perspectivas sino un remedio casual y transitorio.

La segunda noche que pasamos en las montañas, nos albergamos en una casa solitaria y con todo el aspecto de un asilo abandonado; pero mucho mejor nos fué en ella que en la posada de la noche anterior, porque á lo menos tuvimos sábanas limpias, y nos sirvieron sin gruñir. A las cuatro de la mañana volvimos á ponernos en marcha, espiondo con ansiedad la luz que iba á mostrarnos cuadros tan bellos y agradables como los que habíamos admirado el dia anterior. Y no salieron vanas nuestras esperanzas, aunque el espectáculo fué un poco variado; pues los vapores que cubrian por todas partes los valles y peñascos, recibieron el primer rayo de la alborada, que saltó de las cumbres mas altas de la sierra y sembró de los matices y vislumbres del prisma los revueltos grupos de niebla que se lo reflejaban: parecia

en efecto que estuviésemos rodeados de un arco iris.

Solo nos quedaba que pasar una cordillera, y al llegar á la cumbre y tender la vista por el nuevo mundo que se abria á nuestros pies, no sabia si me regocijaba de que

« Del largo trecho andado las fatigas »

estaban ya pasadas, ó si veia con pesadumbre que nuestras jornadas por los montes se acercaban al fin.

La novedad contribuyó sin duda, y no poco, á dar mas intensidad á los placeres que me procuraban aquellos cuadros. Las vistas de las montañas eran escenas con que yo estaba poco familiarizada: Gales era todo lo que habia visto, y la region de los Alpes Aleghanies en nada se le parece. Es un mundo de montañas, que se levantan al rededor vuestro en todas direcciones y bajo todas formas, hurañas, enormes y salvages, mas donde os convidaba á cada paso un sitio tan ameno, verde y florido, como el retrete rústico de predileccion perteneciente á alguna noble Flora de nuestra hermosa tierra. Esta excursion es un paseo de noventa millas por medio de calmías, adelfas, azaleas, parras silvestres y rosas virginales y en una calzada de-

fendida de todos los vientos por masas colosales de rocas de varios colores, sobre las cuales

« Altos pinos y cedros corpulentos

« Sacuden sus oscuras cabelleras, »

mientras que por donde quiera volvais los ojos, vereis un valladar de montañas, cuyas puntas se esconden en las nubes.

Después de bajar la última cuesta, llegamos á Haggerstown, bonita población entre villa y aldea, donde la piedad de los cocheros presbiterianos nos condenó á pasar un dia entero y dos noches, « porque la línea de acomodo no debía andar el *sábado* (domingo). »

Es menester advertir que este dia de reposo forzado no era domingo. El *sábado* por la tarde se nos habia agregado en Cumberlandia un voluminoso pasajero, que era, segun descubrimos al instante, uno de los amos del coche. Habiéndonos preguntado nuestro nuevo compañero de viaje, con mucho modo, si queriamos caminar el *sábado*, ó hacer alto, le respondimos que preferiamos seguir nuestra jornada.—«Entonces mañana saldrá el coche,» replicó nuestro liberal cochero con la mayor urbanidad. Asi pues anduvimos todo el domingo y llegamos por la noche al pueblo. El

amo del coche, que tan atento se habia mostrado, nos dejó á la puerta de la posada, y cuando preguntamos al mozo á qué hora saldriamos por la mañana, nos dijo que tendriamos que permanecer allí todo el lunes, porque el coche que nos debia conducir, no llegaria del Este hasta el martes por la mañana.

De esa manera descubrimos que el dispensarse de guardar el *sábado* no fué sino por su conveniencia propia y no por nosotros, y que teniamos que estar en el cepo veinticuatro horas no obstante (9). Esa fué una pasada yanquí (*).

Por fortuna nuestra la posada era de las mas cómodas en que hubiesemos entrado. Allí nos convencimos de que habiamos dejado atras la América occidental. En lugar de reunirnos, como literalmente lo habia hecho el posadero de Cincinnati por haber pedido una sala separada, en Haggerstown nos dieron dos sin pedir las. Un criado *comme il faut*, es decir : aseado y de modales, nos llamó á almorzar, á comer, y á tomar el té, y todo lo encontramos preparado con abundancia y aun con gusto. El dueño del establecimiento nos esperaba siempre á la puerta del comedor, para

(*) Yankee, apodo con que distinguian los Ingleses á los Americanos en la guerra de la independencia.

preguntarnos si queriamos alguna otra cosa que no hubieran puesto en la mesa, y luego se retiraba. Los precios sin embargo no eran mas subidos que en Los-Cincinatos.

Cerca de la poblacion corre una crica (creek) ó arroyo considerable llamada la Crica de Conococheque : dicen que el valle por donde pasa es el mas fértil de América.

Al tiempo de montar para salir de Haggertown, tuvimos la mortificacion desaber que no éramos solos en el abultado *acomodo*; dos damas y dos caballeros se presentaron á la puerta para tomar posesion de sus asientos. Arranca á las cuatro con la claridad de una luna brillante, y corrimos dando saltos y cabezadas con el traqueteo y el sueño por un camino mucho peor que los arrecifes de las montañas.

Cuando apuntó el día vimos que una de nuestras damas era una vieja, y la otra, que era bonita, hija suya.

Despues de amanecer advertimos que nuestro paso era mas lento que de costumbre, y que de cuando en cuando nuestro cochero dirigia á su compañero muchas y vehementes exclamaciones. Los hombres sacaron la cabeza por las ventanillas del coche, y preguntaron lo que habia ; pero no pudieron saberlo, hasta que el correo nos alcanzó. Los dos carruages se pararon y comenzó un diálogo de impreca-

ciones entre los conductores. Por último supimos que una de nuestras ruedas estaba rota de manera que nos era imposible pasar adelante. Al oír esto la señora mayor se hizo inmediatamente el papel principal de la escena. Se tiró á la ventanilla, y alargando el cuello cuanto podia y dirigiéndose á los pasajeros del correo que eran todos hombres, empezó á gritar : « ¡ Caballeros ! ¿ no podeis hacer sitio para dos en vuestro carruage? — ¿ Solamente para mí y mi hija? » Esta candorosa sencillez provocó la risa de los pasajeros de ambos coches. No podia dudarse que obraba por el principio de cierto devoto que dirigiéndose al cielo con una súplica exclusivamente en favor suyo, añadía : — « *Pour ne pas fatiguer ta miséricorde* (por no cansar tu misericordia). Nuestras carcajadas no intimidaron á la buena señora, ni calmaron un instante el ardor con que repetía su demanda : — « Solamente para dos, decia, para dos solamente, caballeros ! ¿ No podeis hacer sitio para dos? »

Nuestra situacion era realmente crítica ; pero hubiera sido imposible dejar de reirse. Luego que estuvimos ciertos que nuestro coche no podia llevarnos, y que en el del correo no habia lugar *ni aun para dos*, resolvimos ir á pie á la aldea vecina, que dichosamente no distaba del parage de nuestro contratiempo

mas de dos millas, y aguardar que compusiesen la rueda. Inmediatamente partimos al paso que debian hacer tomar las seis y el frio de una mañana de marzo, dejando en el último rincón de la zaga á nuestra dueña y su bonita hija; porque la naturaleza exclusiva de su demanda habia endurecido nuestro corazon.

Para reparar el tiempo perdido en nuestra detencion, luego que tuvimos una rueda nueva, daba el cochero tal priesa á los caballos, que el carruage parecia que se iba á estrellar entre aquellos vaches y pedruzcos. El terror se apoderó de nuestra vieja egoista que cayó en la mas completa agonía. — « Sacadme de aquí, exclamaba, sacadme de aquí. ¡ O Señor! Queremos bajar; ¡ ai! ai! ¡ ai! ¡ ai! ¡ Dios mio! Que nos bajamos, que nos queremos bajar, que nos bajaremos.» Sus gritos duraron todo el camino, que con la risa, la marcha y el paseo á pie nos pareció, y en realidad, fué de los mas cansados.

CAPITULO XIX.

Baltimore.—Catedral católica.—Colegio de Santa-Maria.—
Sermones.—Escuelas de niños.

Conforme nos íbamos acercando á Baltimore, veiamos aumentarse las señales de la cultura; las cercas tenian mas apariencia de arte y de gusto; las casas empezaban á parecer habitaciones construidas para la comodidad y el regalo; en fin todo nos consolaba de la pena que nos podia causar la pérdida de vista de las hermosas montañas, y mas que todo lo que mirábamos al rededor nuestro, la idea de irnos aproximando á la Atlántica.

Desde el momento que nos apartamos de las riberas del Ohio, aunque merece sin disputa su título de « el rio hermoso, » especialmente cuando se compara con el melancólico Misisipi, noté toda la verdad de una observacion que me acordaba de haber oido en Inglaterra, á saber: que los rios pequeños son mas hermosos que los grandes. En efecto, hablando de perspectiva, la evidencia de esta asercion

mas de dos millas, y aguardar que compusiesen la rueda. Inmediatamente partimos al paso que debian hacer tomar las seis y el frio de una mañana de marzo, dejando en el último rincón de la zaga á nuestra dueña y su bonita hija; porque la naturaleza exclusiva de su demanda habia endurecido nuestro corazon.

Para reparar el tiempo perdido en nuestra detencion, luego que tuvimos una rueda nueva, daba el cochero tal priesa á los caballos, que el carruage parecia que se iba á estrellar entre aquellos vaches y pedruzcos. El terror se apoderó de nuestra vieja egoista que cayó en la mas completa agonía. — « Sacadme de aquí, exclamaba, sacadme de aquí. ¡ O Señor! Queremos bajar; ¡ ai! ai! ¡ ai! ¡ ai! ¡ Dios mio! Que nos bajamos, que nos queremos bajar, que nos bajaremos.» Sus gritos duraron todo el camino, que con la risa, la marcha y el paseo á pie nos pareció, y en realidad, fué de los mas cansados.

CAPITULO XIX.

Baltimore.—Catedral católica.—Colegio de Santa-Maria.—
Sermones.—Escuelas de niños.

Conforme nos íbamos acercando á Baltimore, veíamos aumentarse las señales de la cultura; las cercas tenían mas apariencia de arte y de gusto; las casas empezaban á parecer habitaciones construidas para la comodidad y el regalo; en fin todo nos consolaba de la pena que nos podia causar la pérdida de vista de las hermosas montañas, y mas que todo lo que mirábamos al rededor nuestro, la idea de irnos aproximando á la Atlántica.

Desde el momento que nos apartamos de las riberas del Ohio, aunque merece sin disputa su título de « el rio hermoso, » especialmente cuando se compara con el melancólico Misisipi, noté toda la verdad de una observacion que me acordaba de haber oido en Inglaterra, á saber: que los rios pequeños son mas hermosos que los grandes. En efecto, hablando de perspectiva, la evidencia de esta asercion

es palpable. Luego que un río es tan ancho que desde una orilla apenas se distinguen los objetos de la otra, la hermosura del cuadro debe consistir exclusivamente en el agua; mientras que, siendo angosto, el agua no es mas que una parte accesoria de la composición. Por eso el Monongahela, que tiene poco mas ó menos la anchura del Guadalquivir por Sevilla, es infinitamente mas pintoresco que el Ohio.

Para disfrutar de las bellezas de los inmensos ríos de aquel país inmenso, es menester embarcarse, y entonces es muy agradable el poder mudar de escena acercándose en tanto á una orilla, en tanto á otra. A nosotros, que viajábamos por tierra, nos parecían mil veces mas hermosos los pequeños ríos que precipitan su curso por cauces angostas de rocas escarpadas. El Potaspeco, junto al cual corre el camino al acercarse á Baltimore, es en extremo romanescos en varios puntos, dando interes y variedad á sus orillas los enormes peñascos, que ora se cierran sobre sus márgenes, ora se retiran, formando en sus quebradas valles y otros cubiertos de yerba y esmaltados de flores.

Baltimore es en mi sentir una de las ciudades de la Union que mas noble aspecto ofrecen al aproximarse á ellas. La soberbia columna erigida en memoria de Washington y

la catedral católica con su majestuoso cimborrio, son dos colosos que se levantan sobre una altura dominante como los genios protectores de la ciudad, y que desde muy lejos puede saludar el extranjero. Desde menos distancia se descubren tambien otras muchas cúpulas y torres; y cuando se entra en la calle de Baltimore, es imposible dejar de persuadirse que se ha llegado á una ciudad bella y populosa.

Nos hospedamos en la posada donde se paró el coche, que era excelente, y al otro día tuvimos la fortuna de encontrar alojamiento en casa de una señora bastante conocida de varios de mis amigos europeos. Pasamos con ella y su amable hija dos semanas muy agradables; y nos apercibimos de que si no habíamos llegado á Londres, ó Paris, por lo menos habíamos dejado atrás y bien lejos « las tribus de los medio-caballos, medio-caimanes del Oeste, » como se llaman á sí mismos los Quentuqueños.

Baltimore es por muchas razones una población lindísima: posee magníficos edificios; y aun sus casas particulares ofrecen el aspecto de la opulencia y del gusto, por el mármol con que tan profusamente están adornadas muchas de ellas. Las soberbias escaleras, los altos postes y tranqueros de las puertas son en

las mas de las *casas* buenas de este rico material.

Llámase la ciudad de monumentos por la columna erijida en memoria del general Washington, cuya estatua colosal corona el chapitel, y por otro pilar de menores dimensiones consagrado al recuerdo de no sé qué victoria: ambos monumentos son de mármol blanco, puro y brillante. Se cuentan varias fuentes tambien de mármol, las cuales contribuyen mucho en diferentes partes á hermohear la poblacion; verdad es que no pueden competir en mérito con la de los Inocentes y otras de Paris; pero al cabo son fuentes de mármol y de agua cristalina. Una de ellas está á cubierto de los rayos del sol bajo un techo sostenido por ligeras columnas, y parece un templo consagrado al espíritu de la primavera. El agua cae en una cisterna de mármol á donde se baja por un tramo de escaleras de una blancura delicada, y de donde se sale por otro igual. Nunca faltan en aquellos escalones grupos y coros de muchachas negras; las unas llevan el agua en la cabeza, y andan con un paso firme y gracioso sin tener necesidad de sostener sus cántaros con la mano; otras saltan, triscan, bailan alegremente con sus cántaros vacíos; muchas cantan con la dulzura y armonía que

caracterizan las suaves y ricas voces de la raza negra; y todas van vestidas con el gusto y elegancia que distinguen á las mugeres de todas clases de Baltimore.

La catedral católica está reputada entre los Americanos por una magnífica iglesia; pero los que hayan visto las iglesias de Europa, no admitirán fácilmente esa calificacion; sin embargo tiene por dentro un aire de sencillez tan agradable que casi raya en elegancia. Su forma es la de una cruz griega con la cúpula en el centro; pero las proporciones estan mui mal guardadas. El cimborrio es demasiado bajo, y los arcos que lo sostienen son aplanados y mui anchos para tan poca altura. A cada lado del altar mayor hai una capilla, donde se veneran el Salvador y la Virgen. Los tres altares de mármol nativo de diferentes colores, y los ornamentos son elegantes y costosos. El prelado es un cardenal que tiene ademas el titulo de arzobispo de Baltimore.

Hai varias pinturas en diferentes sitios de la iglesia, y las oimos celebrar como mui buenas. La piedad de Luis XVIII ha hecho donacion de dos cuadros; el uno representa el Descendimiento de la Cruz, de Paulino Guerin; el otro es una copia de Rubens (segun nos dijeron) y contiene el asunto de una leyenda de

San Luis en la Tierra Santa; pero la composicion del tal retablo es abominablemente mala, y á mí me pareció que no es menos cuento que Rubens tenga en ella la menor parte, que el cuento que representa. La admiracion que inspiran aquellas pinturas á los Americanos es el mejor indicio del estado de gusto en para el arte que hai en el pais.

Fuimos á oír misa á la catedral el domingo próximo á nuestra llegada, y yo me quedé atónita al ver la hermosura y espléndido aparato de las damas que llenaban la iglesia. Excepto alguna que otra reunion de domingo mui brillante en las Tullerías, nunca habia yo visto tanto lujo en los trages de mañana, ni creo haber visto en otra parte tantas mugeres hermosas juntas. Parecia que todas estuviesen de gala, y en realidad todas eran bellísimas.

El sermón (yo los escucho siempre con suma atencion) fué de lo mas extraordinario. El predicador empezó, diciéndonos que iba á hablar sobre un vicio de que no haria mencion, ni diria el nombre desde el principio hasta el fin de su sermón.

Despues de haber excitado la curiosidad del auditorio, proponiéndoles su acertajo, continuó:

« Adán fué seguramente el primero que co-

metió el tal pecado, y Cain el segundo. »

Aquí el orador, siguiendo el consejo del juez de los Litigantes de Racine cuando dice al abogado: — « *Passons au déluge, je vous en prie,* » hizo mencion del estado de limpieza particular en que se hallaba la familia de Noé en semejante punto; y luego prosiguió:

« Ahora observad ¿ porqué Dios manifestó su mayor aborrecimiento á ese pecado? ¿ Porqué Jesucristo nunca fué ni aun acusado de él? ¿ Porqué era lo mas odioso á los ojos de Josef? ¿ Cuál fué el discípulo que Jesus elijió para su amigo? »

Y así estuvo ensartando preciosidades de ese jaez por espacio de una hora, y con una taravilla que muchas veces era para mí un ruido de palabras completamente ininteligible. Mas por lo poco que pude atrapar, su discurso era una especie de exposicion y comentario de varias anécdotas que habia leído, ó se le antojaba que habia leído en la Biblia. Nunca se ha visto la atencion de un auditorio tan fuertemente excitada, y á la verdad habria sido de sear por caridad cristiana que tan buenas disposiciones hubiesen sido mejor recompensadas.

Hai un número crecido de iglesias y capi-

llas en la ciudad, considerada su extension, y varias de ellas son grandes y de una bella arquitectura: la iglesia de los unitarios es la mas hermosa de las de su culto. Pero la mas bonita de todas es una alhaja, una miniatura de templo perteneciente al colegio católico. La institucion está dedicada á Santa María; mas esta capilla, aunque en medio de la ciudad, parece mas bien que la hayan consagrado á San Juan del Desierto. Detras de ella hai á parte un huertecillo, donde apenas podrian plantarse coles, por su pequenez, y donde hai sin embargo un Monte Calvario con una cruz elevadísima. La senda por donde se sube al santo lugar no es mas ancha que la que podria haber formado el rastro de una oveja, y sus cedros son humildes arbustos; pero todo es proporcionado, y á pesar de dimensiones tan reducidas, se experimenta no sé qué sensacion religiosa, reina una tranquilidad tan mística en su recinto, su hermosura es tan silenciosa, que el alma se conmueve y la imaginacion se exalta de un modo singular. El pequeño santuario inspira la misma veneracion y produce los mismos sentimientos de piedad y ternura. Delante del altar cuelga una lámpara solitaria, cuyos reflejos se templan pasando por vidrios delicadamente pintados; la luz del dia pene-

tra por entre cortinas encarnadas, y derrama en lo interior una claridad desmayada, pero solemne; y el silencio, con que de cuando en cuando abre las mamparas algun alumno del establecimiento, que con callado paso se acerca al altar, se arrodilla, ora en voz baja, y se retira, produce acaso en el alma una disposicion mágica, que la eleva á pensamientos religiosos mas bien que la pomposa antífona que se oye bajo la bóveda sonora de San Pedro.

Hai en Baltimore un bello museo dirigido por un individuo de la familia de los Peales, bien conocida por su aficion á la historia natural y á las obras del arte. No es falta del director el que los objetos que han tenido que juntar en el segundo departamento de la institucion sean inferiores á los de la brillante exposicion del primero.

El teatro estuvo cerrado mientras permanecimos en Baltimore; mas nos dijeron que no era ni con mucho diversion popular ni elegante; aunque en verdad lo mismo nos dijeron en todas partes, añadiendo generalmente la observacion de que la guerra que le hacia el clero, era la causa de semejante abandono. Sin embargo sospecho que no es esa la principal, especialmente con respecto á los hombres, quienes, si fueran tan dóciles á los man-

damientos y consejos del clero, ciertamente asistirían con mas frecuencia á las iglesias; ni tampoco mirarian el teatro con menos escúpulo, cuando representara un actor ingles ó danzara un bailarín frances : ocasiones en que no hai donde echar un alfiler en los teatros. La causa verdadera en mi opinion es el carácter nacional. Yo no he visto jamas un pueblo tan totalmente privado de jovialidad; no hai en toda la Union desde un extremo á otro ni aun siquiera indicio de tal disposicion. No tienen fiestas, ni ferias, ni diversiones, ni música en las calles, ni polichinelas, ni títeres. Si ven una comedia ó una farsa, se rien; pero no echan menos el entretenimiento, cuando no tienen oportunidad de verla, y la idea que escarba en su conciencia y los aleja con mas eficacia del teatro, es la cuenta de los cientos que debe costarles la entrada. Un periodista distinguido de Filadelfia me aseguró : que ninguna publicacion dramática habia logrado buen éxito en América.

Quando llegamos á Baltimore estaban en la « Conferencia. » Espero que la indulgencia de mis lectores me excusará, si la explicacion de este término no es tan clara y completa como seria de desear, pues yo no pude lograr que me lo explicasen. Por lo que averigüé, me

parece que se asemeja mucho la « Conferencia » á una *resurreccion*. Entramos en muchas iglesias y oimos predicar mucho, sin que á ninguno de los reverendos predicadores se le pudiese aplicar el epigrama

« ¿ Pueden tambien predicar,
Que no la duerma el sermon ? »

porque yo nunca pude ni siquiera distraerme. Habia sobre todo un predicador, cuyo estilo y eleccion de materias eran tan singulares que no pude menos de escribir como muestra una parte de su discurso inmediatamente que lo oí. Debo advertir que empecé á escribir en medio de una sentencia, porque en vano esperé el principio. Fué como sigue :

« Con todo es menester que no perdamos de vista un objeto importante, interesante, prominente—objeto grande—objeto único; porque el Señor es poderoso, sus obras son grandes, y tambien maravillosas, y tambien sabias, y tambien misericordiosas, y ademas debemos tener siempre presente en la mente y en nuestros corazones todos sus preciosos beneficios é inefables gracias y mercedes; y ademas no debemos perderlas de vista, no, nunca perderlas de vista, ni siquiera cesar de

recordarlas, ni dejar que nuestras almas las olviden jamas, ni dejar nunca de meditar en ellas, y de reverenciar, y de agradecer, y de bendecir, y de dar gracias, y de entonar *hosanna*, y de cantar alabanza... » Y aquí se me acabó el pedazo de papel, y el predicador continuó suelto por el campo de su elocuencia, sin mas sombra de significacion (que yo descubriera) y con voz de estentor, por espacio de mas de una hora. Cuando hubo acabado su sermón, se representó una escena igual en todo á las de la resurreccion de Los Cincinatos. Otros dos ministros lo asistian en el llamamiento de los fieles, y, como allí, les prodigaban al oido consuelos celestiales. Uno de aquellos hombres gritaba con un vozerron de trueno que daba miedo: — « ¿ Os quereis ir al infierno esta noche? » La iglesia estaba casi enteramente llena de mugeres que se las disputaban á dar aullidos y hacer contorsiones, y muchas de ellas se desgarraron la ropa de un modo indecente. Yo me divertí mucho, á pesar de la indignacion y disgusto que la escena inspiraba, con la exaltacion de la parte negra de la congregacion, que parecia estaba determinada á chillar mas que todo el resto de ella, sin duda para probar su fervor religioso y su igualdad personal.

Pocas noches antes en esta misma capilla se habia caido una muger, en un síncope de éxtasi, desde la galería al suelo; dichosamente cayó en brazos ó mas bien sobre la cabeza de los fieles que estaban debajo y á una distancia de doce pies. Una esclavilla que nos servia á la mesa nos dijo, cuando nos contaron este acontecimiento, que eso sucedia mui á menudo, y que una vez lo habia visto ella misma. Otra esclava de la casa nos dijo: que ella amaba mucho la religion, pero que nunca se desmayaba,—« *po' qué* ela iba siemp'e á la capilla con el megó' que tené' y no quere est'o-peá sus buenas cosas. »

Visitamos la escuela de los niños establecida en Baltimore por un Ingles de muchas prendas y clara inteligencia llamado Mr. Ibbertson. Era la primer escuela, dicha propiamente infantil que yo veia, y quedé mui contenta de sus disposiciones y del buen éxito que prometia. Los niños, que subirian á unos ciento de ambos sexos, eran de edad de entre diez y ocho meses y seis años. La sala estaba llena de toda especie de objetos instructivos y divertidos: me pareció excelente un juego de muñecas de Holanda, dispuesto en forma de gabinete de historia natural; en un rincón se veia una numerosa coleccion de padazos de madera; las

paredes estaban cubiertas de papel alegre de diferentes muestras, cada una de las cuales representaba un bonito grupo de figuras; servian de temas de leccion varias estampas grandes y bien iluminadas de pájaros y otros animales que estaban colgadas al rededor; en fin la dulce flauta de Mr. Ibbertson daba el tono y compas al mas delicioso concierto de aves que sea posible escuchar. Un modelo geográfico bastante grande para dar ideas claras de lo que es un continente, una isla, un cabo, un istmo, etc. con su correspondiente agua, servia de carta á los niños, y las inocentes criaturas puestos al rededor señalaban con sus deditos de rosa y una curiosidad encantada el objeto que se les preguntaba. El vestido del uno y otro sexo es de una elegante sencillez, y los modales de todos los alumnos, cuando se les habla individualmente, son corteses, juiciosos y agenos de la ruda indiferencia que tan notablemente prevalece en los modales de los niños americanos. Mr. Ibbertson hará un beneficio inmenso á los Estados Unidos, si por su medio se difunde el método admirable con que ha sabido pulir las maneras y despertar la inteligencia de aquellos lindos republicanitos. Yo he hablado con muchas señoras americanas de la falta absoluta de dis-

ciplina y subordinacion que he observado en los niños de todas edades de aquel pais, y no he encontrado una que no convenga en que la observacion es verdadera, y que no deplora los resultados de esa falta. En el estado de Ohio hai una lei (yo no sé si existe en otra parte) que condena á pagar diez pesos de multa á los padres que peguen á sus hijos. Un caballero de Cincinnati me dijo: que habia visto imponer esta multa por la demanda de un muchacho de doce años, que probó que su padre le habia pegado por mentir. Una lei de esa naturaleza engendra el espíritu de la libertad, segun ellos, y ¿qué mas engendra?....

Mr. Ibbertson que parece enteramente dedicado de corazon y de cabeza á la educacion de los niños, me dijo que se ocupaba en organizar escuelas sucesivas para los pupilos segun fueran creciendo. Si es tan capaz de completar la educacion como lo es de empezarla, su establecimiento será uno de los mas provechosos para la sociedad; aunque, por mas provechoso que sea en cualquiera otra parte, en América, donde no hai disciplina, donde desde la cuna son entes « que ni pueden gobernar ni quieren ser gobernados, » no debe ser de grande utilidad.

A dos millas de Baltimore hai un fuerte

ventajosamente situado sobre el Patapsco, el cual domina la entrada de la bahía de Chisapica (Chesapeake). Como nuestra visita fué en domingo, no se nos permitió entrar. El paseo que conduce á este fuerte, sigue á lo largo de un verde y hermoso terrero, desde donde se alcanza una de las vistas mas soberbias de la ciudad con sus columnas, torres, cúpulas y el vistoso enrejado de las arboladuras de las naves, con parte del rio Patapsco, que es allí tan ancho que parece un brazo de mar. El terrero está adornado de abundantes arbustos é innumerables rosas silvestres, pero la comarca entera tiene la reputacion de ser malsana, como tambien por desgracia el mismo fuerte. Antes de dejar la ciudad de los monumentos, no debo omitir el hacer mencion de uno, elevado al aumento de la riqueza del pais : la fonda de Mr. Barham se considera como la mas opulenta de los Estados-Unidos; y ciertamente lo seria bastante aun para gentes mas espléndidas de lo que parecen los ciudadanos de la república. He oido decir acerca del resultado de este experimento cosas diferentes y perfectamente contradictorias; mas todó el mundo convenia por lo menos en que el inventor liberal del proyecto tenia derecho para exclamar :

« Dominar la fortuna,
Y lograr sus favores, nunca ha sido
Dado á mortal de condicion alguna;
Yo he hecho mas, Jonathan, — lo he merecido. »

Despues de pasar en aquella ciudad dos semanas mui felices, empleando la mayor parte de nuestro tiempo en recorrerla y visitar sus cercanías, salimos de ella, no sin sentimiento, y todos con la esperanza de poder volverla á visitar.

Notas.

(1) PAGINA 7.

Poco ó nada se asemejan la descripción que el señor vizconde de Chateaubriand ha dado del Misisipi y la que Mistress Trollope hace del mismo rio en su obra. La crítica no ha dejado de atribuir á la parcialidad inglesa la falta de entusiasmo de esta señora; pero en mi sentir es mas fácil y mucho menos alambicado el juicio de los que explican la diferencia de las dos descripciones por medio de la diferencia de circunstancias de la viajera inglesa y del poeta frances. Mistress Trollope entró en el Misisipi tal vez sin la intencion de publicar las impresiones que le causaba la vista de tantos, y para una Europea, tan nuevos objetos como le salían al encuentro; M. de Chateaubriand saludó al *Padre de las Aguas*, como un poeta que buscaba al hombre de la naturaleza, para escribir su epopeya; la señora inglesa se contenta con los placeres de la sociedad, y juzga el mundo por ella; el ilustre autor del *Genio del Cristianismo* se deleita con las obras de la naturaleza, y piensa que solo se disfruta de sus encantos en el desierto. Para el cantor de Chactas, un árbol derribado por el huracan,

es un manantial de emociones lúgubres y sentimentales; para la autora de las *Costumbres Americanas*, un árbol caído es un asiento, donde se puede descansar, y desde donde puede contemplarse un hermoso paisaje poblado de quintas y jardines. M. de Chateaubriand se extasia recordando las islas flotantes que pasaban por junto á su canoa; y Mistress Trollope se asusta todavía, cuando refiere los peligros á que se creyó expuesta tanto en el « Eduardo » como en los vapores, al ver aquellas masas de troncos unidos con lianas y afianzados con el cieno de las aguas. Lo sombrío del cuadro fué su sublimidad para el peregrino frances; la falta de matices alegres, de emociones de vida, de un aspecto claro, y de orillas mas pintorescas para tan magnífico rio, bastó para que la viajera inglesa no viese el Misisipi con los mismos ojos que lo ven los mas de los viajeros. A pesar de todo, Mistress Trollope no puede negar que el Misisipi es un rio principal entre los principales de la América del Norte y grande entre los grandes del mundo.

(2) PAGINA 9.

Mistress Trollope dice que la Nueva-Orleans es una colonia tomada á los Españoles por la Francia. Sin duda lo ha escrito esa señora por distraccion. La Nueva-Orleans nunca ha sido tomada á los Españoles por los Franceses. Su territorio estaba antes comprendido en el de las Floridas, y habia sido descubierto en 1520 por los Españoles que lo abandonaron á causa de su esterilidad y clima enfermizo. D'Herville, famoso marino frances, muerto en frente de la Habana en 1702, entró por mar en el Misisipi y tomó posesion de una corta extension del territorio abandonado que desde entonces perteneció á la Francia. La colonia no prosperó, y cuando Crozat alcanzó el privilegio del comercio exclusivo de aquella region, apenas se contaban veinte y ocho familias en el establecimiento de la Luisiana. Law compró el privilegio de Crozat, formó una compañía para promover el fomento de la colonia, y llamó la futura capital Nueva-Orleans en honor del duque de Orleans, regente en-

tonces de Francia, y su protector declarado. En 1720, proyectaron los Españoles la funesta expedición contra los Misuris, en que todos los que la formaban perecieron, menos el capellan. Por el tratado de 1763, quedó asegurada la posesión de la parte oriental del río á los Ingleses, y la de la occidental á los Españoles; pero habiendo cedido estos su parte voluntariamente y como un testimonio de amistad á la Francia, en 1802, Buonaparte, primer cónsul de la república francesa, la vendió á los Americanos del Norte por 35 millones de francos ó 7 millones de pesos.

(3) PAGINA 28.

La pasión del huiquí ó *whiskey* no es menos general en Inglaterra y sobre todo en Escocia que Mistress Trollope la cree en el Norte de América. Apenas hai rapazuelo de ocho á diez años que no vaya á la taberna y pida su copita, teniendo que levantarse de puntillas para tomarla y para poner su dinero encima del mostrador. El lujo de las cervecerías y tiendas de licores es una prueba pública de la generalidad de la afición á la bebida, y la preferida entre los trabajadores y personas de la última clase es el huiquí, que en el día cuenta mas devotos que la ginebra. Las mugeres hacen tambien un abuso escandaloso de los licores, cosa que Mistress Trollope no ha observado en los Estados Unidos, y aunque prefieren el aguardiente, nada beben despues con tanto gusto como su vasito de huiquí. Este licor produce tarde ó temprano los mismos resultados que el aguardiente y el ron, añadiéndose á esos males el que como la ginebra predispone para la hidropesía.

(4) PAGINA 124.

Me parece que no debe generalizarse la sangrienta, pero justa crítica que Mistress Trollope hace del literato moderno don Severo. El desden con que miraba aquel caballero á los padres y maestros de la lengua de los Estados-

Unidos no puede ser nacional, porque seria ridiculo y en extremo nocivo. Si el conocimiento de la lengua patria es el único medio que tienen los pueblos para que se desenvuelvan en todas sus partes las ideas y conocimientos útiles, el olvido de los principales autores de Inglaterra que los Americanos del Norte deben mirar como suyos, les acarrearía todos los males que trae consigo la ruina de las letras, efecto de la decadencia del idioma.

Para demostrar cuanta seria la justicia con que Mistress Trollope censuraria esa vanidad pueril, bastará la noticia sucinta que sigue, y cuyos límites no me es dado ensanchar en el corto espacio que me queda.

Chaucer es el Dante de los Ingleses: su talento poético y mas todavía la novedad de su estilo volvió á la lengua de sus compatriotas la dignidad y el favor que habia perdido desde la conquista de Inglaterra hecha por los Normandos. La lectura de sus obras requiere la perseverancia del hombre estudioso; pero es indispensable para el que desee conocer perfectamente el origen y progresos de la literatura británica. Chaucer nació en 1328.

Spencer es el autor mas armonioso de los que forman el siglo de Isabel de Inglaterra. Su *Reina de las Hadas* aunque incompleta afianza sus títulos á la inmortalidad. Spencer imitó á lord Buckhurst que imitó á Cervantes, pero ha tenido la gloria de inspirar algunos de los ilustres ingenios de nuestro siglo.

Massenger fué contemporáneo de Ben-Johnson, amigo del célebre Shakspeare, y, como uno y otro, poeta dramático. A veces como nuestros poetas de aquella época trabajaba en las comedias de dos, de tres y de cuatro ingenios; á veces tenia la fortuna de que representaran las piezas que él habia hecho solo. Su *Duque de Milan*, y *el Tutor* se representarían ahora con aplauso. A pesar de su ingenio, murió desconocido. En el obituario de la parroquia en donde vivía se lee: « El 20 de marzo de 1639—40 ha sido enterrado Felipe Massenger — Extranjero. » Este registro no ofrece una idea muy brillante del favor que gozaban los buenos talentos en la corte de la *reina-virgen*, como Hamaban á la amante de Essex, de Leicester, etc., etc.

Ford, poeta dramático, asociado con Rowley y Decker

del mismo modo que Massenger lo estaba con Field y Fletcher. Fué uno de los que contribuyeron á crear el teatro nacional.

Gray, uno de los poetas mas célebres del siglo pasado. Pocos han escrito menos versos y pocos tambien han alcanzado mas gloria. Su elegía sobre el cementerio traducida en todas las lenguas, menos en la nuestra que yo sepa, su despedida del colegio de Eton y su oda á la Adversidad, son tres piezas donde rebosa el talento.

Prior, de quien se ha hablado mucho en su tiempo y ahora se habla mui poco, fué uno de los poetas de la pleyade inglesa del siglo de la reina Ana. Pope dice que no era bueno sino para hacer versos, pero los hombres de estado de aquella época tenian de él otro concepto en cuanto á su habilidad para el manejo de los negocios: á lo menos, Prior tuvo una parte mui principal en una de las transacciones mas ruidosas del reinado de Jorge. Como escritor ha merecido los honores de la traduccion, y ser citado por su estilo como digno de estudio.

Dryden es uno de los mejores poetas dramáticos del teatro ingles. Algunos le niegan el talento poético; todo el mundo sin embargo lo reconoce como un buen escritor, y ha dejado trozos magníficos en prosa y verso.

Alejandro Pope es el poeta por excelencia para unos, y un coplero frio y despreciable para otros. Lord Byron ha tomado su defensa, pero Pope no necesitaba de tan ilustre campeón para triunfar de la animosidad de partido, del resentimiento personal, y de la cólera literaria. El traductor de la Iliada pudo decir al acabar su obra: « *Exegi monumentum ære perennis*, » casi con tanta razon como Horacio; porque mientras se hable la lengua inglesa, Pope será un modelo de correccion y gusto para quien desee poseerla.

Los nombres de Shakspeare y de Byron son tan conocidos, que nada podría yo decir, que fuese nuevo, en el corto espacio de una nota.

Vése pues por esa revista pasagera cuán graves pueden ser los efectos de la opinion de un pedante, como el don Hermógenes transatlántico. Afortunadamente para la civilizacion de los Estados-Unidos, los hombres de verdadero ingenio no piensan del mismo modo. Los señores Washing-

ton-Irving y Fenimore Cooper estudian y conocen lo que el pretendido literato de Mistress Trollope juzgaba anti-guallas y fárrago olvidado.

(5) PAGINA 130.

Lonjas sutiles de jamon, carne de vaca, ternera, pavo, etc., con sal, pimienta ó mostaza, entre dos rebanadas mui delgadas de pan. Esta especie de empanadillas ó pasteles de industria es una de las mejores invenciones para caminar el tiempo y la comodidad con las necesidades poco poéticas mas urgentísimas del estómago. Los cazadores ingleses, y aun las damas en la temporada del campo, recuerdan con gratitud el nombre del autor lord Sandwich.

Esta nota se le pasó por alto al compositor, y no la puso al pie de la página á que pertenece. Su *grande importancia* me hace no omitirla, y estoy cierto que mas de un amigo mio me dará las gracias.

(6) PAGINA 136.

Es difícil la traduccion de las palabras familiares que el uso ha consagrado en todas las lenguas. En ingles dicen: « honey, » miel; pero en castellano es forzoso traducir figura por figura. Si *panal* no satisface á los lectores, cada uno puede cambiar esa voz en la que mas le pluguiere. Nuestra lengua es rica en palabras zalameras, y si fueran nuestros modales tan dulces como es cariñoso el idioma, seriamos un dechado de amabilidad.

(7) PAGINA 137.

El lector habrá ya notado: que el uso constante é invariable del *lo* en los casos en que la Academia sienta por regla que debe decirse *le*, no es equivocacion del correc-

tor, ni descuido mio, sino la consecuencia forzosa de un principio meditado. Como yo respeto muchísimo la autoridad de la Academia, y no desconozco los servicios importantes que ha hecho á la lengua, creo que debo explicar mi opinion, para que á lo menos me sirva de excusa ya que no de justificacion.

Si el principio de todas las lenguas es el de servir de órgano de comunicacion, para que los hombres se transmitan sus ideas y sentimientos, es indudable que el objeto de la gramática es fijar sus reglas de manera, que no solo por ellas pueda hablarse con claridad, mas sin dar lugar á confusion y errores. El uso del caso que la Academia llama pronombre neutro, porque en efecto la palabra *lo* egerce con los adjetivos las funciones de tal, no es nuevo; siguiéronlo siempre mui buenos escritores, y tiene en su apoyo la razon. La única objecion que puede hacerse á los que prefieren el *lo* al *le*, se reduce á que, siendo neutro *lo*, es un solecismo reprehensible. — Yo creo que el género neutro es en castellano una ficcion, porque ni en terminaciones, ni en accidente alguno se puede señalar una indicacion de semejante género. Ni en los verbos, caso en que ciertamente debía aparecer mas que en ningun otro el género neutro, ni en los nombres, ni en los adjetivos, excepto cuando se usan con significacion abstracta, se descubre el mas ligero rastro de ese género. Y aun cuando exista, es menos dañoso confundir los géneros, clasificacion puramente ideal, que trocar las cosas, cambio de que pueden resultar graves consecuencias? ¿Quién hará nunca á un hombre, un animal del género masculino, ó una cosa inanimada clasificada en el mismo género, de un género casi nulo en nuestra lengua? ¿Pero quién no está expuesto á equivocarse, si en vez de oír: «Apenas llegó Pedro, lo presenté á Juan,» oye decir: «Apenas llegó Pedro, le presenté á Juan?» ¿Quién es el presentado? ¿No hai á lo menos causa de error en esa frase? ¿Porqué no ha de evitarse usando del *lo* en el acusativo del pronombre? Yo espero que los señores de la Academia terminen esa disputa tan reñida con una solucion clara y satisfactoria, y que los buenos hablistas como los señores Galiano, Salvá, Lista, Villalta, Seoane, Castroverde y otros buenos ingenios, que tal vez son de mi opinion, tengan como yo valor para

provocar la censura de los que, no racionando en puntos de gramática, siguen los errores como reglas, y el uso que debe someterse á la razon, principio fundamental y lei absoluta del arte de hablar, como guia y padron del idioma.

(8) PAGINA 152.

Se ha dicho que la aristocracia existe en la naturaleza, y esta proposicion que es de una rigurosa exactitud, cuando se toma la palabra *aristocracia* por superioridad, es absolutamente falsa, cuando se emplea para señalar un órden social. Pero, sea su origen el que sea, la aristocracia, y la nobleza, que es su depuracion poética, estan expuestas á la corrupcion y á la muerte. La decadencia de la aristocracia y el envilecimiento de los nobles, ó bien de los hombres históricos de todos los paises, acarrear las revoluciones, en que toman parte para salvarse los mismos contra quienes se fomentan. Sin embargo Mistress Trollope tiene razon, al suponer que el influjo de la vanidad conserva ó cambia las creencias, aunque me parece que confia demasiado en la superioridad que esa vanidad debe egercer sobre el miedo. La aristocracia actual de Inglaterra aborrece las revoluciones, pero teme los tumultos, los gritos y la multitud, y carece de valor para defender sus prerogativas. Ademas no hai noble que merezca serlo, el cual no conozca la justicia que los pueblos tienen para sublevarse contra la opresion de esos vástagos degenerados de un tronco ilustre, pero viejo y estéril; y el triunfo de la libertad seria completo, si los que usurpan el honroso titulo de defensores suyos, no fueran tan aristocratas como los nobles, con todos sus vicios y sin ninguna de sus prendas. Los hijos de los que abandonaron, hace dos siglos y medio, el catolicismo y destronaron la familia de los Estuardos, podrian abjurar el protestantismo y proscibir la raza hanoveriana.

(9) PAGINA 283.

Los Americanos del Norte son en punto de exterioridades religiosas tan semejantes á los Ingleses que no sé yo porque los critica mistress Trollope con tanta severidad.

LIBRERIA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Cuando llegué á Inglaterra, en 1825, iba con doce de mis compatriotas, víctimas como yo de los trastornos políticos de España. Despues de una navegacion harto peligrosa, y de haber sufrido infinitos contratiempos, estuvimos tres dias en cuarentena, y desembarcamos en Ramsgate, de donde fuimos en la diligencia á Margate, con el fin de embarcarnos en el vapor, para subir á Londres por el rio. Uno de mis compañeros descubrió encima de una cómoda del salon de la posada, pero casi escondido, un tablero de damas. La tentacion era terrible en un dia de enero lluvioso y frio, y fatal para un refugiado español que no estaba enterado de las costumbres inglesas. Empezó á llamar á otro de mis compañeros, y el mozo de la posada le quiso advertir que no era permitido gritar en domingo : mi hombre no solo continuaba sus voces, sino que hablaba á gritos al mozo, como si el no entenderlo hubiese consistido en ser sordo. Por último la persona llamada acudió, y al momento se pusieron á jugar. El alboroto habia atraido á un guarda-calles ó *street-keeper*, que advertido por el criado entró en la sala, é intimó á los jugadores que dejaran su entretenimiento, porque no era permitido en Inglaterra jugar en domingo. Yo sé que esa *misticidad* tiene sus excepciones en Inglaterra, pero tambien las habrá en los Estados- Unidos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

NUEV
BLIOTE